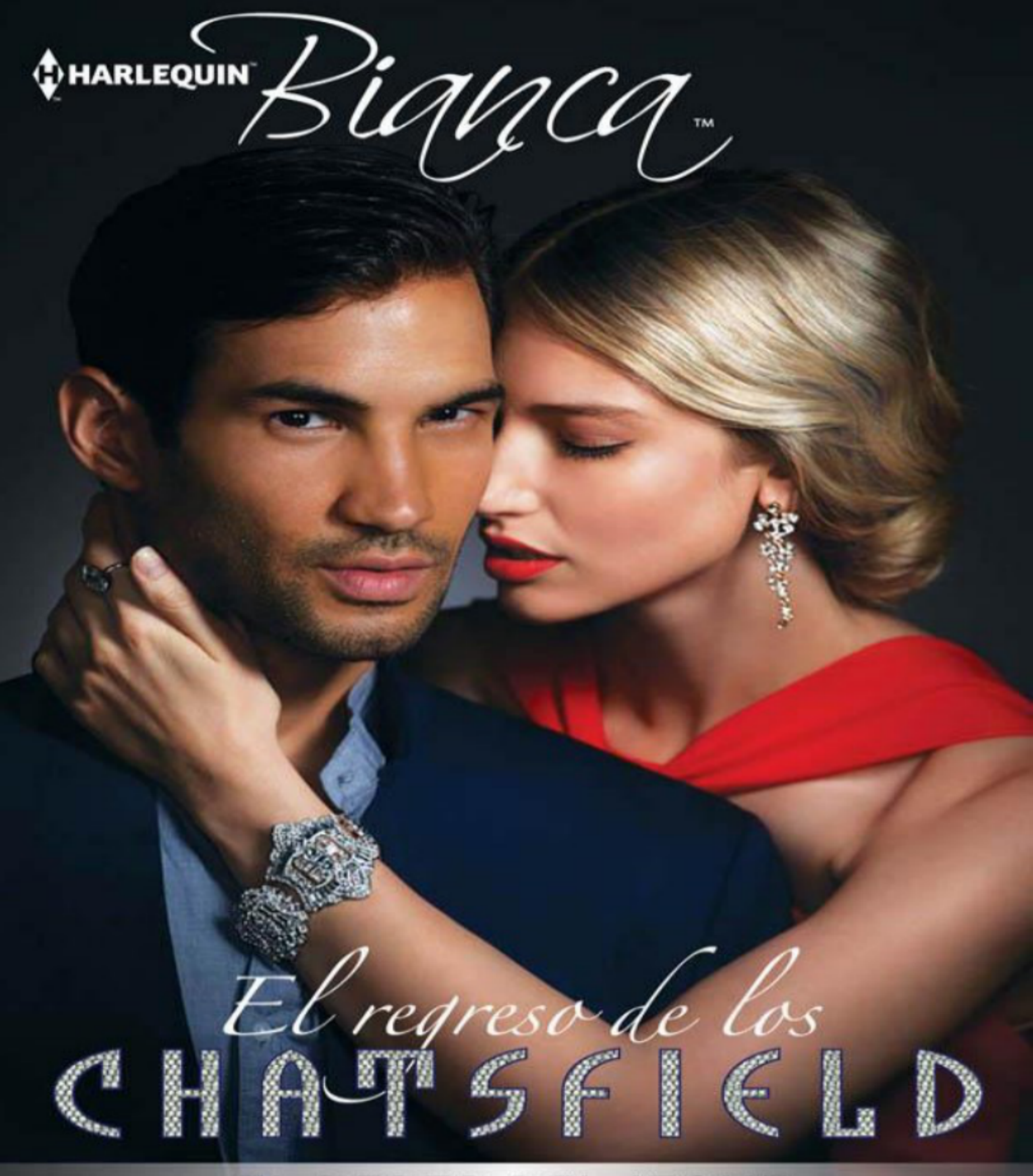

HARLEQUIN
Bianca
El regreso de los
CHATSFIELD
EL DEBER DEL JEQUE
MAISEY YATES



EL DEBER DEL JEQUE

MAISEY YATES



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El deber del jeque, n.º 113 —febrero 2016
Título original: Sheikh's Desert Duty
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N: 978-84-687-7667-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

EL jeque Zayn Al-Ahmar se arrepentía de muchas cosas. Tenía el tipo de remordimientos que lo atrapaba en mitad de la noche y le impedía dormir. El tipo de remordimientos que lo seguía después durante todo el día e influía en cada una de sus decisiones. Eran constantes recordatorios de por qué había tenido que dejar de ser el hombre que había sido para convertirse en alguien completamente diferente.

Aunque se arrepentía de muchas cosas, lo que más le dolía en ese momento era no poder estrangular con sus manos a James Chatsfield y poner fin a la vida de ese hombre tan inútil. Le habría encantado poder hacerlo en ese preciso instante y allí mismo, en ese callejón detrás de uno de los hoteles de la familia Chatsfield.

Pero tuvo que conformarse con algo mucho menos satisfactorio. Se limitó a agarrarle las solapas de su chaqueta y a empujarlo contra la pared de ladrillo.

—No sé qué demonios le pasa, Al-Ahmar —le dijo entonces James con su cara de niño bonito y un gesto de despreocupación que no hizo sino enfadarlo más aún.

No se le pasó tampoco por alto el destello de burla en sus ojos. Él también había sido así en el pasado, pero no podía olvidar que lo que ese hombre había hecho era imperdonable.

—Creo que lo sabe muy bien, Chatsfield —replicó Zayn sin paciencia para juegos ni adivinanzas.

Había dedicado los últimos dieciséis años a la protección de su familia, de su propia reputación y de su país. Pero ese hombre estaba poniéndolo todo en peligro.

Creía que, en ese momento, James Chatsfield era la mayor amenaza que tenía su país, Surhaadi, sus gentes y todo lo que Zayn había construido en su vida.

—No me diga que está así por su hermana.

Sus palabras lo enfurecieron aún más y le dio otro empujón contra la pared.

—¡Claro que sí! ¿Por qué iba a estar así si no? No solo la ha deshonrado a ella, sino también a toda la familia real y a mi pueblo.

James ni siquiera tuvo la decencia de parecer asustado. En lugar de temblar, como habría esperado Zayn, levantó una ceja y le dedicó una sonrisa burlona.

—Me parece demasiada responsabilidad para que cargue con ella

esa mujer. No era consciente de que la integridad de su nación descansara en la virginidad de su hermana.

—Usted es la persona menos adecuada para hablar de integridad —le dijo Zayn agarrando con más fuerza la chaqueta de James—. No tiene ninguna.

—Al menos yo no trato a las mujeres como si fueran de mi propiedad.

En eso estaba de acuerdo con él. Creía que James Chatsfield nunca iba a llegar a tratar a una mujer como si fuera de su propiedad. Sobre todo porque, después de acostarse con ellas, las trataba como si fueran desechables, simple muñecas de papel que podía vestir y desvestir a voluntad para después tirarlas a la basura.

Y, en el caso de su hermana, se había deshecho de ella cambiando su vida para siempre. Se había quedado embarazada. Pero Zayn había decidido que era mejor que James Chatsfield no lo supiera.

—Puede que no, Chatsfield, pero el hecho es que usted ha menospreciado algo que me pertenece. Mi familia, y cualquier otra persona que esté bajo mi protección, me pertenece. Tiene suerte de que no estemos en mi país porque, de estar allí, no dudaría ni un segundo en cortarle el miembro que ha cometido el delito.

Chatsfield se movió repentinamente y logró zafarse de él. Le sorprendieron su agilidad y su fuerza. Se dio cuenta de que no era el donjuán perezoso que parecía ser. Seguía siendo un mujeriego, pero también parecía estar en buena forma.

—Una amenaza muy bíblica, Al-Ahmar —repuso Chatsfield mientras se arreglaba la chaqueta y la corbata—. Pero lamento decirle que no tengo tiempo para este tipo de tonterías del «ojo por ojo» y demás.

Cada vez estaba más furioso. Deseaba con todo su ser quitarle esa estúpida sonrisa de la cara, pero no podía pasarse de la raya ni darle a Chatsfield ninguna razón para que se preguntara por qué estaba tan enfadado. Lo último que quería era que adivinara que Leila estaba embarazada.

—No le cuente a la prensa lo que ha pasado con mi hermana —le advirtió Zayn mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿Por qué iba a querer hablar con la prensa sobre algo así? —replicó James.

—Porque, aunque para usted Leila no ha sido más que una más de una larga lista de conquistas, es una princesa y sé que a la prensa sensacionalista le encantaría tener esa información.

—Me está insultando, Al-Ahmar. Por si no lo sabe, los Chatsfield somos en este país lo más parecido a la realeza. No necesito que me asocien con su familia para aparecer en los titulares.

—Si le cuenta lo que ha pasado a alguien, iré a por usted hasta

conseguir su cabeza. Y no hablo metafóricamente.

Algo se endureció en la expresión de Chatsfield.

—No tengo ninguna duda de ello —repuso mientras se arreglaba un poco mejor la chaqueta de su traje.

Después, se dio media vuelta y entró de nuevo en el hotel, dejando a Zayn solo en el callejón.

Se sentía tan impotente…

No le gustaba sentirse así, sobre todo porque le recordaba lo que había pasado con su otra hermana. No había podido ayudarla y sentía mucho dolor y remordimientos cuando pensaba en ello.

Estaba empezando a llover y la única luz que tenía ese callejón procedía de una solitaria farola que teñía de amarillo el oscuro rincón. No dejaba de pensar en lo que había pasado. Tenía que proteger a su hermana. Sabía que se trataba de una noticia muy jugosa para la prensa.

No sabía qué pensaba hacer Leila con su embarazo, pero el momento era especialmente crítico. Se acercaba la fecha de la boda de Zayn y la familia real, que siempre atraía mucho interés mediático, iba a tener aún más.

Su hermana ya era demasiado vulnerable como para tener encima que lidiar con la opinión pública y el escrutinio de todos. No quería que se sintiera aún más presionada, no se lo merecía y no iba a permitir que sufriera. No quería exponer a su familia a ese tipo de críticas ni juicios. No podía dejar que les volviera a ocurrir.

Oyó de repente un fuerte ruido en una esquina del callejón. Había caído al suelo un contenedor de basura metálico y le pareció ver de reojo algo de movimiento.

Se dio cuenta entonces de que no estaba solo. Alguien había sido testigo de la conversación que había tenido hacía solo unos minutos con James Chatsfield.

Olvidó de repente el sentimiento de impotencia en el que había estado sumido y sintió una oleada de adrenalina recorriendo sus venas. Tenía que ponerse en acción.

Fue hacia el lugar donde había visto el movimiento. Estaba en alerta y tenía todos sus músculos en tensión, listo para atacar. Cuando un hombre vivía como lo hacía él, tenía tiempo más que suficiente para entrenar su cuerpo. Y eso era lo que Zayn había hecho. Había aprovechado cada oportunidad que tenía para canalizar su frustración física entrenándose en el gimnasio de palacio.

No temía lo que le podía estar esperando entre las sombras. No tenía razón para hacerlo. Sabía que él era lo más peligroso que había en ese callejón.

Oyó otro fuerte ruido y un chillido. Actuó entonces, metiendo la mano entre los cubos de la basura hasta encontrar el pelo de alguien.

Lo agarró con fuerza y oyó otro agudo chillido.

La persona que se había ocultado entre las sombras no parecía demasiado peligrosa.

Soltó el pelo y se enderezó.

—¿Quién es? —le preguntó—. ¿Qué quiere?

No contestó nadie, pero oyó un gemido.

—Dudo mucho que le haya hecho daño —agregó Zayn—. Salga a la luz. Quiero ver con quién estoy hablando.

El intruso hizo lo que le había pedido. Salió de entre las sombras.

No sabía qué había esperado, pero nunca podría haberse imaginado a alguien como ella. Era una mujer rubia y delgada. Tenía el pelo largo y su melena de color miel estaba algo despeinada. Llevaba un vestido de lentejuelas que le llegaba hasta medio muslo y lo miraba con una expresión rebelde en su cara.

—¡Pues sí me ha hecho daño! —protestó ella.

Zayn se cruzó los brazos y la miró con el ceño fruncido.

—Si es tan delicada como para que un tirón de pelo le haga daño, no debería esconderse en callejones oscuros. Son peligrosos.

—Sí, eso parece —repuso la mujer mientras trataba de recomponer un poco su vestido.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Zayn con suspicacia.

—Estaba siguiendo a James Chatsfield —le contestó la mujer.

Supuso que sería una de las muchas conquistas de ese tipo. Si era una mujer de su pasado, estaría tratando de conseguir convencerlo para pasar una noche más en su cama. O tal vez no había tenido aún la suerte de acostarse con él y lo estaba siguiendo para tratar de seducirlo. Suponía que serían muchas las mujeres que trataban de tener algo con un Chatsfield para tratar de conseguir fama y dinero.

De un modo u otro, había sido testigo de su conversación y suponía que estaría deseando venderle la historia a la prensa. Si pretendía vengarse así del mujeriego Chatsfield, acababa de obtener todas las armas que necesitaba para hacerlo. Y eso podía resultar muy peligroso para su hermana.

—Ya... ¿Y cuánto ha escuchado de la conversación que he tenido con él?

Vio que abría mucho los ojos al oír su pregunta.

—Nada. La verdad es que no he oído nada de interés. Estaba bastante aburrida. Tanto que me quedé dormida.

—No soy tan tonto como para creerme algo así. Inténtelo de nuevo —le dijo con impaciencia.

Cada vez llovía con más fuerza y le urgía solucionar el problema que tenía entre manos. No podía volver a decepcionar a su familia, no después de todo por lo que habían pasado. Si estaba en sus manos evitarles un sufrimiento más, eso era lo que pensaba hacer. Y no iba a

permitir que esa rubia de ojos grandes se interpusiera en su camino.

—Soy una activista y estoy tratando de concienciar a las empresas para que no tiren comida a la basura y la envíen a un banco de alimentos —le dijo mientras comenzaba a alejarse de él—. ¡No sabe la cantidad de comida gourmet que se tira en estos hoteles de lujo! ¡Es atroz! Eso es lo que estaba haciendo, mirando en los cubos...

—¿No me había dicho que estaba aquí porque había seguido a Chatsfield hasta el callejón?

Vio que entrecerraba los ojos antes de contestar.

—Bueno, pensé que James Chatsfield estaría buscando algo de comida en los cubos.

—Hace mucho frío y llueve demasiado —le dijo mientras agarraba con firmeza su brazo—. ¿Por qué no terminamos esta conversación en mi coche?

—No me importaría, pero tengo una norma que sigo a rajatabla. No me meto en los coches de desconocidos.

—Bueno, con todo lo que ha oído desde su escondite, no creo que sea un desconocido para usted.

Tiró de ella para sacarla del callejón e ir hasta donde lo esperaba su limusina. La mujer caminaba a regañadientes, no parecía muy contenta con la situación.

Se le pasó por la cabeza que lo que estaba haciendo era una locura, pero pensó entonces en Leila y en cuánto le había costado confesarle lo que le había pasado. No podía quitarse de la cabeza la mirada de angustia de su hermana. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Cualquier cosa.

—De verdad, me tengo que ir —le dijo la joven—. He dejado mi bicicleta aparcada en doble fila y seguro que la policía me la requisa. No puedo...

—No se preocupe, le compraré una bicicleta nueva.

—Pero es que esa tiene mucho valor sentimental...

Hizo una pausa en su camino y la miró.

—¿Por qué ha salido de su casa en bicicleta con el tiempo que hace? ¿Y con ese vestido?

—Aunque le sorprenda, no todos somos multimillonarios.

—No, pero supongo que sabe que James Chatsfield sí lo es —repuso él.

—¿Qué es exactamente lo que está insinuando?

La acercó de manera algo brusca al coche y abrió la puerta de la parte de atrás de la limusina.

—Lo que insinúo es que debe entrar ahora mismo en mi coche.

—No, creo que no voy a hacerlo.

—Lo siento, parece que no me ha entendido bien. No era una sugerencia, sino una orden

Zayn entró sin soltarla en el asiento de la limusina, arrastrándola con él. Se quedó sin aliento al sentir sus suaves curvas contra su cuerpo. Hacía tanto tiempo que no había tocado a una mujer que, a pesar de las circunstancias, no pudo evitar quedarse inmóvil un segundo y disfrutar de las sensaciones de ese momento.

La mujer se movió entonces y su redondo trasero entró en contacto con ciertas partes de su anatomía. Pero no quería pensar en eso, no era el momento.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó la joven a gritos.

Él no contestó. Se limitó a no soltarla mientras trataba de decidir qué iba a hacer. Pero no podía dejar de pensar en la sensación de tener su cuerpo contra el de él.

No podía creer que le siguiera pasando, que el calor y las curvas de una mujer consiguieran dejar en un segundo plano cosas mucho más importantes, cosas en las que debía poner toda su atención. Cuando le ocurría algo así, se preguntaba si de verdad habría conseguido cambiar. Temía que en realidad no lo hubiera hecho, sino que se hubiera limitado a pasar esos últimos años escondiendo su debilidad tras una fachada de buenas intenciones.

Había tenido la suerte de verse muy pocas veces en situaciones como esa desde que decidiera cambiar de vida. Respiró profundamente y se recordó que no importaba nada lo suaves que fueran sus curvas o lo agradable que fuera tenerla en sus brazos.

Sabía que lo único que debía importarle era Leila. Su honor y su seguridad, tanto física como emocional. No podía permitir que nadie pusiera en peligro esas cosas.

Cerró la puerta de la limusina sin soltar a la mujer. Había dejado de moverse y protestar. Pensó que quizás se hubiera desmayado, pero no tardó en darse cuenta de que no era el caso.

—Algo me dice que no me ha metido en el coche porque le preocupe que me moje —le dijo la joven volviéndose hacia él.

Vio que había preocupación sus ojos.

—Probablemente esté en lo cierto.

—Entonces, ¿me está secuestrando?

—Bueno, un secuestro implicaría tanto premeditación como el deseo de obtener un rescate. Y, como ya hemos establecido antes, yo soy un hombre rico y usted, no. Así que tampoco voy a tratar de conseguir dinero. Como sabe también, no hubo premeditación. No tenía idea de que estuviera escondida en el callejón.

—Aunque no se den esos requisitos, creo que esto puede seguir considerándose un secuestro —repuso ella mirándolo mientras inclinaba la cabeza a un lado—. ¿Acaso no me está reteniendo en contra de mi voluntad?

—Bueno, no lo tengo claro —le dijo él.

El coche comenzó a moverse y él se enderezó en su asiento y la soltó.

—¿Quiere estar aquí, en la limusina? —le preguntó entonces.

—No.

—Entonces sí, supongo que la estoy reteniendo en contra de su voluntad.

—Pues tenemos un grave problema —replicó ella levantando hacia él la cara con expresión desafiante.

Zayn miró a su alrededor. El coche estaba a oscuras y empezaban a recorrer deprisa las calles de la ciudad.

—Perdóneme, pequeña jequesa, pero no veo qué problema podría tener para mí lo que he hecho.

—Puedo gritar muy fuerte. Alguien me oirá.

—No dudo que pueda gritar —le dijo él mientras golpeaba con los nudillos la partición opaca que los separaba de la parte donde iba el conductor—. Pero este coche está insonorizado. Y también está hecho a prueba de balas.

—¿A prueba de balas? ¿Qué tiene eso que ver con mi situación?

—Se lo decía por si está pensando en tratar de romper una ventanilla para salir por ella. No podrían con ellas ni las balas de un francotirador, así que no lo intente —le dijo él relajándose en su asiento—. No quiero que se rompa un codo intentándolo.

—No sé por qué le preocupa mi codo cuando acaba de secuestrarme.

—Bueno, pero no le he hecho daño, ¿no?

La mujer se limitó a fulminarlo con la mirada.

—No, no lo he hecho —repuso él mismo—. Y preferiría que las cosas siguieran igual.

—¿Me está contando eso para que me sienta más tranquila cuando me ha obligado a meterme en este coche para llevarme a quién sabe dónde?

—Bueno, yo sí sé a dónde.

Aunque la verdad era que no lo tenía muy claro. No sabía a dónde iba a llevarla ni qué iba a hacer con ella. Desconocía además si esa mujer sabría quién era él o lo que habría oído en el callejón. Tenía que encontrar la manera de averiguarlo sin darle más información de la necesaria.

Solo sabía que tenía que mantenerla a su lado. Era la única oportunidad que tenía de hacerse con el control de esa situación y tratar de arreglarlo todo.

—¡Qué interesante! —repuso ella con ironía—. Me encantaría que tuviera la deferencia de decírmelo.

—Lo siento, pero es información privilegiada.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué me está haciendo esto? ¡No soy

nadie! —comenzó ella—. No, espere. Sí soy importante. Y trabajo para un periódico de gran prestigio. Así que, si no me deja salir de aquí...

—¿Es periodista?

—Sí —repuso ella con firmeza—. Lo soy. Soy una periodista intrépida y muy profesional.

—¿Qué estaba haciendo en ese callejón?

Necesitaba saberlo cuanto antes. Porque, si le estaba diciendo la verdad, esa mujer era mucho más peligrosa para él de lo que podría haberlo sido una amante despechada de James Chatsfield. Era el peor escenario posible, el tipo de situación que podía hacer un daño irreparable a su familia.

Y sobre todo a Leila.

Su hermana había cometido un grave error al acostarse con James. Pero sabía que Leila era una joven muy inocente. Estaba seguro de que Chatsfield se había aprovechado de ella. No podía dejar que esa mujer arrastrara el buen nombre de su hermana por el barro. No iba a permitir que la prensa la despedazara.

Porque sabía que era a su hermana a la que iban a juzgar, tanto los medios de comunicación como la opinión pública. Siempre culpaban más a las mujeres en situaciones similares. Con el morbo añadido de que se trataba además de una princesa. No, no podía permitirlo. Ya había fallado a una de sus hermanas y no iba a dejar que le pasara de nuevo.

Tenía que arreglarlo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para lograrlo. Creía que una amante descontenta quizás habría aceptado dinero a cambio de su silencio, pero con una periodista no le iba a resultar tan fácil. Sabía que iba a necesitar medidas más extremas.

Si llegaba a la conclusión de que no había otra salida, estaba decidido a evitar que se pusiera en contacto con alguien de su periódico. Aunque para ello tuviera que llevársela con él a Surhaadi.

Vio que la mujer no parecía decidirse a responder. Era como si estuviera tratando de decidir qué debía decirle para poder salir de esa situación. Le bastó con verla así para saber que lo que iba a contarle era mentira.

—Estaba siguiendo a James —le dijo al final—. Estoy trabajando en una historia sobre la familia Chatsfield.

—Supongo que no se trata de una historia que vaya a gustarle demasiado a esa familia.

—No, supongo que no —admitió la joven—. Pero no me ha parecido que usted fuera fan de James. Debería complacerle saber que yo tampoco lo soy. No me gusta nadie en esa familia y creo que no se merecen la impoluta reputación que han conseguido cultivar durante estos últimos años.

—Entonces, ¿qué es lo que está buscando?

—Un escándalo.

—Por supuesto, ya debería haberme imaginado que iba detrás de algún escándalo. Como lo haría cualquier periodista que se precie de serlo, ¿no? —le dijo con sarcasmo.

Por desgracia para él, esa reportera estaba muy cerca de un escándalo. Uno que implicaría a su familia, a su hermana. Uno que no podía permitir que saliera a la luz.

—Así es.

—Y sabe que James Chatsfield no me cae demasiado bien.

—No, claro que no. Sobre todo después de que se acostara con su hermana.

Se dio cuenta en ese instante de que, aunque no supiera nada más, ya sabía demasiado. No podía permitir que se pusiera en comunicación con su periódico, no cuando entonces tendría el apoyo de toda una redacción para conseguir indagar aún más y sacar a la luz todo lo que había pasado.

—Así es —repuso él.

No le costó mucho tomar la decisión. Se inclinó hacia delante y pulsó el botón del interfono para comunicarse con el chófer.

—No vamos al hotel, sino directamente al aeropuerto.

Capítulo 2

SOPHIE Parsons no era una persona que perdiera los nervios con facilidad. No había llegado a donde estaba en la vida siendo temerosa ni débil. Pero, en esos momentos, no podía dejar de temblar.

Suponía que era comprensible que se sintiera así. Después de todo, un hombre que era bastante más grande que ella la había metido a la fuerza en su limusina y, al parecer, iban camino del aeropuerto.

Miró por la ventanilla y se fijó en el paisaje que iban dejando rápidamente atrás. Se le pasó por la cabeza encogerse como una pelota y tirarse en marcha del coche.

—Las puertas están cerradas.

Era como si ese hombre, además de secuestrador, tuviera la capacidad de leerle el pensamiento.

Recordó entonces cuánto le había ofendido que se refiriera a esa situación como un secuestro. creía que poco importaba cómo lo llamaran. El caso era que la había metido allí a la fuerza y no sabía qué iba a hacer con ella.

—No sé por qué me lo dice. No estoy tan loca como para saltar de un vehículo en movimiento —se defendió ella.

No iba a darle la satisfacción de hacerle ver que eso era lo que se le había pasado por la cabeza.

—Aunque no me ha dado ninguna razón para pensar que estaré mejor dentro del coche que sobre el asfalto.

—No tiene nada que temer. No es mi intención hacerle daño —le dijo el hombre.

Lo miró entonces. Tenía una expresión dura en el rostro y le brillaban mucho sus ojos oscuros. No podía ver su cara con detalle. En el callejón habían estado casi a oscuras y la iluminación era también bastante tenue dentro del vehículo.

A pesar de todo, no se le había pasado por alto que era un hombre excepcionalmente guapo. Sabía que era surrealista que estuviera pensando algo así, ese hombre era su captor, pero siempre había sido muy observadora. Era algo muy importante en su trabajo. Tenía pómulos altos, una mandíbula cuadrada y una barbilla fuerte. Podía ver su cara de manera intermitente cada vez que pasaban junto a un edificio iluminado o una farola.

—Entonces, ¿qué es lo que piensa hacer conmigo? ¿Qué es lo que quiere de mí? —le preguntó.

Necesitaba saberlo cuanto antes. Si ese hombre tenía malas intenciones, no quería perder ni un minuto. Tenía que encontrar algo en su bolso con lo que defenderse.

—Nada que deba preocuparle.

—Siento incomodarlo con mis preguntas —insistió ella con ironía—. Pero entenderá que me preocupe verme en esta situación, en manos de un desconocido y sin saber qué va a hacer conmigo. A lo mejor sus intenciones son de lo más inocentes, a lo mejor solo quiere que le explique cómo doblar las servilletas para que parezcan cisnes.

—No, no quiero aprender a doblar servilletas.

Eso ya lo había imaginado, pero le había parecido una idea muchísimo más tranquilizadora que las otras que le rondaban por la cabeza. Porque sabía que normalmente los hombres solo tenían un par de cosas en mente cuando secuestraban a una mujer. Y ninguna de esas opciones eran buenas. No deseaba verse en los escenarios que se estaba imaginando.

Se había metido en un buen lío. Su intención había sido ayudar a Isabelle. Había querido descubrir algún escándalo sobre los Chatsfield para que Spencer Chatsfield dejara en paz a su amiga, pero nunca se podría haber imaginado que su investigación terminara con ella secuestrada.

Había pensado que no le costaría mucho pillar a James in fraganti haciendo lo que siempre hacía. Había sabido que era el miembro más débil de la familia, el blanco más fácil.

Los Chatsfield estaban en ese momento tratando de hacerse con el hotel Harrington. Spencer Chatsfield, en concreto, estaba haciéndole la vida imposible a su amiga, Isabelle Harrington. Por desgracia, no era la primera vez que le hacía daño.

Por eso Isabelle le había pedido que hiciera todo lo que pudiera para desenterrar un escándalo en la familia, algo que la prensa no pudiera ignorar, algo que mantuviera a los Chatsfield ocupados tratando de defender su imagen pública mientras Isabelle protegía su querido hotel.

En realidad, Sophie no era una de las principales periodistas del *Herald*, sino una simple redactora a la que le tocaba hacer el café y escribir reseñas sobre insulsas fiestas para las páginas de sociedad. Aun así, sabía que contaría con la aprobación de su jefe si conseguía información sobre los Chatsfield.

Quería mucho a su amiga y deseaba ayudarla, pero nunca se habría imaginado que ese favor iba a hacer que terminara en la situación en la que estaba en esos momentos.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—En realidad, es muy sencillo. Solo necesito mantenerla ocupada durante algún tiempo.

—Bueno, me gustan las yincanas y las búsquedas de tesoros. Si lo que quería era organizar algún tipo de juego para entretenerme, puede que consiga convencerme para que participe. Eso podría mantenerme ocupada durante un buen rato.

—No era eso lo que tenía en mente —repuso el hombre.

Sophie sintió que se le erizaba el vello de la nuca y no pudo evitar estremecerse.

—¿Cómo piensa tenerme ocupada? ¿Me va a pedir que organice su cajón de los calcetines?

—Caliente.

—Bueno, ya basta. Dígame qué es lo que pasa porque estoy empezando a sentir pánico de verdad.

—¿Sabe quién soy?

—No exactamente, pero me lo imagino.

Había escuchado lo suficiente de su conversación con James Chatsfield para hacerse una idea de quién era. Por lo visto, era miembro de una familia real o algo así porque había acusado al otro hombre de haberse acostado con su hermana, que por lo visto era princesa.

Suponía que se trataba de un príncipe, un jeque o algo parecido. Cuando pudiera salir de esa situación, le bastaría con buscar la información en Internet para descubrir quién era. Pero no sabía cuánto tiempo iba a pasar antes de que pudiera estar de nuevo frente a su ordenador.

Si al menos pudiera mirarlo en su teléfono…

—Soy el jeque Zayn Al-Ahmar de Surhaadi. Y voy a llevarla conmigo de vuelta a mi país. Al menos durante un tiempo —le dijo él.

Se le encogió el estómago al oírlo.

—¿Qué quiere decir con eso de que me va a llevar a su país con usted?

—Exactamente lo que le he dicho. Va a ir a Surhaadi conmigo hasta que se me ocurra cómo lidiar con usted y con esta situación.

—Pues siento decirle que no quiero ir a ningún sitio, no pienso hacerlo.

El jeque estiró las piernas frente a él. Tenía un brazo extendido sobre el respaldo y parecía completamente tranquilo y relajado, como si se viera en esa situación a menudo, como si secuestrara a mujeres en callejones de Nueva York todos los días para después llevárselas con él a su reino del desierto. Como si aquello fuera para él tan común como pedirse un café con leche en un bar.

Pero tenía la sensación de que solo parecía relajado, que en realidad no lo estaba. Se mostraba así para darle una falsa sensación de seguridad. Pero, en realidad, ese hombre estaba listo para abalanzarse sobre ella en cualquier momento. Se dio cuenta de que no podía bajar

la guardia.

—Me da igual que quiera o no quiera —le dijo él—. ¿Cree que a mí me hace gracia tener que llevarla conmigo a mi país? En absoluto. Esto no tiene nada que ver con lo que quiero hacer, sino con lo que debo hacer.

—Bueno, ¿qué es lo que debe hacer? Deje que le ayude. A lo mejor podemos llegar a algún tipo de solución o alternativa para que no tenga que llevarme a su país.

—Me temo que no tengo tiempo para negociar.

—Se lo pregunto de verdad. ¿Qué es lo que necesita? ¿Qué es lo que quiere de mí?

Creía que cualquier cosa era preferible a lo que ese hombre le planteaba.

«Bueno, no cualquier cosa, pero tengo que tratar de salir de esta situación», se dijo.

—Necesito su silencio, *habibti*. En circunstancias normales, estaría dispuesto a pagar por su silencio, pero me parece que tengo que ser aún más diligente en este caso. No puedo correr el riesgo de que se limite a aceptar mi dinero para después difundir mis secretos.

—Soy una persona de honor. Y también alguien con un montón de facturas atrasadas. Así que lo mejor que puede hacer es darme dinero para que me calle.

Aunque, en esos momentos, lo único que deseaba era salir de allí y olvidar para siempre a ese hombre. No quería que le diera dinero. Estaba empezando a asustarse de verdad.

—Como ya le he dicho, en circunstancias normales podría haber aceptado una solución como esa, pero hay demasiado en juego —insistió el jeque—. Además, la información que tiene de James Chatsfield es insignificante. Hay mucho más en esa historia que no sabe, mucho más sobre ese hombre. Venga de vuelta al palacio conmigo y se lo contaré todo.

Lo que le ofrecía era demasiado fácil y suculento. Creía que no tenía ningún sentido. Sabía que ese hombre estaba tratando de alejarla de otras personas y de Nueva York para mantener algo en secreto. Estaba segura de que no pensaba darle más información.

—No confío en usted —le dijo con franqueza.

—Me temo que el sentimiento es mutuo.

—Bueno, a lo mejor no necesitamos confiar el uno en el otro. Bastaría con que no me obligara a ir a ningún sitio en contra de mi voluntad. En este momento, eso me importa más que confiar en usted.

La limusina comenzó a aminorar la velocidad y vio que se metía por un camino que no reconoció. No se parecía a ninguno de los aeropuertos de la ciudad. No había viajado mucho, pero sí había ido a menudo al aeropuerto a llevar o a recoger a amigos.

—¿Dónde estamos?
—En una parte privada del aeropuerto que está reservada para visitas de dignatarios. Esto nos permite saltarnos un montón de trámites burocráticos.
Estaba empezando por fin a entender lo que pasaba. El miedo y la incredulidad le estaban impidiendo ser tan rápida como solía serlo normalmente.
—Necesito tenerla a mi lado durante un tiempo. Surhaadi es el mejor lugar para ello. Allí podré mantenerla cerca y vigilada —le aseguró—. Pero no tema, al final también va a sacar provecho de esta situación.
No pudo evitar sentir un escalofrío recorriendo su espalda.
—Aquí tengo un trabajo y una vida. No puedo irme sin más.
En realidad, no tenía vida. Su existencia consistía en trabajar sesenta horas a la semana, esforzándose al máximo para tratar de ascender. Era una profesión dura y ella se había pasado toda la vida tratando de mejorar. No había empezado de la nada, pero casi. Desde una posición de clara desventaja había conseguido llegar a donde estaba.
Isabelle Harrington la había ayudado a asegurar su puesto en el *Herald* y se lo debía.
Sophie se negaba a desperdiciar las pocas oportunidades que se le presentaban. Había conseguido llegar donde estaba con mucho trabajo y esfuerzo, por sus propios méritos. Su empecinamiento, su determinación y la lucha contra la injusticia eran las fuerzas que la conducían y empujaban cada día.
Pero su puesto en el *Herald* era una de las pocas cosas que había conseguido gracias a sus amigos. Isabelle la había recomendado para el puesto y Sophie se había tomado muy en serio esa oportunidad desde el principio. Era muy consciente de lo que tenía y no concebía la idea de faltar al trabajo durante un tiempo indefinido.
—¿Dónde trabaja?
—Trabajo en el *New York Herald* y no puedo dejarlo sin más.
—Llamaré a su jefe para explicarle por qué se va a ausentar.
—¿Qué? No, no puede hacerlo. No, ni hablar.
Colin, su jefe, tenía un talento especial para adivinar dónde había una buena historia y sabía que no iba a conseguir que él la ayudara. Su jefe era un auténtico buitre y todo un oportunista.
Se había casado con una mujer muy rica y había usado después sus nuevos contactos para conseguir el puesto de redactor jefe del *Herald*. Y, para agradecérselo a su inocente esposa, se acostaba con tantas jóvenes de la alta sociedad neoyorquina como podía.
Era oportunista, pero no demasiado astuto. Eso era al menos lo que había comprobado Sophie durante el tiempo que había estado

trabajando para él. No quería involucrarlo en esa situación.

—Ahora que me ha dicho dónde trabaja, no me costará ningún trabajo sacar su cartera del bolso, mirar su carnet para ver cómo se llama y hablar con su jefe. Le diré que una de sus reporteras ha ofendido enormemente el jeque de Surhaadi y me encargaré de que la despida.

No pudo evitar sentir que una oleada de miedo la atravesaba de arriba abajo y odiaba verse así, sentirse en desventaja ante ese hombre solo porque, por nacimiento, era menos que él. Mucho menos.

«Pero no debería serlo. Debería ser uno de ellos. Solo porque mi padre no me quiso, no me eligió...», se dijo ella.

—No se saldría con la suya —le dijo ella con más seguridad de la que sentía.

—No veo por qué no.

—A lo mejor lo conseguiría en cualquier otro sector, pero no en un medio de comunicación. Si le da a mi jefe cualquier razón para pensar que detrás de sus palabras hay en realidad un escándalo que está tratando de ocultar, va a querer saber de qué se trata. Nadie me va a echar por un malentendido con un jeque.

—Ahí es donde se equivoca —insistió él—. Tengo la capacidad de ofrecerles una historia mucho más jugosa de la que usted podría conseguir escondida en un oscuro callejón. Pero les diré que no conseguirán la información hasta que la despidan. Estoy seguro de que lo harían.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio quiere que me despidan de mi trabajo? Solo porque... ¿Solo porque oí que James Chatsfield se acostó con su hermana?

—Sí —repuso el jeque con seriedad—. Eso es exactamente lo que haría. No lo dude. Hay dos cosas en mi vida que están por encima de todo lo demás. Mi pueblo y mi familia. Haré lo que sea necesario para protegerlos. Cuando uno gobierna un país debe estar listo para declarar la guerra si es necesario. Y pasa lo mismo con la familia de uno, aunque en ese caso las batallas se libran a una escala más personal.

Su mirada se encontró con la de ella y, aunque estaban en la penumbra, pudo sentir la furia justiciera que emanaba de él, podía sentir su calor.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa para proteger a mi familia. Y ahora mismo, siento que me ha puesto entre la espada y la pared.

—¡Yo no he hecho nada para que se sienta así!

—Su simple presencia es un problema para mí. ¿Cómo se llama?

—¿Por qué iba a decírselo? —repuso ella.

El jeque la fulminó con la mirada y se dio cuenta de que iba a conseguir saberlo de una manera u otra.

—Sophie Parsons.
—¿Y cómo se llama su jefe?
—Colin Fairfax.
—¿Número de teléfono?
Decidió dárselo, pensó que no tenía nada que perder.
Así al menos, con su jefe al otro lado de la línea, a lo mejor podría gritar o hacerle ver de algún modo que estaba en peligro, que la habían secuestrado.
El jeque se sacó el móvil de su chaqueta y marcó el número que le había dado. Unos segundos después, oyó la voz de su jefe al otro lado de la línea.
—Sí. Hola. Llamo para hablarle de una empleada suya, Sophie Parsons.
Podía oír la voz de su jefe, pero no entendía sus palabras.
—No, no ha hecho nada malo. De hecho, está ahora mismo conmigo. Soy el jeque Zayn Al-Ahmar —le explicó a su jefe—. Sí, ese. He hablado con ella y hemos decidido que venga conmigo a Surhaadi para escribir un reportaje sobre mi boda.
Pensó en las implicaciones de lo que le estaba diciendo a su jefe y, por primera vez desde que ese hombre la encontrara escondida en el callejón, se dio cuenta de que podía llegar a sacar algo de provecho de esa situación.
Lo malo era que no iba a poder ayudar a Isabelle. Acababa de dejarla en la estacada.
Aunque no lo estaba haciendo a propósito.
Si de ella dependiera, saldría corriendo de la limusina para escapar de ese hombre. Pero le daba la impresión de que no iba a poder salirse con la suya, que ese hombre estaba dispuesto a correr tras ella y meterla en el avión a la fuerza. De eso no tenía ninguna duda.
No había nadie allí que la pudiera ayudar, nadie que no trabajara para el jeque.
Además, ese hombre estaba hablando en esos momentos con su jefe. Tenía su puesto de trabajo en las manos y, si la echaban del periódico, entonces sí que no iba a poder ayudar a Isabelle.
Trató de calmarse y recordar que no estaba abandonando a su amiga por razones egoístas. De hecho, no tenía ningún control sobre lo que le estaba pasando.
—Bueno, es una joven encantadora —continuó Zayn—. Ha conseguido cautivarme por completo y estoy deseando leer en el periódico su perspectiva sobre tan importante evento.
Su jefe respondió y le pareció que su voz sonaba mucho más alegre y cordial. A ella nunca le había hablado en ese tono. Probablemente porque ella no era nadie.
—No sé cuánto tiempo tendrá que estar en Surhaadi, pero tendrá

acceso a Internet, por supuesto. Así podrán mantenerse en contacto.

El jeque podía contarle lo que quisiera a Fairfax, pero ella estaba segura de que no se lo iba a permitir.

—Sí, sé que será una exclusiva maravillosa para su periódico. La señorita Parsons se pondrá pronto en contacto con usted.

Zayn se despidió, colgó y volvió a guardarse el teléfono.

—¿Qué le parece? No ha sido tan doloroso como temía, ¿no? —le preguntó a ella.

—A lo mejor no lo ha sido para usted, pero para mí todo está siendo muy doloroso.

—Si apenas la he tocado…

—No hablo de dolor físico. De hecho, ese tipo de dolor es el que menos me preocupa.

El dolor emocional era el que llevaba toda la vida acarreando. De ese dolor no podía librarse.

—Bueno, ya está todo arreglado. A su jefe le gusta la idea de que vaya a Surhaadi conmigo. Si se niega a hacerlo, lo llamaré de nuevo y le diré que ha echado a perder la historia y que necesito que la despidan del trabajo si quieren seguir teniendo la exclusiva que les he prometido.

—¿Esas son mis opciones? ¿O entro en el avión sin protestar o me meterá en él en contra de mi voluntad además de perder mi trabajo?

—Así es. Buen resumen.

—Pero ¿qué pasa con mi escándalo? Necesito conseguir esa información. Si piensa que estaba allí porque me divierte esconderme en callejones, se equivoca. De hecho, estaba haciéndolo para ayudar a una amiga. Es muy importante.

—Venga conmigo y tendrá su escándalo.

Sus ojos oscuros eran insondables, imposibles de interpretar. Pero tenía muy claro que no iba a quedarle más remedio que ir con él.

Tragó saliva, tratando de luchar contra el enjambre de nervios que recorría su cuerpo.

—Bueno, entonces supongo que nos vamos a Surhaadi.

Sophie no había estado nunca en un sitio tan lujoso como el avión privado de Zayn. Y eso que durante los últimos años había podido ver bastante lujo a su alrededor. Había sido así desde que su situación mejorara lo suficiente como para salir del modesto barrio en el que había crecido, donde su madre y ella habían vivido rodeadas de gente que no sabía quién era su padre.

Había visto lujo, pero no ese nivel de lujo.

Sentía que lo que le estaba pasado era surrealista. No entendía por qué no estaba aterrada.

Aquello era técnicamente un secuestro, pero en esos momentos estaba lo bastante tranquila como para apreciar la elegante decoración del avión y la suave piel de los asientos.

Sabía que no era el momento de ponerse a admirar ese tipo de cosas, pero prefería concentrarse en esos detalles para no perder por completo la cabeza. Lo que le estaba pasando era demasiado para digerirlo en cuestión de minutos. Necesitaba tiempo para acostumbrarse al hecho de que un jeque del desierto la había secuestrado y se iba a su país con él.

—Hay dos dormitorios en la parte trasera del avión. Puede elegir cualquiera de ellos si desea descansar —le anunció Zayn como un perfecto y civilizado anfitrión—. O, si lo prefiere, puede quedarse aquí. ¿Le apetece beber algo?

—Bueno, le agradezco que me ofrezca la posibilidad de usar uno de los dormitorios. En cuanto a la bebida, sí, me encantaría beber algo.

No solía beber. Después de que Isabelle la incluyera en su grupo de amigos, se había visto a menudo comiendo o cenando en sitios que estaban muy por encima de lo que se podía permitir. Se había acostumbrado a pedir sopa o ensalada. Y de bebida, solo un vaso de agua.

Su amiga había sido consciente de ello y sabía que habría estado encantada de invitarla, pero a Sophie no le gustaba tener que aceptar la caridad de nadie. Además, la idea de poder algún día pedir lo que quisiera en uno de esos restaurantes era una de las cosas que la animaba a seguir luchando.

Siempre había tenido miedo de perder ese tipo de incentivos en su vida. Pensaba que sin ellos iba a perder también su fuerza, su decisión para trabajar duramente. Y eso era algo que le parecía inaceptable.

Por supuesto, sabía que pedir un día algo más caro en los restaurantes que frecuentaban no iba a suponer el fin de su ambición ni iba a traicionar sus principios. Pero había trabajado mucho para conseguir lo que tenía, todo el prestigio logrado y la educación a la que había podido acceder había sido gracias a sus propios méritos. Y así se había ganado cierto grado de aceptación. Una aceptación que habría obtenido sin esfuerzo alguno si hubiera sido uno de los hijos legítimos de su padre.

Sabía que sus hermanastros no habían tenido que esforzarse para conseguir ir a la universidad que querían, tenían muchos privilegios siendo hijos de quien eran. Ella, en cambio, no había podido beneficiarse de esos privilegios.

Porque la existencia de su madre y de ella había sido un secreto y habían tenido que llevar una vida separada de la familia legítima de su padre. Desde muy pequeña, decidió que tenía que demostrarle al mundo que no necesitaba la influencia de su padre ni su dinero. Había

logrado que la aceptaran en la universidad gracias a su expediente y había terminado licenciándose en Periodismo con las mejores notas de su clase.

Pero habían pasado tres años desde entonces y ya no sentía tanto triunfalismo, no cuando una de sus principales tareas en el *Herald* era la de hacer el café.

Aun así, estaba decidida a aferrarse a su ambición, esa era la fuerza que la había llevado hasta donde estaba y tenía que conseguir llegar tan lejos como pudiera.

Por eso no podía darse por vencida. Aunque su situación se había complicado mucho, tenía que buscar la manera de ayudar de todos modos a Isabelle. El jeque le había asegurado que tenía más información para ella e iba a averiguar qué era lo que sabía. No le iba a quedar más remedio que pasar algún tiempo con él y tratar de sonsacarle esa información.

Además, su jefe esperaba que escribiera un gran reportaje sobre la boda real en Surhaadi. Decidió que lo mejor que podía hacer era aceptar su situación y tratar de aprovechar esa experiencia al máximo. Y, si para eso tenía que fijarse en todo lo que la rodeaba, incluida la calidad de la piel de las butacas del avión, eso era lo que iba a hacer.

Después de todo, era periodista y se dio cuenta de que, en ese momento, no estaba trabajando como tal, no estaba dándolo todo para conseguir algún día lo que quería.

Decidió que iba a empezar a fijarse más en los detalles y a actuar como la periodista que quería llegar a ser, no como la periodista que era en el *Herald*. Su sueño no era seguir para siempre en las páginas de sociedad. Habría preferido cubrir historias más importantes y de mayor trascendencia que la boda de un jeque. Pero para llegar hasta allí aún le quedaba mucho y la historia que tenía entre manos en esos momentos podía ser perfecta para darle un poco más de notoriedad en su periódico.

Además, hiciera lo que hiciera, iba a seguir estando secuestrada. Decidió que era mejor tratar de sacar partido de la situación en la que se encontraba.

—¿Qué le gustaría tomar? —le preguntó el jeque.

—No lo sé… ¿Un vino tinto? No sé qué es lo que toma la gente durante los secuestros. ¿Una copa de vino blanco?

—Creo que la mayoría de la gente preferiría algo un poco más fuerte durante un secuestro —contestó él.

—Así que admite que esto es un secuestro.

Zayn se acercó a un mueblebar de madera tallada que había incrustado en la pared de la cabina. Abrió las puertas y seleccionó una botella de vino.

—No perdamos el tiempo discutiendo sobre semántica. Eso no

cambia nada.

—Bueno, que admita que es un secuestro da más validez al enfado que tengo.

—No sé por qué tiene que estar enfadada —le dijo el jeque—. A no ser que tenga un novio o un amante con el que pensaba verse esta noche.

La idea no podía parecerle más ridícula. Sophie no salía con nadie, no tenía tiempo para esas cosas ni le seducía la idea de que alguien le rompiera el corazón. A lo mejor algún día, cuando por fin hubiera alcanzado profesionalmente lo que quería conseguir, si encontraba a un hombre en el que pudiera llegar a confiar…

A lo mejor entonces, pero lo dudaba.

—No, no tenía nada en mi agenda para esta noche —repuso ella.

—Entonces me imagino que, como periodista que es, una copa en el avión privado de un miembro de la realeza será mucho más interesante que pasarse la noche viendo la tele en el sofá.

Creía que tenía razón, pero no pensaba decírselo.

—Supongo que sí. En realidad, todo lo que ha pasado esta noche podría ayudarme a escribir un artículo de lo más interesante. Pero me prometió que había más. ¿Sobre qué se supone que debería escribir? Me dijo antes que el escándalo de los Chatsfield que he descubierto es aún más jugoso de lo que me imaginaba, pero desde entonces ha estado muy callado.

Se pusieron de repente en marcha los motores del avión y se le encogió el estómago. No estaba acostumbrada a volar. Había tomado algunos vuelos dentro del país, pero ese iba a ser su primer viaje internacional. Y no estaba preparada para él, ni siquiera sabía cuánto duraba el vuelo desde Nueva York a Surhaadi.

—James Chatsfield es un cretino. Puede citarme si lo desea.

—Perdóneme, jeque Zayn, pero existe documentación de todo tipo que demuestra ese hecho. Lo que me acaba de decir no es precisamente noticia.

El avión comenzó a moverse por la pista y ella se tambaleó.

—Creo que será mejor que se siente —le sugirió él.

Sus palabras y su tono le dejaron muy claro que daba por terminada la conversación. Pero no estaba dispuesta a que la manejara de esa manera.

—¿No se va a sentar usted? —le preguntó ella.

—No, antes tengo que servir las bebidas.

Sophie fue a sentarse en una de las butacas y comprobó que eran tan cómodas y suaves como parecían. Tenía que recordar todos esos detalles para cuando pudiera por fin sentarse a escribir un artículo sobre esa experiencia, la de volar en el avión privado del jeque de Surhaadi.

Él le sirvió una generosa copa de vino tinto. Aunque cada vez iban más deprisa, el jeque no perdió en absoluto el equilibrio, parecía muy seguro de lo que hacía.

Tapó la botella y la guardó de nuevo en el armario. Se acercó tranquilamente y le entregó la copa. Después, se sentó frente a ella y vio que él no se había servido nada.

—Creo que tenemos mucho en común. Los dos queremos hacer que los Chatsfield sufran y debería ayudarme a conseguirlo —le recordó ella.

Tomó un sorbo de vino y trató de que su cara no mostrara lo que sentía. Era delicioso. Le quedó muy claro que no se trataba de un vino barato. No había probado nada igual en su vida.

Alguna vez se daba un pequeño lujo y se compraba vino para tomar en casa, pero el sabor del que ofrecían en el supermercado de su barrio no tenía nada que ver con ese vino.

—Más tarde. No se preocupe, tendrá su escándalo. Antes vamos a hablar de la boda.

Cada vez estaba más enfadada, pero trató de ocultarlo. No quería revelar su estrategia.

—Pero se va a casar, ¿verdad?

—Sí, así es.

Se dio cuenta de que no parecía muy contento ante la cercanía de ese enlace e hizo una nota mental.

Decidió hacerle más preguntas sobre ese tema. Le dio la impresión de que parecía un poco más propenso a hablar de la boda que de los Chatsfield.

Se acomodó en su asiento y cruzó las piernas mientras sostenía la copa de vino a cierta distancia. No tenía mucha ropa e iba a hacer todo lo posible para no mancharse de vino uno de los mejores vestidos que tenía. Prefería que cayera sobre la moqueta antes que sobre su vestido de lentejuelas.

—¿Cuándo va a ser la boda?

El jeque sonrió levemente antes de contestar, pero no era un gesto de felicidad, todo lo contrario.

—Dentro de tres semanas.

—Me imagino que ya estarán entonces muy avanzados los preparativos —le comentó ella.

—Sí, mis empleados están trabajando duro para tenerlo todo a punto, pero es mi prometida la que lo dirige todo desde su país de origen.

—¿No es de Surhaadi?

—No, es la princesa de un pequeño país europeo. Es la cuarta hija de los reyes y la única chica. Sigue viviendo en el palacio real.

—Así que se trata de una relación a distancia —comentó ella—. No

es lo ideal.
El jeque se encogió de hombros.
—A mí no me parece que eso sea un problema. No hay ninguna razón para que Christine salga de su casa hasta que nuestra unión sea oficial.
—Eso lo entiendo, pero a la mayoría de la gente no le importaría mudarse a otro país si así puede estar con la persona que ama.
—¿Quién ha dicho nada de amor? —le preguntó Zayn mirándola fijamente con sus ojos oscuros.
Sintió que se estremecía, no pudo evitarlo.
Ella era la menos indicada para pensar en el amor cuando estaban teniendo una conversación sobre el matrimonio. Estaba segura de que su propio padre no amaba a la mujer con la que estaba casado. Tampoco creía que hubiera querido a su madre, pero estaba segura de que no amaba a su esposa. De otro modo, no habría tenido tantas aventuras como había tenido. No habría tenido ninguna.
—Es verdad. Supongo que no lo ha mencionado.
—No es ningún secreto que mi unión con Christine tiene más que ver con la política que con los sentimientos.
—Pero a la gente le encantan las bodas por amor... —repuso ella acomodándose en su asiento y tomando otro sorbo del delicioso vino —. No le gustaría saber que solo serán aliados políticos y no amantes.
Creía que una unión meramente política no iba a conseguir atraer a los lectores del periódico. Aunque lo que más le importaba era entrevistar a Zayn para tratar de sacarle información sobre los Chatsfield, tenía que escribir el reportaje que esperaba su jefe. Si Colin esperaba un artículo sobre una boda real, iba a tener que dárselo.
Pero creía que podría con todo, estaba acostumbrada a hacer varias cosas a la vez.
A diferencia de la mayoría de sus compañeros, ella había tenido que trabajar a tiempo parcial mientras estaba en la universidad. Y, después, cuando se licenciaron, ella había sido de las pocas personas que no habían tenido un trabajo esperándolas. Así que se había tenido que conformar haciendo prácticas mientras trabajaba como camarera por las noches.
No, no le asustaba la idea de trabajar en varias cosas a la vez.
—Sí, me temo que vamos a decepcionar a la gente en ese aspecto —reconoció Zayn.
—A no ser que decida mostrarles algo más.
—¿Para qué? —le preguntó él.
Parecía estar realmente intrigado.
—Para conseguir mejorar su imagen pública, por supuesto. Supongo que es algo muy importante para un líder mundial —le recordó ella.
Era algo que conocía muy bien. Ella también se había pasado toda

la vida mostrando una fachada positiva y pulida. Había sido imprescindible.

Casi todos sus compañeros de estudios habían llegado a la universidad gracias a sus apellidos y conexiones, pero ella no había podido contar con nada de ese apoyo. Se había visto obligada a ganarse el respeto por sus propios méritos. No había podido disfrutar como el resto de sus amigos, no había podido permitirse el lujo de cometer ningún error. Si ellos cometían un desliz, no era más que un comportamiento achacable a su juventud. Si lo hacía ella, era una prueba de lo poco sofisticada que era, de que allí estaba fuera de lugar.

Siempre se había comportado de manera intachable, como si tuviera más que demostrar que el resto de sus compañeros.

Conocía mejor que nadie lo importante que era manipular la imagen pública para tratar de mejorarla. En su caso, había hecho todo lo que había podido para conseguir la aprobación tanto de la universidad como de los otros estudiantes.

—Bueno, sí, lo es, pero albergo la esperanza de conseguir mejorar mi imagen de líder con mi trabajo, como el hecho de que trato de mejorar las relaciones entre países vecinos. Eso debería servir para algo, ¿no?

—Sin duda. Y estoy segura de que para algunos será así, pero pierde la oportunidad de llegar también a otras personas que estarían mucho más interesadas si se tratara de una boda llena de romanticismo.

—Entonces, le doy permiso para escribir sobre la boda como si fuera el evento más romántico del año.

Sophie se tomó otro sorbo de vino.

—Y yo me comprometo a interpretar lo que vea con buen criterio.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que va a hablar de cosas que en realidad no existen?

—Bueno, ese tipo de relato es muy propio de la sección de sociedad de cualquier medio de comunicación. Lo hacemos siempre que informamos sobre historias de la alta sociedad.

Por primera vez, vio que sus labios se curvaban formando una sonrisa. No era una sonrisa que expresara felicidad. En realidad parecía estar riéndose de una manera casi perversa. Se frotó la barbilla con la mano y no pudo evitar fijarse en su fuerte mandíbula y en su incipiente barba. Tenía un aspecto muy masculino. Era algo que le llamaba la atención, apenas había estado expuesta al sexo contrario.

Su familia la habían compuesto solo su madre y ella. En la universidad había vivido con chicas y después, cuando empezó a trabajar, se mudó a un pequeño apartamento en el que vivía sola.

Los hombres eran completos desconocidos para ella, como animales de otra especie. Se quedó mirando al que tenía sentado frente a ella.

Era un hombre magnético, de rasgos fuertes. Tenía las cejas oscuras, una nariz recta y ojos del color de la medianoche. Y sus labios… Tenía el tipo de labios sobre los que algunas mujeres componían poemas.

No podía decir que fuera un hombre guapo, era una palabra demasiado suave para él, desprendía demasiada fuerza para que lo describiera de ese modo.

Su apariencia era poderosa, todo su ser emanaba ese poder. Le parecía ese un adjetivo que lo describía mucho mejor. Nunca había conocido a nadie como él. Por muy influyentes que fueran algunas personas que había conocido en Nueva York, ese hombre era un jeque, gobernaba todo un país y se notaba.

Era el tipo de hombre que ejercía el poder, no un hombre que se tuviera que regir por las leyes como el resto de los mortales. Le daba la impresión de que, debajo de ese elegante traje a medida, había un hombre que no seguía las normas del mundo civilizado. El hecho de que ella estuviera en ese avión era buena prueba de ello.

Se dio cuenta de repente de que era peligroso. Y, por alguna razón, le pareció algo fascinante. No podía entender por qué.

Supuso que tendría mucho que ver con su propia inexperiencia con los hombres. Prefería pensar eso antes que ponerse a examinar de manera más profunda por qué se sentía así. De esa manera, podía simplemente concluir que, tal y como siempre le había parecido, los hombres eran un misterio y no merecía la pena pensar más en ello.

Pero se dio cuenta de que el corazón le latía más rápidamente y decidió que también iba a ignorar ese hecho.

—Sí, soy consciente de que eso es algo que hace la prensa habitualmente. A algunos periodistas les encanta insinuar todo tipo de cosas —comentó el jeque con una sonrisa fija en su rostro.

A pesar del gesto, no transmitía calidez, todo lo contrario. Le pareció ver un vacío aterrador reflejado en sus ojos.

—Puede que en este caso le beneficie —repuso ella.

La sonrisa se hizo más amplia y ella sintió que se le encogía el corazón. Era como si ese hombre se las hubiera arreglado para forjar un vínculo entre sus expresiones faciales y las entrañas de Sophie. Como si no hubiera secuestrado solo su cuerpo, sino que también estuviera controlando otras partes de su ser. Era una sensación muy desconcertante.

—Puede que al final salgamos los dos beneficiados —le dijo él sin dejar de mirarla.

Capítulo 3

NADA podría haber preparado a Sophie para el intenso calor que hacía en Surhaadi. El viento árido que la recibió mientras bajaban la escalerilla del avión hasta la limusina que los esperaba había sido tan seco y caliente como el de un horno. Y su pálida piel comenzó a enrojecerse en cuanto estuvo bajo los rayos del sol.

En ese sitio se sentía como si estuvieran más cerca del sol de lo que lo había estado en Nueva York. Nunca había vivido nada parecido. Aunque el clima y las circunstancias eran muy incómodos, no dejaba por ello de ser una experiencia fascinante.

Estaba tan fascinada con la situación y todo lo que la rodeaba, que se le olvidó de repente la inquietud que había sentido durante el largo vuelo hasta allí. Había logrado dormir durante unas cuantas horas. Después de la conversación que había tenido con Zayn sobre su matrimonio sin amor, había decidido echarse un poco. Por alguna razón que no entendía, ese hombre hacía que se sintiera muy nerviosa.

Suponía que era normal sentirse nerviosa con el hombre que la había obligado a ir con él a su país, pero algo le decía que había algo más. Algo que iba más allá de la incomodidad que cualquier persona sentiría en una situación como esa.

Pero prefería seguir ignorándolo. Era más fácil ignorar lo que sentía y centrarse en las vistas del desierto de Surhaadi mientras la limusina los trasladaba desde el aeropuerto.

Mucho tiempo después, aparecieron por fin en la distancia los muros que rodeaban el palacio y, un poco más allá, la enorme estructura que se elevaba tras los altos muros.

Cada ventana del palacio parecía estar iluminada con una llama naranja y otras luces destacaban cada línea y cada detalle tallados en la piedra de sus paredes. Una cúpula azul se elevaba en el centro del edificio y un intrincado dibujo de millones de brillantes azulejos la cubría.

Ese palacio parecía sacado de un mundo de fantasía. Le recordaba a los cuentos clásicos que había leído de pequeña. Pero, por desgracia, esas historias no la habían preparado para la realidad. Se quedó con la boca abierta al acercarse al palacio y ver la grandeza del lugar. Las lujosas casas de vacaciones que habían tenido sus amigas de Nueva York, que ya le habían sorprendido al visitarlas, palidecían en comparación con ese sitio.

—¿Qué le parece? —le preguntó él mientras la limusina entraba en los jardines de palacio.

Era un lugar muy bello. Cerca del edificio había un patio con el suelo cubierto de relucientes baldosas y fuentes por todas partes.

—Bueno, supongo que me tendré que conformar con esto —repuso ella con ironía.

—Me atrevería a decir que no todos los secuestrados tienen la suerte de que los lleven a un sitio tan lujoso como este —le dijo el jeque.

—Eso ya lo veremos. Puede que tenga la intención de meterme en el calabozo.

—No, tendrá sus propios aposentos.

No pudo ocultar su sorpresa. Todo lo que le estaba pasando era surrealista. No podía creerse que fuera a pasar unos días en unos «aposentos reales». Hasta la misma palabra parecía más propia de otro mundo y otros tiempos.

—Aunque no tenga muy buen concepto de mí, no soy un animal —le aseguró Zayn—. Solo soy un hombre que hace lo que debe para asegurar el bienestar de su familia.

No estaba familiarizada con ese tipo de lealtad. Y, por un momento, se preguntó cómo sería tener un hermano mayor, un padre o un marido tan protector como él. Era algo que siempre había anhelado tener.

Le parecía increíble que otras personas tuvieran a alguien así en su vida, alguien dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerlas.

Nunca había tenido una buena relación con su madre y las cosas no habían hecho más que empeorar con los años. Su madre no había tenido en la vida otra ambición que la de ser el juguete de un hombre rico. Y su situación era cada vez peor, porque había pasado a ser un juguete desechado y seguía sin superar esa situación. No había sido capaz de conectar con su única hija. Y todo porque le había entregado el corazón a un hombre que no le correspondía, que nunca la había correspondido.

Ella sí que habría podido querer a su madre, pero esta ni siquiera le había dado la oportunidad de hacerlo. La relación se había ido deteriorando cada vez más. Le costaba entender que su madre hubiera ligado su existencia a la relación que había tenido con un hombre que ni siquiera la respetaba.

En cuanto a su padre, para ella había sido como si no hubiera existido. Lo único que había recibido de él había sido una tarjeta con un cheque en cada uno de sus cumpleaños. Cheques que ella había ido guardando en una cuenta de ahorro y no había tocado hasta que fue la universidad.

No había vivido ese tipo de amor familiar ni ese afán de protección del que le hablaba el jeque.

Decidió que era mejor dejar de pensar en cosas que le producían dolor y centrarse en el palacio.

—¿Es este el palacio original o se ha reconstruido hace poco? —le preguntó al jeque.

—Bueno, ha habido muchas remodelaciones y ampliaciones durante los últimos veinte años. Se ha modernizado mucho, pero la mayor parte de lo que ve es original y tiene unos dos siglos de antigüedad. Como se imaginará, aunque las casas tan antiguas como esta pueden ser magníficas, no son muy cómodas. Por eso se decidieron hacer las mejoras de las que le hablo.

—Claro, ya me lo imagino.

Había comprobado por experiencia propia que vivir en una casa vieja no era nada cómodo, así que suponía que sería incluso peor con una de dos siglos de antigüedad. Aunque esa era infinitamente más elegante de lo que había sido la casa en la que había crecido.

La limusina se detuvo y Zayn salió del vehículo sin esperar a que lo ayudara el conductor. Fue directo a su lado del coche y le abrió la puerta. Le sorprendió ver esa actitud tan caballerosa en él, pero no iba a conseguir engañarla. No olvidaba cómo había llegado hasta allí.

Recogió su bolso y salió, levantándose lentamente. Le dolía todo el cuerpo después un vuelo tan largo. El trayecto en coche tampoco había sido breve. El viento azotó con fuerza su pelo en cuanto salió del coche y vio que Zayn se había quedado mirándola. Estaba completamente inmóvil y su expresión no reflejaba lo que estaba pensando.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—Nada, solo estaba pensando en lo extraño que es.

—¿El qué?

—La rapidez con la que pueden cambiar las cosas —contestó el jeque.

Levantó sorprendida las cejas al oírlo.

—Creo que debería ser yo la que estuviera diciendo eso, no usted.

—Sé que todo esto será una gran incomodidad para usted. Pero reconozca que también es muy difícil para mí.

—No tengo por qué reconocer nada.

—Bueno, para empezar, no tenía previsto tener a una invitado en el palacio. Tengo que preparar una boda.

—Perdóneme si no le pido disculpas por haber complicado sus planes —le dijo ella con ironía—. La verdad es que no va a conseguir que lo compadezca.

Una vez más, el jeque le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas.

—No, ya me imagino que no —repuso—. Sígame, la acompañaré a su habitación.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el palacio sin esperarla.

Sophie respiró hondo y corrió tras él. Tenía que dar dos pasos por cada una de sus zancadas para poder ir a su ritmo. Le dolían los pies después de llevar tantas horas con los zapatos de tacón alto que se había puesto la noche anterior.

Se dio cuenta mientras lo seguía de que Zayn le sacaba casi una cabeza. Además de alto, tenía anchos hombros y un cuerpo que parecía muy musculoso. Tenía también una esbelta cintura y un...

Se dijo que solo se estaba fijando en esas cosas para memorizar todos los detalles que pudiera y escribir después un buen artículo sobre el jeque de ese país y su futura boda. Trató de convencerse a sí misma de que ese era el único motivo por el que lo estaba observando con tanto interés.

Las dobles puertas del palacio se abrieron como por arte de magia y suspiró al entrar en un fresco vestíbulo. Era una delicia escapar del calor del desierto.

Se dio cuenta de que era absurdo por su parte pensar que las puertas se habían abierto mágicamente. Tenían un mecanismo electrónico como las de cualquier centro comercial, pero en ese ambiente parecían fuera de lugar y le habían sorprendido. Creía que esa extraña mezcla de lo antiguo y lo nuevo, de cuento de hadas y de realidad, era lo que estaba haciendo que se sintiera aún más confusa.

Vio algunas personas y supuso que serían miembros del servicio de palacio, pero estos no reaccionaron en absoluto ante la presencia del gobernante. Iban de un lado a otro como fantasmas, tratando sin duda de pasar casi desapercibidos. Vio que Zayn también ignoraba la presencia del personal y Sophie supuso que era así cómo funcionaban las cosas en el palacio.

Y le dio la impresión de que también pasaban desapercibidas las acciones del jeque, por descabelladas que fueran, porque nadie parpadeó al verlo llegar con una mujer a la que no conocían de nada. Una desconocida que llevaba un vestido de fiesta lleno de lentejuelas a una hora muy temprana. Le dio la impresión de que nadie parecía preocupado por su presencia.

—Llamé desde el teléfono del avión mientras dormía para que le tuvieran preparadas las habitaciones —le explicó entonces Zayn.

Así que sí la esperaban en el palacio. O al menos alguien, el encargado de hacerle la cama, sabía que el jeque iba a llegar con una invitada. Aunque les escandalizara o extrañara, suponía que sus empleados no cuestionaban las órdenes del jeque.

—Muy bien. Me encantará que me ayude a encontrar mi habitación —le confesó ella.

Se sintió de repente muy cansada y le dolía todo el cuerpo.

Además, estaba deseando quitarse ese vestido y ponerse algo más cómodo.

Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía nada de ropa. Nada de nada. Ni siquiera tenía consigo un cepillo de dientes.

—No tengo nada que ponerme.

Él no contestó. Ni siquiera se detuvo.

Zayn iba a buen paso, sin mirar a nada ni a nadie, suponía que estaba más que acostumbrado a ese sitio.

Pero ella, en cambio, estaba fascinada con la decoración de ese palacio. No podía dejar de admirar los intricados mosaicos que adornaban el suelo y las paredes, las magníficas columnas de mármol con incrustaciones de piedras preciosas o los altos techos.

Ese palacio era más parecido a un joyero que a una vivienda. Nunca había visto tanto lujo ni tanta riqueza. Parecía sacado de un sueño.

Suponía que si se hacía con un cincel y un martillo y le daba un par de golpes a una de esas paredes podría reunir suficiente polvo de oro para pagar el alquiler durante un par de meses.

Zayn la condujo por un pasillo estrecho que llegaba hasta otra antesala enorme donde había un par de elegantes escaleras de mármol. Se detuvo un momento y se volvió hacia ella.

—Por aquí —le indicó Zayn haciéndole un gesto hacia una de las escaleras.

Subieron por la escalera de la izquierda. Le costaba ir a su paso, cada vez le dolían más los pies.

—Esta parte del palacio es la que suelen ocupar los dignatarios extranjeros cuando nos visitan —le dijo el jeque sin detenerse—. Y también los miembros de la prensa.

—No he podido averiguar mucho sobre Surhaadi —repuso ella—. Pero no me ha parecido que hayan tenido muchas visitas. Ni de dignatarios ni de la prensa internacional.

—No, es verdad. Ha sido así durante los últimos años.

—Habla como si solo hubiera pasado durante dos o tres años. Pero, por lo que he leído, no han recibido visitas de jefes de estado durante la última década y media.

—Para una familia tan antigua como la mía, eso no es tanto tiempo. Desde el punto de vista de la historia de este país, quince años no es nada.

Sophie se aclaró la garganta antes de contestar.

—Bueno, desde mi punto de vista, quince años es mucho.

Zayn la miró frunciendo el ceño.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

Dejó de caminar y maldijo entre dientes.

—Es casi de la edad de mi hermana.

—¿Y eso es un problema? —le preguntó algo confusa.

—Es muy joven.

—Bueno, que no le quite el sueño mi edad. Seguro que soy en muchos sentidos bastante más madura que su hermana. De hecho, soy mayor que la gente de mi edad.

—¿Que significa eso?

—Lo que le he dicho. La gente de su nivel social tiene el lujo de poder aferrarse a su inocencia durante mucho más tiempo que las personas de mi posición.

El jeque se echó a reír y el sonido reverberó en las paredes.

—Nunca me habían acusado de ser demasiado inocente.

Se apartó de ella otra vez y siguió caminando por el pasillo. Sophie respiró profundamente y fue tras él, haciendo todo lo posible por mantener su ritmo.

—¿Por qué lo dice?

—Noto algo de periodista en su tono.

—Por supuesto. Para eso estoy aquí, ¿no?

—También está aquí porque no le dejé otra opción.

—Es verdad. Pero, por el bien de mi orgullo, no hablemos de eso.

Lo cierto era que su orgullo había quedado olvidado hacía bastante tiempo. Frunció el ceño al pensar en lo que estaba haciendo en esos momentos, corriendo tras un hombre que no dejaba de ser un desconocido y aún con el vestido de fiesta que se había puesto la noche anterior.

—Muy bien, así lo haré. Por el bien de su orgullo.

—Mi orgullo se lo agradece —repuso ella con frialdad.

—Eso lo dudo.

—Lo he dicho más que nada para no estar en silencio.

—A veces es preferible no abrir la boca.

Esa zona del palacio parecía estar completamente desierta y le sorprendió que fuera así. Suponía que debía de haber cientos de personas allí, entre personal y residentes. Esa sensación de vacío le estaba resultando muy inquietante.

Llegaron al final del pasillo y se detuvieron frente a un par de puertas dobles. Eran muy bellas, tenían incrustaciones de oro y jade. Más que puertas, le parecieron impresionantes obras de arte.

—Esta es su habitación.

El jeque no hizo ademán de abrir las puertas. Así que se acercó ella y las abrió.

Le parecía absurdo llamar «habitación» a lo que tenía frente a ella. Era en realidad una lujosa suite con varias salas. Había una amplia zona de estar. Grandes columnas de mármol la dividían en distintas secciones. Había una zona de dormitorio que estaba más elevada en la parte posterior de la sala. La cama era grande y suntuosa, grandes cortinas de seda colgaban del techo sobre ella, a modo de dosel. No había visto nunca nada igual.

Y pudo ver desde donde estaba que a la derecha del dormitorio, a través de una antesala de entrada con una pequeña cúpula, estaba el cuarto de baño. Pero no era un simple cuarto de baño, ni siquiera creía que pudiera llamarse así. Era una habitación enorme con una gran bañera enterrada en el suelo. Había visto piscinas más pequeñas que esa bañera.

Zayn se volvió hacia ella.

—Espero que encuentre todo de su gusto. Si necesita algo, cualquier cosa, para sentirse más cómoda, no dude en pedírselo a algún empleado o a mí mismo.

—¿Como un ordenador portátil con acceso a Internet? —le preguntó.

Zayn sacudió la cabeza.

—Cualquier cosa menos eso.

—¿Un teléfono vía satélite?

—No, no puede tenerlo tampoco.

Ella se frotó la barbilla como si estuviera muy pensativa.

—Así que cuando me dijo que podía pedir cualquier cosa que necesitara...

—Me refería a una bebida fría o unos zapatos distintos.

—¿Zapatos? —repitió ella con interés.

Zayn bajó la vista hacia los zapatos de tacón alto con los que llevaba ya demasiadas horas.

—Bueno, pensé que quizás le apeteciera ponerse algo un poco más cómodo.

—Y estaba en lo cierto. Pero no me lo puedo creer... ¿De verdad me ha comprado ropa?

—Bueno, no lo he hecho yo, se lo encargué a la estilista de mi hermana.

—Pero, ¿cómo ha sabido qué talla necesito ni que número de calzado uso?

—Le indiqué a la estilista lo que me pareció que podía necesitar. Si algo no le vale, se puede devolver.

—¿Cómo ha podido averiguar que número de calzado uso?

Zayn se encogió de hombros.

—De acuerdo, confieso que miré la suela de sus zapatos mientras dormía en el sofá del avión. Pude ver el número. Pero la talla de vestido tuve que adivinarla.

No pudo evitar sentir un escalofrío por la espalda al saber que la había estado observando mientras dormía, tratando de calcular qué talla de ropa iba a necesitar. Suponía que habría tenido que mirarla muy de cerca.

Pero prefería no pensar en eso. No era el momento.

—Bueno... Muy bien —farfulló algo nerviosa.

Él la miró inclinando a un lado la cabeza.

—Bueno, dejaré que descanse. Por cierto, dese por invitada a la cena de esta noche.

—¿Y vamos a hablar durante la cena del escándalo sobre el que quiero escribir un artículo?

—Todo a su tiempo.

Sin decir más, dio media vuelta y salió de la suite dejándola allí sola.

Respiró profundamente. Aunque ese hombre la agasajara con elegantes zapatos o lo último en ropa, no podía permitir que nada la distrajera. Debía recordar en todo momento por qué estaba allí. La boda era parte de su trabajo, pero no era importante. Tampoco lo era la belleza de ese palacio. Lo único que de verdad debía importarle era descubrir qué sabía el jeque sobre un escándalo que tenía que ver con los Chatsfield y con el que podía ayudar a su amiga.

Isabelle había hecho tanto por ella… Estaba segura de que sin ella no habría podido superar esos duros años en la universidad. Se había sentido allí muy fuera de lugar. No creía que hubiera podido hacer amigos por su cuenta. Y sin ella tampoco habría conseguido su trabajo en el *Herald*.

Y además de todas esas cosas, de cuánto la había ayudado a llegar donde estaba, Isabelle había sido una amiga de verdad y creía que eso era algo que no tenía precio.

Le debía mucho y quería ayudarla en todo lo que pudiera. Isabelle ya había sufrido demasiado por culpa de Spencer Chatsfield y sabía cuánto le dolía la idea de poder llegar a perder su querido hotel.

Sophie no iba a dejar que sucediera. Iba a hacer lo que estuviera en su mano para evitarlo.

Por eso creía que era tan importante que no se distrajera con otras cosas.

En esos momentos, su prioridad era darse una ducha y cambiarse para volver a sentirse bien. Después, elegiría algo que ponerse para la cena. Esperaba encontrar en el armario algo realmente impresionante porque tenía la sensación de que iba a necesitarlo para sentirse segura. Algo le decía que entrevistar a Zayn iba a ser lo más parecido a una batalla.

Y para eso iba a necesitar una buena armadura.

Fue al armario y examinó la ropa. Había todo un abanico de ropa de todos los colores. Las telas eran extraordinarias, se notaba que todo tenía una calidad excepcional. Le parecía increíble que tuviera todas esas cosas a su alcance. Casi le daba miedo tocar esas costosas prendas.

Era el tipo de ropa que veía en los escaparates de las mejores tiendas de Nueva York, ropa que apenas perdía el tiempo mirando

porque sabía que nunca podría permitírsela. Y siempre tenía la sensación de que los empleados de esas tiendas también lo sabían.

Se acercó y tocó uno de los vestidos. La tela tenía un color naranja vibrante. No pudo evitar que un suspiro escapara de sus labios.

No tuvo que mirar más. Ese era el que iba a ponerse.

Se quitó la ropa para probárselo. Temió que no le valiera, pero descubrió unos segundos después, mientras terminaba de subirse la cremallera, que le quedaba como un guante. El vestido se ajustaba con perfección a sus curvas.

Zayn había adivinado su talla y sintió un hormigueo en su piel al recordar lo que él le había confesado. Pero sabía que era mejor no pensar en esas cosas. Se volvió para mirarse en el espejo.

Y se quedó sin aliento.

No terminaba de creerse que estuviera allí, en un palacio de verdad, y con ese maravilloso vestido. Era como si estuviera viviendo un sueño o fuera la protagonista de un cuento de hadas. A lo mejor eran ratoncillos y pájaros con poderes mágicos los que habían cosido ese vestido para adaptarlo a su cuerpo o quizás fuera su hada madrina la que había hecho un conjuro para transformar de esa manera su vida en cuestión de horas.

Se dio la vuelta bruscamente para no tener que seguir viendo su reflejo en el espejo. El corazón le latía a mil por hora. No podía dejarse llevar por ese tipo de pensamientos. Aquello no era un cuento de hadas y ella no era ninguna Cenicienta convertida en princesa por arte de magia.

Era por encima de todo periodista y una amiga fiel. No podía perder el tiempo dejándose llevar por fantasías.

Tenía mucho que hacer.

Capítulo 4

ZAYN no había estado preparado para lo que vio esa noche cuando entró en el comedor. Sophie ya estaba allí, sentada junto a la cabecera de la mesa.

No se parecía demasiado a la mujer que había encontrado agazapada tras los cubos de basura de aquel callejón. Ya entonces le había parecido una joven muy bella, pero en ese momento se dio cuenta de que lo era mucho más de lo que le había parecido en un principio.

Aunque no era muy dado a fijarse en esas cosas, tenía que reconocer que tenía un aspecto radiante.

Se había recogido su rubia melena en la parte superior de la cabeza y, cuando la vio, le dio la impresión de que llevaba un halo dorado en la cabeza. Sabía que era ridículo pensar en esas cosas, pero no pudo evitarlo.

Se había maquillado, pero de manera muy sutil. Destacaban sus mejillas sonrosadas y el suave maquillaje de los ojos hacía que destacara aún más su verde mirada.

Se le fue la vista a sus labios, que brillaban especialmente.

Pero fue el vestido lo que le hizo pensar en llamar cuanto antes a la estilista de su hermana para despedirla. Y no porque el vestido no fuera perfecto, sino porque era demasiado perfecto.

La tela naranja parecía moldear cada curva de su cuerpo. El corpiño realzaba sus pechos y no pudo evitar fijarse en su escote. Trató de convencerse de que la culpa la tenía el vestido y no él. Tampoco ella.

Llevaba casi tres años de celibato, desde que se hiciera oficial su compromiso y, durante todo ese tiempo, nunca había tenido ningún problema. No había sentido que se le fueran los ojos a donde no debían. Respetaba a las mujeres. No las veía como instrumentos para su placer personal ni para el disfrute visual. Y desde luego, no las miraba con lujuria cuando invitaba a una de ellas a cenar con él.

Por eso decidió que era el vestido el culpable de su reacción. Un vestido que era completamente inadecuado. Estaba seguro de que no era él quien tenía el problema. Llevaba años comportándose como un caballero y no iba a cambiar a esas alturas de su vida.

—No esperaba verla ya aquí —le dijo mientras pasaba junto a ella y se sentaba a la cabecera de la mesa.

—Pensé que iba a tardar más, que me iba a distraer admirando la

decoración y que me costaría orientarme en un sitio tan grande, pero llegué al comedor antes de lo que pensaba.

—Espero que no me haya tenido que esperar durante mucho tiempo.

—No, no lo he hecho.

—¿Ya le ha preguntado alguien qué quiere beber?

Sophie le dedicó una sonrisa. Se quedó ensimismado mirando sus exuberantes labios.

—Ya me han atendido, no se preocupe.

—Me alegro —repuso él sin dejar de mirarla.

La noche anterior apenas había tenido tiempo para apreciar lo hermosa que era. Había estado demasiado ocupado tratando de decidir qué iba a hacer con ella.

Parecía haberse dado cuenta de repente y esa noche su cuerpo tenía una idea completamente diferente sobre lo que podría hacer con ella.

Su cautiva era una joven preciosa, le parecía que era una lástima que no confiara en ella y también era una lástima el hecho de que, aunque le atrajera físicamente, no iba a hacer nada al respecto.

No podía.

Su vida era completamente distinta en esos momentos. Y creía que, aunque hubiera sido un hombre libre, que no lo era, Sophie era la última persona en la tierra que debía tocar.

Esa mujer tenía demasiada información en sus manos y no podía arriesgarse a que llevara su historia a la prensa. No necesitaba ni quería ese tipo de atención.

—Supongo que no debería haber esperado que fuera usted el que me sirviera una bebida ahora que estamos en el palacio. No debería haberme acostumbrado a recibir el trato real que me ofreció en el avión —comentó Sophie. Parecía hablar con sinceridad, pero a él no lo engañaba. Estaba enfadada con él. Y sabía que tenía derecho a estarlo. Pero eso no implicaba que fuera a sentir ningún tipo de remordimiento por lo que había hecho.

Cuando se dio cuenta de quién era esa mujer, había tenido que actuar. Estaba satisfecho con su decisión. Además, pensaba que no iba a hacerle ningún daño pasar algún tiempo en el palacio real de Surhaadi.

Pero había un pequeño problema. No iba a darle ninguna información sobre los Chatsfield.

Decidió que ella no tenía por qué saberlo. Pensaba mantenerla allí hasta la boda.

Para entonces, suponía que Leila ya habría tomado una decisión sobre lo que iba a hacer y los medios de comunicación estarían distraídos con el gran evento.

Iba a tener que mantenerla allí durante tres semanas. Después, ya

no tendría nada de lo que preocuparse. Sophie regresaría a Nueva York con la exclusiva que quería su jefe y su familia estaría a salvo.

Lo que más la preocupaba era que su familia no tuviera que sufrir otro acoso mediático como el que habían tenido que soportar cuando Jasmine, su otra hermana, murió. Creía que aquello había ocurrido por su culpa, porque no había sido capaz de protegerla. Pero estaba decidido a que las cosas con Leila fueran diferentes.

Creía que en esos momentos estaba mejor preparado para hacer frente a la situación, ya no era el mismo joven estúpido y superficial que había sido. Ya no le importaba solo el placer, ya no era tan egoísta. Había cambiado y anteponía sus deberes, tanto con su país como con su familia, a los placeres que podía ofrecerle la vida. Había cometido un grave error en el pasado, pero estaba seguro de que no le iba a volver a pasar.

No iba a dejar que la presión de la prensa obligara a su hermana a tomar una decisión acelerada. Y eso significaba que iba a tener que vigilar de cerca a esa periodista, pero sin permitir que su presencia le afectara más de la cuenta. No podía permitirse el lujo de dejar que ese vestido lo distrajera.

No podía olvidar quién era.

—Creo que dejaré que sea el servicio de palacio el que nos sirva a los dos esta noche —le contestó él después de unos minutos en silencio.

Como si así lo hubiera planeado, apareció un miembro de su personal con una bebida para ella y otra para él. Vio que Sophie había pedido vino y el mayordomo le ofreció otra copa a él.

No era un hombre devoto, había ido perdiendo la fe con el paso de los años, y tomaba a menudo una copa de vino con la cena. Sin embargo, pensó que esa noche quizás no fuera buena idea que bebiera. Le daba la impresión de que estaba perdiendo el autocontrol que solía tener.

De todos modos, aceptó la copa, decidió que no iba a dejar que esa mujer controlara la situación ni influyera en lo que él quería beber, comer o hacer. No era un esclavo de su cuerpo ni del vestido que llevaba Sophie esa noche.

Se recostó en la silla con los ojos fijos en ella. Vio que sus dedos se deslizaban con inquietud sobre el tallo de su copa de vino. Parecía estar algo nerviosa y eso le dio más seguridad en sí mismo. Sentía que volvía a controlar la situación.

—Espero que no tenga ningún tipo de restricciones dietéticas —le dijo él.

—¿Como cuáles?

—¿No es vegetariana, celiaca ni ninguna otra cosa?

—No, no lo soy, pero gracias por preguntar.

—Bueno, no me dé las gracias antes de tiempo. Estaba a punto de decirle que por esta noche iba a tener que aceptar lo que le pongan. Pero sería distinto a partir de mañana, por supuesto.

—Afortunadamente, no hay nada de lo que preocuparse. Así que gracias de nuevo por su consideración.

—¿Ha envenenado mi vino? —le preguntó él.

—¿Por qué me pregunta algo así? —repuso Sophie con sus ojos verdes muy abiertos.

Le pareció que había inocencia en su mirada, que había conseguido ofenderla, pero sabía que era solo un espejismo.

—Está siendo tan agradable ahora mismo teniendo en cuenta su situación... Parece mucho más tranquila de lo que lo estaba hace solo unas horas.

—Me limito a ser profesional. Porque esto es una cena de trabajo, ¿no?

Se llevó la copa a los labios sin dejar de mirarla.

—Ya veo...

—¿Si? ¿Qué es lo que ve?

—Veo que está lista para jugar.

—Esto no es ningún juego, se trata de mi carrera profesional. Además, ya sabe que necesito esa información para poder ayudar a una amiga cuyo medio de vida está en juego.

—¿Qué tiene que ver con todo esto su amiga?

Sophie apartó la mirada mientras se mordía el labio inferior.

—Veo que me ha dicho más de lo que habría querido que supiera.

—Lo único que necesita saber es que tenemos un enemigo común —le dijo Sophie mirándolo de nuevo a los ojos—. Me ha dado la impresión de que a ninguno de los dos nos gusta James Chatsfield. En lo que a mí respecta, eso es todo lo necesitamos saber. De momento.

—De momento —repitió él.

Las puertas del comedor se abrieron de nuevo y entraron más miembros del personal con bandejas llenas de comida. Las pusieron en el centro de la mesa sin decir ni una palabra. Eran esas las instrucciones que tenían los empleados que trabajaban en el palacio real de Surhaadi.

En sus propios aposentos, tenía un trato mucho más personal con la gente que trabajaba para él. En el otro palacio, todo había estado estructurado de manera diferente. Pero esa era la forma en la que le gustaban las cosas a sus padres y, aunque ya no residían allí, el protocolo establecido por ellos se había mantenido intacto.

Les servían en silencio y ni Sophie ni él hablaron durante esos minutos. Cuando sus platos por fin estuvieron llenos y el personal se fue, lo miró con sus ojos verdes y cara de pocos amigos.

—Me prometió una entrevista y me prometió un escándalo. Me

gustaría que cumpliera ahora mismo con su parte del trato.

—¿Durante la cena? Yo no hablo de temas de trabajo ni de negocios durante las comidas.

Era mentira, lo había hecho en infinidad de ocasiones, pero no iba a dejar que esa mujer dictara las condiciones de su acuerdo. Además, tenía que encontrar la manera de mantenerla entretenida e interesada durante las próximas semanas.

Por otro lado, tenía un problema mucho más grave. En realidad no tenía nada que contarle.

Porque la verdad era que tenía información sobre James Chatsfield, pero no podía compartirla con ella. Sabía que era justo el tipo de escándalo que buscaba, pero no podía ayudarla. Tenía que conseguir posponer al máximo esa conversación.

—Todo está delicioso, estoy disfrutando mucho con la comida, pero pensé que podríamos empezar a hablar de la información que necesito. Ha sido un viaje muy largo y estoy cansada.

—¿Quiere oír lo que tengo que contarle o no? —le preguntó él.

—Claro que sí.

—Entonces, tendrá que esperar. Seré yo quien decida cómo y cuándo le doy la información.

Vio que estaba tratando de controlar su descontento y no pudo evitarlo, le gustó verla así. Sentía que volvía a ganar una batalla más y pudo respirar tranquilo. Por muy sexy que fuera su vestido, volvía a tener el control de la situación.

—Dígame, entonces —comenzó ella tratando de sonar dulce y agradable.

Pero no lo engañaba, sabía que estaba fingiendo y que, en realidad, lo que quería era clavarle los dientes en el cuello. Por desgracia, había algo en esa imagen que hizo que se estremeciera y sintió cómo despertaba cierta parte de su anatomía. Pero trató de ignorarlo.

—¿Sobre qué temas podemos hablar durante la cena? Lo digo para saberlo y estar preparada los siguientes días.

—Bueno, supongo que podríamos hablar del tiempo, pero no tiene mucha gracia. Siempre hace calor.

—Hace mucho calor —repuso ella de repente—. Bueno, ya está, ya hemos hablado de ello.

—Bien hecho —murmuró mientras probaba el cuscús—. También podemos hablar sobre cualquier cosa que haya sido noticia ese día. No veo por qué no podríamos charlar de vez en cuando sobre política o incluso sobre religión. Supongo que a ninguno de los dos nos preocupa ofender al otro.

—No, supongo que no. Viendo que no le importa hacerse con alguien a la fuerza y obligarlo a regresar a su país con usted, me ha dejado bastante claro que le da igual si me ofende o no. Pero creo que

el tema político puede ser un poco controvertido y arriesgado porque, si hablamos de la política en Surhaadi, vamos a hablar de usted.

—Entonces, podemos limitarnos a discutir sobre política estadounidense.

Sophie se echó a reír, pero no duró mucho.

—No, no puedo hablar de eso mientras ceno, se me atragantaría la comida —le explicó ella.

—Me parece justo. Puede entonces que aproveche esta oportunidad para hacerle preguntas sobre usted.

En realidad, no quería saber nada más sobre su bella cautiva. Después de todo, no debía preocuparle conocerla mejor. No podía olvidar que esa mujer representaba un grave peligro para su familia y tenía que controlarla en todo momento. No debía importarle dónde había crecido ni quién era esa amiga a la que quería proteger por encima de todo. Tampoco debía importarle si tenía o no un amante.

Recordó que lo único que debía importarle era proteger a Leila.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere saber sobre mí? —le preguntó Sophie.

—Cualquier cosa que quieras contarme —repuso él tuteándola por primera vez—. Y, por favor, no hace falta que me hables de «usted».

—De acuerdo, así lo haré. Pero no sé por qué podría interesarte saber nada más de mí. Sé que eso no cambiaría nada.

—¿Por qué crees que no cambiaría nada?

—No lo sé, pero me da la impresión de que solo tenemos este tipo de conversaciones circulares, no llevan a ninguna parte y la verdad es que son bastante aburridas.

—Por favor, explícame de todos modos qué es lo que querías decir —le pidió él.

—De acuerdo. Te he dicho que saber más de mí no va a cambiar nada porque eres el jeque, alguien importante. Tienes mucho dinero y estoy segura de que no te importa en absoluto el resto de la gente.

—¿Es eso lo que piensas? Es una forma muy cínica de ver el mundo.

Sophie se sonrojó y vio que apretaba con fuerza los labios en una fina línea.

—Me he ganado a pulso ver el mundo de esa manera, créeme. No vengo de una familia de renombre. No tengo un apellido conocido y eso me hace, de entrada, ser menos que otras personas, algo así como un ser inferior. A lo mejor ahora entiendes por qué me sorprende que alguien como tú quiera saber más de mí.

Sintió que era un alivio que estuvieran en ese momento centrándose en ella. Era mucho más fácil que tener que hablar de él.

—Sigo sin entender que te sorprenda mi interés. Y, después de todo lo que me has dicho y de tus reticencias, estoy aún más interesado.

Lo que Sophie le había dicho no tenía nada que ver con su

experiencia. Era verdad que la gente siempre lo había tratado con deferencia porque era el jeque. Tenía el poder y, tal y como había mencionado ella, también tenía dinero. Sin embargo, sabía mejor que mucha gente que esas cosas no solucionaban todos los problemas.

—No hay motivos para que estés interesado. En realidad, tengo poco que contarte. Crecí en un barrio bastante modesto, en una calle estrecha llena de casas pequeñas. Soy hija de madre soltera. Tenía que trabajar muchas horas, así que yo solía pasar bastante tiempo sola. Pero eso no me importaba. Así podía estudiar con más tranquilidad. Decidí a una edad muy temprana que no iba a conformarme con el mismo tipo de vida que había tenido mi madre.

—¿En serio? A mí me parece que tu madre es digna de admirar, trabajando tanto para poder mantenerte.

—Eso lo sé y se lo agradezco, pero mi madre tenía un apego poco saludable a mi padre. Y ese amor no correspondido, esa obsesión, fue destruyéndola poco a poco. Ella misma boicoteó cualquier posibilidad que pudo haber tenido para llegar a ser feliz. Nunca quiso mudarse de esa casa porque se la había comprado mi padre para que viviéramos allí nosotras. No quería irse a otro sitio porque lo que más le importaba era que a él le resultara fácil ir a visitarla. Tampoco quería poner más esfuerzo en su trabajo para crecer profesionalmente porque necesitaba ser capaz de dejarlo en cualquier momento si él decidía comenzar una vida con ella. Pero nunca ocurrió. Ya entonces la visitaba poco, pero, según fui creciendo, fue a vernos cada vez menos hasta que dejó de ir. Fue entonces cuando decidí que nunca iba a ser como mi madre. Quería ser una mujer independiente y sabía que solo iba a poder conseguirlo con una buena educación. El tipo de educación con el que pudiera tener después un buen trabajo. Y aquí estoy.

—Eso es muy admirable.

—¿Por qué lo dices de una manera tan seca? Es admirable de verdad —protestó Sophie—. He trabajado mucho. De hecho, sigo trabajando mucho cada día.

—No era mi intención, lo decía con sinceridad.

Sabía mejor que nadie lo difícil que era cambiar, lo complicado que era romper los patrones de comportamiento. Lo había tenido que hacer él mismo. Aunque no había tenido que enfrentarse a tantos obstáculos como ella. De hecho, los obstáculos que se había encontrado por el camino los había construido él mismo.

Pero el caso era que entendía lo que le estaba contando mejor de lo que Sophie podría llegar a suponer y sabía que no era una tarea sencilla.

—Bueno, en ese caso, tu sinceridad es inesperada, pero apreciada.

—Muy bien.

Siguieron comiendo y cuando los dos terminaron, él se levantó.

—¿Te gustaría venir conmigo a mi despacho?

—Supongo que allí sí me vas a ofrecer la posibilidad de hablar de trabajo.

—Así es. Has respondido a mis preguntas y yo responderé a algunas de las tuyas.

Le ofreció el brazo y ella lo miró con suspicacia.

—No muerdo —agregó él para tranquilizarla—. Me estaba limitando a ser caballeroso.

—¡Ah! Lo siento. No imaginé que fuera posible. Sobre todo teniendo en cuenta cómo nos conocimos.

—Supongo que tienes razón —le concedió él sin dejar de ofrecerle el brazo.

Sophie dio un paso hacia él y se agarró a su codo. Al tenerla de repente tan cerca, supo que había subestimado el poder de ese vestido. Porque, en cuanto ella lo tocó, sintió que ardía y solo pudo pensar en atraparla entre su cuerpo y la pared más cercana para besarla.

Sabía que no era más que una loca fantasía, pero hacía mucho que no se sentía así.

Aunque no había renunciado por completo al sexo hasta que su compromiso se hizo oficial, sí había renunciado a esas sensaciones, a ese tipo de deseo tan intenso, a esa sensación que lo dominaba por completo.

Durante los últimos años, solo le había importado su deber y su honor y había tratado de comportarse en todo momento de la manera más apropiada, pensando siempre que era un ejemplo para su pueblo.

Y, aunque había cambiado, sabía que no podía ceder ni un centímetro porque estaba seguro de que, si se dejaba llevar por la tentación de tenerla contra la pared y sus labios rozaban los de Sophie, ya no podría detenerse.

No podía siquiera pensar en esas cosas.

«No va a suceder, no voy a tocarla», se dijo.

Estaba decidido a honrar su compromiso con Christine. Aunque no tenían una relación física, habían llegado a un acuerdo para contraer matrimonio y pensaba respetarlo.

Pensaba que, si Sansón hubiera tenido la precaución de alejarse de Dalila, se habría ahorrado un montón de problemas. Él estaba decidido a evitar todos esos problemas desde el principio, ni siquiera iba a tocarla.

Apartó el brazo y Sophie lo soltó. Colocó después la mano en la parte baja de su espalda. El gesto era más íntimo que el anterior. Lo estaba haciendo para ponerse a sí mismo a prueba. Quería demostrar que no era un esclavo de sus deseos.

Sintió que Sophie se tensaba, pero no lo miró ni se detuvo. Pensó

que quizás ella también estuviera poniéndose a sí misma a prueba.
Pero tenía que dejar de pensar de esa manera.
Salieron del comedor y prosiguieron por el pasillo que conducía hasta sus aposentos.
Su despacho era distinto al resto del palacio. De hecho, toda esa zona era diferente. No quiso cambiar de habitación cuando sus padres se fueron, prefirió seguir en la zona que había sido su hogar desde su infancia.
Había hecho algunas reformas y la decoración era distinta, pero no se había movido de allí.
El despacho tenía un toque más europeo que el resto del palacio. Tenía estanterías de madera oscura y grandes ventanales que daban a los jardines. Le gustaban especialmente los sillones de terciopelo, donde pasaba horas leyendo. Era a lo que había dedicado su tiempo libre desde que decidiera cambiar de vida y olvidarse de las fiestas y las mujeres.
—No es como me lo imaginaba —le dijo Sophie al entrar.
—¿Cómo pensabas que iba a ser? —le preguntó él.
—No lo sé, pero no algo así.
—Bueno, me alegra haber podido sorprenderte.
Se apartó de ella y le hizo un gesto para que se sentara en uno de los sillones.
—¿Quieres beber algo?
—Creo que, en un despacho como este, debería tomar una copa de coñac.
Se rio entre dientes al oír su respuesta.
—Un coñac. Por supuesto.
Fue hasta la pequeña zona de bar en una esquina del despacho, tomó una de las botellas de cristal y sirvió dos generosas copas de coñac. Le entregó una a Sophie con cuidado, tratando de evitar que sus dedos se rozaran.
Después, se sentó frente a ella.
Sophie le dio las gracias y probó la bebida.
—¿Fuerte? —le preguntó él.
—No, no es demasiado fuerte.
—Me alegro, no quiero que se te suba a la cabeza, tienes una entrevista que hacer.
Sophie se aclaró la garganta y dejó la copa en la mesa de centro.
—Sí, es verdad —comenzó ella—. Volviendo al tema de los Chatsfield...
Zayn hizo un gesto con la mano para que no siguiera.
—No, no es así como vamos a hacer las cosas. Si quieres hacerme una entrevista, seré yo el que decida cómo. Lo hacemos a mi manera o no lo hacemos. Si te niegas, tendremos que volver a hablar del clima

del desierto.

—Bueno, no es así como se hacen las entrevistas. ¿Es que nunca te han hecho una?

—Así es como van a ser las entrevistas conmigo. Si no te gusta, tendrás que pasar el resto de tu estancia aburrida en tu habitación y sin conseguir nada de mí.

—¿Sabes qué? ¡Eres un cretino de lo más exigente! —replicó enfadada.

—Nunca he pretendido ser otra cosa.

—No, supongo que no —reconoció ella con frialdad.

—Tu jefe quiere que escribas un artículo sobre la boda. Y creo que, para que puedas entender esta boda, es necesario que antes comprendas cómo es mi país.

—Está bien —respondió Sophie.

—Para poder entender por qué este matrimonio es importante, debes comprender bien la monarquía.

—Siempre se me dio bien la asignatura de Historia. Sé más de lo que piensas sobre Surhaadi.

Se recostó en su sillón con una sonrisa en sus labios.

—¿De verdad? Muy bien, dime todo lo que sabes sobre mi país.

—No estaba tratando de ser arrogante. Solo quería decir que estoy algo familiarizada con el país.

—Sí, a lo mejor sabes algunas cosas, pero para mí es distinto. Este país está en mi sangre. La historia de Surhaadi es una parte de mí.

Sophie se agachó, recogió su bolso y sacó un pequeño dispositivo negro de él.

—Es una grabadora.

Él asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

Supuso que era lógico que fuera a grabar sus conversaciones. Eso le facilitaría después la labor de escribir el artículo, pero esa grabadora también le hizo recordar que tenía que ser muy cuidadoso con lo que le decía. Esa mujer iba a tener sus palabras grabadas y podría después tratar de manipularlas, diseccionarlas, darles otro sentido.

—Y antes de que puedas comprender la monarquía, debes entender cómo se instituyó.

—Si insistes...

Vio que estaba bastante molesta con él, que no le hacía gracia tener que escuchar una lección de historia en lugar de obtener directamente la información que buscaba. Pero tenía que mantenerla allí y estaba demasiado ocupado tratando de decidir cómo iba a conseguir hacerlo. Tenía que conseguir que quisiera seguir en el palacio, esperando obtener la información que quería y él no tenía.

Sabía no era un comportamiento demasiado honrado, pero ya hacía

años que se había dado cuenta de que no iba a ser recordado como un hombre de honor. Lo único que le preocupaba era proteger a su familia.

No pensaba llegar a ciertos extremos para mantenerla allí. No iba a meterla en un calabozo y tampoco creía que llegara a hacer mucho si ella conseguía escapar del palacio. No quería que ella acudiera después a los medios de comunicación afirmando que el jeque la había secuestrado.

Así que, si Sophie decidía irse de allí, no iba a poder ir tras ella. En ese caso, se encargaría de que la prensa creyera que ella era simplemente una amante despechada. O una mujer que pretendía seducirlo y a la que él había rechazado.

No iba a ser lo mejor para su imagen pública, pero sabía que podría superarlo. Lo del secuestro sería mucho más complicado.

—Sí, insisto.

—Está bien. Entonces, empecemos por el principio —repuso Sophie mientras se acomodaba en su sillón.

—Mi familia lleva al menos mil años en Surhaadi. En aquellos tiempos, no era aún un reino unificado, sino un territorio poblado por unas cuantas tribus gobernadas de forma independiente.

No le costaba trabajo contarle todo eso. Nunca le había gustado demasiado la asignatura de Historia en el colegio, pero con los años había empezado a apreciar poco a poco el pasado de su país. E incluso había comenzado a investigar por su cuenta.

Era otra de las aficiones que había adoptado desde que decidiera dejar de ser un joven mujeriego y dado a las fiestas.

—El desierto es grande, así que no había problemas territoriales entre esas tribus, pero sí a la hora de acceder al agua —prosiguió él—. La necesidad de agua, la necesidad de pastos verdes para los animales, la necesidad de agua para producir alimentos... Esa era la causa de que hubiera batallas ocasionales entre las tribus. Poco a poco, el paisaje fue cambiando y el agua se hizo aún más escasa. Las cosas llegaron a tal punto que una de esas tribus se negó a alejarse de un oasis e impidió que otras tribus accedieran al agua. Fue entonces cuando mi pueblo se dio cuenta de que había que hacer algunos cambios. Se emplazó en ese momento a todas las tribus para que se unificaran. Se trataba en principio de una unión temporal para que la gente pudiera comer y tener acceso al agua que necesitaban. La intención era unirse para poder hacer frente a la amenaza a la que se enfrentaban, la de la escasez de agua.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos trescientos años, no somos un reino muy antiguo.

Vio que, aunque hubiera empezado a escucharlo a regañadientes, había conseguido despertar su interés y le gustó que fuera así. De

joven, había despreciado las tradiciones de su país, pero después había aprendido a amarlas. Era un hombre del desierto, esa era su vida y no podía negarlo. Formaba parte de él, igual que le pasaba a todo su pueblo.

—Las tribus se unieron y pudieron entre todos recuperar el control del oasis. Lo mejor de todo fue que consiguieron hacerlo sin necesidad de iniciar una guerra. Fue una experiencia tan positiva que decidieron hacer aún más cambios. Además de la escasez de agua, tenían también otros problemas, como las continuas amenazas externas. Eso hizo que decidieran que la unión se hiciera permanente.

—¿Decidieron formar una nación?

—Sí, fue un proceso largo, pero así es como terminó. Como te puedes imaginar, hubo algunos escollos por el camino. Y la tribu a la que se derrotó en el oasis se negó a unirse a las demás.

—¿Y ahora? ¿Se han unido finalmente al resto del país?

—Siguen viviendo en Surhaadi y se declaran independientes. No reconocen la monarquía —le explicó—. Aun así, les hemos dado la opción de participar en diversos programas del gobierno, pero la mayoría se niega. Están divididos en varios grupos y viven la mayor parte del año lejos de las ciudades. Sobreviven en el desierto.

—¿Y no tenéis problemas con ellos?

—La convivencia suele ser pacifica, aunque los líderes de esos grupos no son personas demasiado agradables. Me ven como un desafío a su poder y no reconocen mi autoridad dentro de las fronteras de sus territorios.

—Pero ¿no te da miedo esa situación? ¿No has visto la necesidad de hacerlos volver al redil, por así decirlo?

—No, no veo la necesidad de destruir siglos de cultura por una disputa de poder. Se firmó hace mucho tiempo un tratado entre esa familia y la mía. Siempre y cuando no hagamos algo que vaya en su detrimento, ellos tampoco lo harán. Y, si surgiera la necesidad, tenemos permiso para usar cualquier oasis que esté dentro de su territorio.

—Bueno, parece un acuerdo bastante justo. Pero ¿cómo llegó tu familia a ser la elegida para gobernar el país?

—Eso ya te lo contaré otra noche.

—Parece que no terminas de entender cuál es tu función como entrevistado.

—Solo estaba tratando de ser considerado. Supongo que estarás cansada tras el largo viaje.

—Pude dormir en el avión.

—Pero de eso hace ya horas. Y, si no tratas de adaptarte cuanto antes al horario de Surhaadi, vas a tener que sufrir más de lo que piensas por culpa del jet lag.

—Bueno, nunca he ido a ningún sitio donde pudiera sufrir las consecuencias del desfase horario, así que no tengo ni idea de cómo es.

—Es bastante parecido a una resaca.

Sophie abrió mucho los ojos al oírlo.

—La verdad es que tampoco he tenido nunca resaca.

—¿No? ¿En serio?

—No eres la única persona en el mundo a la que no le gusta perder el control.

De repente, se dio cuenta de que Sophie era aún más intrigante de lo que le había parecido.

—Entonces, supongo que tienes mucho autocontrol.

—La gente como yo no nace con poder. Tenemos que encontrarlo nosotros mismos. En mi caso, lo que hice fue tomar las riendas de mi propia vida y para eso tuve que ser muy estricta con mi comportamiento. Nunca me importó lo que hiciera la gente de mi edad, solo lo que hacía yo.

—Admirable.

—Bueno, no sé si es admirable. Ni siquiera me importa si lo es o no. El caso es que me ha ido bien así. Al menos hasta que alguien me secuestró en un callejón de Nueva York.

—Me gustaría poder pedirte disculpas por ello, pero la verdad es que no me arrepiento.

—Ya daba por hecho que no te arrepentías.

—Bueno, gracias por este intercambio de información… —comenzó él inclinando a un lado la cabeza—. Ha sido… Ha sido muy interesante.

Vio que Sophie se ruborizaba.

—¿Es eso lo que hemos estado haciendo? ¿Intercambiando información?

—Bueno, me parece lo más justo, ¿no?

—No, no lo es. No es esto lo que acordamos. Recuerda que yo iba a entrevistarte y tú me ibas a hablar de la familia Chatsfield.

En realidad, no habían sido esas sus palabras. En realidad, solo se había limitado a prometerle un escándalo. Pero no quiso corregirla. Le pareció que no era el momento.

—Soy un firme defensor de evitar siempre la gratificación instantánea. Creo que puede ser muy perjudicial. Yo prefiero trabajar duro por lo que uno quiere.

—Eso tiene bastante gracia viniendo de un hombre que nació con un cetro de oro en la mano.

Tenía que reconocer que Sophie estaba en lo cierto. Había podido acceder a muchas cosas en la vida que otros no tenían, pero eso había hecho que se convirtiera en un hombre sin principios y le había

costado mucho transformarse en la persona que era ahora.

—Es cierto. No puedo negarlo, pero también he sufrido. Y no hay dinero en el mundo para aliviar ese sufrimiento. He aprendido también que a veces no hay más remedio que atravesar las llamas, por mucho que quemen. Y, si tienes la suerte de sobrevivir y salir al otro lado, la recompensa es enorme.

—Me preguntó si serás tú mi prueba de fuego —murmuró Sophie.

—Puede que sea una de ellas. No sé si has tenido otras situaciones similares en tu vida.

—Seguro que has sufrido mucho aquí, en este palacio, pero yo también sé de sufrimiento y de trabajo duro. A mí no tienes que convencerme. Pero también te digo que estoy bastante cansada de esa idea que defiendes. No sé por qué todo el mundo piensa que el trabajo duro hace que algo sea más gratificante. He tenido que trabajar mucho más que otras personas para llegar donde estoy y me parece más agotador que gratificante. Es fácil idealizar lo que nunca se ha tenido que soportar.

No se le pasó por alto la ironía en sus palabras. Miró a su alrededor, no podía negar que vivía en un palacio.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Bueno, supongo que debería volver a mi habitación. Puede que necesite un mapa para llegar hasta allí. ¿Tienes alguno a mano? De otro modo, voy a terminar perdida.

—Tengo la sensación de que todo me resultaría más fácil si estuvieras un poco perdida. Me causarías menos problemas.

—No cuentes con ello. Voy a tratar de complicarte la vida todo lo que pueda hasta conseguir lo que quiero.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó aunque ya sabía la respuesta.

—Lo que estás tratando de esconder —repuso Sophie.

Sus palabras le sorprendieron. Quizás porque se acercaban demasiado a la verdad. Y no estaba pensando solo en Leila.

—Nada importante. No tengo un pasado demasiado interesante —consiguió contestar él.

—¿Seguro? Estoy deseando averiguar si es verdad o no.

—Yo no soy como James Chatsfield.

—Lo sé —repuso Sophie asintiendo con la cabeza.

Cuando pensaba que ya sabía cómo era esa mujer, volvía a sorprenderlo. Parecía tener facilidad para pillarlo con el pie cambiado y no le gustaba nada. Era demasiado hermosa y, además, impredecible.

—Me alegra que lo sepas —respondió él—. Buenas noches. Mi dormitorio está aquí al lado. Así que, si no te importa, no te acompañaré a tus aposentos.

Tenía la sensación de que no le convenía poner a prueba su autocontrol por esos oscuros pasillos. Le pareció mucho más seguro e inteligente quedarse donde estaba.

—No te preocupes, creo que podré encontrar el camino. Aunque, si termino en la cámara acorazada y decido huir con las joyas de la Corona, serás el único culpable.

—Supongo que es un riesgo que tendré que aceptar.

—Está claro que eres un hombre que vive al límite.

—En eso te equivocas —le dijo algo cortante.

Se alejó de ella, deseando romper cuanto antes esa conexión entre los dos. Creía que, cuanto antes se deshiciera de ella, mejor.

—Buenas noches.

—Buenas noches… —susurró Sophie con voz temblorosa.

Trató de ignorar el tono de su voz, pero no pudo reprimir la necesidad de hablar de nuevo. Quería decirle algo con más amabilidad.

—Te llevaré a conocer el desierto dentro de unos días.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. No sabía por qué lo había hecho. Pero pensó que así tendría la oportunidad de mostrarle al mundo lo que era Surhaadi y cómo eran sus gentes. Además, le había parecido que ella estaba interesada en conocer mejor su país.

Y, por otro lado, necesitaba mantenerla ocupada. No podía tenerla todo el día vagando por el palacio como si fuera su amante o una mujer cautiva. Sobre todo cuando otros medios de comunicación empezarían a llegar al país muy pronto para cubrir la boda real. Además, tenía una prometida a la que debía serle fiel.

Creía que todo sería más fácil si pudiera darle a su personal una explicación sobre la presencia de esa mujer en el palacio. Tenía que hacerles ver que Sophie Parsons era una periodista que iba a cubrir la boda y escribir sobre la historia de Surhaadi.

Pensó que sería buena idea sacarla del palacio durante un par de días y llevarla a ver la tribu beduina. Creía que eso le daría algo en lo que centrarse que no estuviera relacionado con Leila ni con James Chatsfield.

—¿Y después? —le preguntó ella.

Tal y como ella misma le había advertido, era una mujer muy tenaz. Más de lo que podría haber imaginado.

—Después, podremos continuar con la entrevista.

—¿Y tendré mi escándalo?

—Sí, tendrás tu escándalo —le prometió antes de darse la vuelta e ir hacia su habitación sin mirar atrás.

Capítulo 5

ZAYN consiguió evitarla durante los siguientes días, pero al menos Sophie había conseguido que le diera una fecha firme para su viaje al desierto. Iban a salir unos días más tarde.

Se había pasado esos días vagando por el palacio. Estaba muy inquieta, no le gustaba nada no tener contacto con el mundo exterior. En esos momentos, habría renunciado a su reino por tener acceso a Internet. Pero, desgraciadamente, ella no tenía un reino con el que negociar.

Cuando por fin llegó el día del viaje, se levantó muy temprano. Después de pasar tantos días encerrada en el palacio, había perdido un poco el sentido del tiempo. Aun así, se levantó y se vistió deprisa. Era muy raro tener a su disposición la ropa que Zayn había encargado para ella.

Se había preguntado en más de una ocasión si le permitirían llevársela de vuelta a Nueva York cuando por fin pudiera salir de allí. Se sentía algo culpable, pero la verdad era que no podía permitirse el lujo de actualizar su vestuario cada temporada, ni siquiera cada año. Y sabía que una buena imagen ayudaría a que pareciera aún más profesional. Creía que la apariencia era muy importante en su trabajo.

La ropa que tenía no hacía sino recordarle que siempre iba a estar en desventaja. Tenía que ir impoluta para que la gente la respetara.

Isabelle podía ir a trabajar en pantalones de chándal y a nadie le sorprendería. Pensarían incluso que estaba siguiendo la última moda, pero con ella no iban a tener las mismas consideraciones. Su amiga tenía muchas ventajas y era todo gracias a su apellido, pero tampoco daba por sentado que el mundo tuviera que rendirse a sus pies. Era también muy trabajadora y creía que ese era uno de los motivos por los que se habían hecho tan buenas amigas a pesar de sus diferencias.

Salió al pasillo. No había acordado con Zayn un punto de encuentro, pero esperaba verlo pronto.

Recordó mientras salía en su búsqueda por qué estaba allí. Respiró profundamente y se ajustó la blusa con corte de túnica que llevaba. No podía olvidar que tenía una misión.

La entrevista que le había hecho la primera noche había sido bastante informativa. Creía que iba a poder usar algunas cosas de las que habían hablado en su artículo para el *Herald*. Pero no había conseguido nada que pudiera ayudar a su amiga y eso era lo más

importante. No podía distraerse con otras cosas.

Aun así, le emocionaba la idea de poder por fin salir del palacio y ver otros paisajes. Era la primera vez que viajaba al extranjero y que veía una cultura tan diferente a la suya.

Llegó al gran vestíbulo de entrada al palacio y se detuvo en seco cuando vio a Zayn allí. Llevaba una túnica y unos pantalones de la misma tela. La ropa era similar a la de ella, pero él llevaba además un pañuelo que cubría su cabello oscuro y vio que tenía una tela en las manos.

—Hoy hace mucho calor y va a hacer también bastante viento según nos vayamos alejando de la ciudad. Esto te ayudará —le dijo Zayn mientras le ofrecía la tela.

—Pero no corremos el peligro de quedarnos atrapados en una tormenta de arena o algo así, ¿verdad? —le preguntó mientras se acercaba a él.

—Bueno, siempre existe ese riesgo. Las tormentas de arena golpean con fuerza y sin previo aviso. También hay a veces inundaciones, pero de su llegada solemos enterarnos con cierto tiempo —le contestó él—. No te preocupes, llevamos el mejor tipo de vehículo para el terreno y, si las cosas se ponen mal antes de que salgamos del campamento, podemos quedarnos allí el tiempo que haga falta. Nos atenderán bien.

—Entonces, vamos a visitar a la tribu que se negó a formar parte de Surhaadi, ¿no?

—Sí. Pero, aunque no les gusta reconocer mi autoridad ni tratarme con demasiada deferencia, tenemos una relación cordial. No van a dejarme morir en medio del desierto. Bueno, eso es al menos lo que espero.

—No sabes cuánto me tranquilizan tus palabras —repuso ella con ironía mientras tomaba el pañuelo que le ofrecía.

Estudió de reojo cómo lo llevaba Zayn para tratar de copiarlo. No quería tener que pedirle ayuda. Odiaba hacerlo. Sabía que era muy testaruda y orgullosa, pero no podía evitarlo, siempre había sido así.

Creía que tenía mucho que ver con cómo había sido su vida. El mujeriego de su padre la había tratado como si no fuera más que un sucio secreto. Sabía que su vida habría sido completamente distinta si hubiera formado parte de su familia paterna y se hubiera criado en la lujosa mansión que tenían al norte del estado. Habría crecido con mucha más seguridad en sí misma y se habría convertido en una mujer sociable y encantadora a la que no le habría costado nada adaptarse a la universidad o a cualquier otra situación social.

Pero su vida había sido muy distinta, había tenido que aprenderlo todo por sí misma, probando y fracasando una y otra vez hasta encontrar su camino.

Había aprendido todo lo que sabía observando a los demás,

evitando que pareciera que estaba fuera de lugar en cada situación.

Por eso odiaba pedir ayuda a los demás y odiaba también admitir sus defectos.

—Deja que te ayude —le dijo Zayn acercándose a ella.

—No, no hace falta —repuso ella dando un paso atrás.

—Creo que sí hace falta.

Zayn se hizo con la tela y la centró sobre su cabeza. Agarró una de las esquinas del pañuelo para hacerlo pasar bajo su barbilla y esconderlo después entre los pliegues de la tela.

Al hacerlo, su pulgar le rozó la mandíbula y sintió que le quemaba la piel. Levantó la vista y se encontró con sus ojos. Zayn la miraba con una expresión intensa y oscura. Veía cosas en su mirada que apenas podía entender. Se preguntó si siempre sería tan intenso o si lo era especialmente con ella. Se le pasó por la cabeza que quizás él también hubiera sentido algo especial al tocar su piel. Como le había pasado a ella.

Sabía que debía apartar la mirada y fingir que no había pasado nada, que no había sentido nada cuando él la tocó. Pero no podía. Sus ojos la tenían hipnotizada. No podía fingir.

Había algo en la mirada de ese hombre que había conseguido inmovilizarla, algo que tiraba de ella y había conseguido despertar una sensación en su interior que era completamente nueva para ella. Y, aunque quería ignorarlo, su cuerpo no se lo permitía.

Para colmo de males, seguía siendo incapaz de apartar la mirada.

Pero sabía que tenía que hacerlo, necesitaba hacerlo. Tenía que olvidar el enorme abismo oscuro que parecía abrirse en su estómago cuando él la miraba a de esa manera. Tenía que ignorar esa sensación y no tratar de analizar lo que significaba.

No quería ni pensar que pudiera ser atracción lo que estaba sintiendo por él. Eso le parecía impensable. No podía interesarle un hombre que estaba tan por encima de ella, que además estaba prometido. Creía que eso la convertiría en lo que había sido su madre y no podía permitir que eso sucediera.

Además, creía que era odio lo que debía sentir por él, no atracción. No podía olvidar cómo la había chantajeado para que fuera a Surhaadi con él. Pero, aun así, le costaba odiarlo.

Zayn carraspeó y se apartó de ella.

—Así está mejor —le dijo—. Ya verás cómo ese pañuelo te ayuda a protegerte mejor contra los elementos.

—Estupendo. Gra... gracias —repuso ella con algo de incomodidad.

Estaba segura de que a Zayn no se le pasaba por alto que estaba nerviosa, pero no podía evitarlo. Tenía la garganta tan seca como la arena del desierto y le costaba hablar.

—Intento siempre estar al servicio de las personas que están en mi

país.

Su voz era áspera y suave al mismo tiempo. Suave como el terciopelo. Sintió que se deslizaba sobre su piel, dejando una extraña sensación en ella.

—Bueno, como supongo que tendré que estar en este país durante un tiempo indefinido, me alegra saberlo.

—Estupendo.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó con impaciencia.

No tenía prisa, pero le incomodaba la idea de seguir allí con él. Necesitaba una distracción.

—Por supuesto.

Zayn fue hacia las puertas, que se abrieron cuando se acercó, y ella lo siguió.

Había un gran todoterreno aparcado frente al palacio, pero le sorprendió ver que no había ningún chófer.

—No vamos a ir solos, ¿no?

—Estoy muy familiarizado con el terreno, no te preocupes.

No le preocupaba cómo condujera, sino la idea de estar a solas con él. Incluso la primera noche, cuando fue hasta su despacho tras la cena, no sintió que estuvieran del todo solos. Había sabido entonces que había empleados del servicio cerca de allí.

—Pero ¿por qué vamos los dos solos?

—Es mejor así. Prefiero no aparecer con todo mi séquito, puede que se lo tomaran como una amenaza. Siempre voy solo cuando tengo que tratar con Jamal y su tribu.

—No pensarás llevarme al desierto para matarme, ¿verdad?

—No seas absurda. Si quisiera matarte, me limitaría a abandonarte y dejarte morir allí. No me rebajaría a hacer algo tan prosaico como matarte.

—Tus palabras son un gran alivio —repuso ella con ironía—. Supongo que, si de verdad fueras a abandonarme en medio del desierto, no bromearías sobre ello.

—¿Quién sabe? —contestó él mientras abría la puerta del lado del copiloto.

Lo fulminó con la mirada. Era imposible averiguar qué estaría pensando, pero suponía que el hombre que acababa de ajustarle cuidadosamente el pañuelo para que estuviera protegida contra los elementos no iba a abandonarla en medio del desierto. Se metió en el coche con eso en mente.

—¿Cuánto se tarda en llegar? —le preguntó después de que Zayn se sentara en su sitio y pusiera en marcha el coche.

Él le dirigió una sonrisa. Sus blancos dientes contrastaban con su piel oscura y se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía sonreír de verdad.

—Todo depende de dónde estén hoy —le explicó él.

Condujeron durante mucho tiempo, hasta que desapareció el camino y estuvieron rodeados de arena. El sol parecía estar más cerca de la tierra allí.

Aunque Zayn se había preocupado por proteger su cabeza de las inclemencias de ese lugar, volvió a preocuparle de nuevo que él decidiera dejarla allí, en medio de la nada. A lo mejor estaba siendo algo paranoica, pero creía que tenía motivos más que suficientes para justificar sus miedos. Después de todo, ese hombre la había llevado a su país a la fuerza. Y, si no totalmente a la fuerza, sí que la había sobornado para que no le quedara más remedio que subirse al avión con él.

No sabía si Zayn habría ido tras ella si hubiera tratado de huir, pero entonces se habría encargado de que la despidieran y eso le había parecido una amenaza lo suficientemente grave como para aceptar sus condiciones. Empezaba a estar nerviosa de verdad cuando vio algo de humo en la distancia, tras una duna.

—Ahí están.

La profunda voz de Zayn respondió a la pregunta que aún no había tenido tiempo de hacerle.

—Están muy lejos de todo aquí. ¿Qué pasa si tienen algún tipo de emergencia médica?

—Si son problemas graves, suelen terminar mal. Aunque ahora tienen teléfonos vía satélite y también pueden usar los servicios de rescate disponibles en Surhaadi.

—¿En serio? ¿Pueden utilizar los servicios médicos aunque se nieguen a reconocer tu gobierno?

—Sí, aunque hay algunos ancianos que se niegan a recibir nuestra ayuda. Yo preferiría que lo hicieran.

—Bueno, eso es muy generoso por tu parte. No creo que sea algo que tengas en común con otros líderes mundiales —le dijo mientras lo miraba de reojo.

Tenía un perfil fuerte y masculino. Y los ojos fijos en el horizonte.

—Sí, supongo que es así. Pero, bueno, todos tomamos las decisiones que creemos oportunas. Normalmente no son del todo malas, pero tampoco del todo buenas. Esta tribu quiere preservar su patrimonio y su cultura y lo entiendo. Cuando ocurre una tragedia, ven las desventajas que tiene vivir aislados, pero no hay una solución perfecta a ese problema. Y no los culpo por querer ayuda cuando están desesperados. Sé lo difícil que es tener que cambiar por culpa de las circunstancias. Sé lo duro que es ver el error cuando ya es demasiado tarde.

Estaba dejándole ver un lado distinto, no era el fuerte gobernante de ese país ni el malhechor que la había secuestrado en Nueva York. Era simplemente un hombre que quería servir a todo su pueblo, no solo a su familia. Ese hombre personificaba la historia de su país y entendió por qué había querido que hiciera ese viaje con él.

El coche avanzó lentamente sobre la duna y, poco después, pudieron ver por fin el campamento. Estaba instalado al borde de un oasis que tampoco habían podido ver hasta ese momento.

Vio el reflejo del sol en el agua, que era como un gran espejo. Había muchas tiendas en la zona y niños corriendo entre ellas. Se fijó en los fuegos donde estarían preparando la comida y en las cuerdas donde tenían tendida la ropa limpia.

—Espero que nos reciban bien —comentó él.

—¿Cabe la posibilidad de que no lo hagan? —le preguntó preocupada.

—Bueno, nunca doy nada por sentado y menos aún aquí. Porque aquí no importa que sea jeque. No les importa a ellos ni al desierto. Somos simplemente sus invitados. Tanto tú como yo. Aunque a mí me conocen.

Zayn detuvo el todoterreno y apagó el motor. Aún estaban a bastante distancia del campamento, pero supuso que se paraba allí para no hacer una gran entrada con el coche, como si estuviera a punto de asaltarlos.

Se bajó y ella hizo lo mismo. Se le hundieron los pies en la arena.

—Creo que necesito raquetas de nieve para caminar sobre la arena.

—Solo necesitas un poco de práctica —repuso Zayn sonriendo.

—Estás disfrutando mucho viéndome sufrir, ¿verdad? Casi nunca voy a la playa y esto es cien veces peor.

—Demasiado tarde, *habibti*. Es verdad, estoy disfrutando mucho, no lo puedo evitar.

—A lo mejor debería bajar por la duna como si fuera un gran tobogán y hacer una gran entrada.

—Preferiría que no lo hicieras —le dijo él—. Pero no puedo controlar lo que hagas ni lo pretendo.

No pudo evitar echarse a reír.

—¡No, claro que no! —exclamó con ironía—. Creo que te encantaría controlarme por completo.

—Te equivocas. No soy tan tonto como para pensar que podría controlarte por completo.

—Muy bien, me alegra que lo tengas claro. Porque, como ya te dije el otro día, soy una persona muy decidida.

—Creo que en realidad dijiste que eres testaruda o terca.

—Bueno, es prácticamente lo mismo, ¿no?

—Supongo que sí, al menos en tu caso.

—¡Cuánto me halaga que me digas eso! —replicó con sorna.

Le habría encantado ir por delante de él y poder caminar con elegancia sobre la arena, pero sabía que no iba a poder hacerlo, por varias razones. Se veía incapaz de andar bien por esa arena. Y, por otro lado, no quería ser la primera en llegar al campamento.

Afortunadamente, Zayn emprendió el camino y ella pudo seguirlo.

Le molestó ver que él no tenía ningún problema para andar por la arena. Estaba consiguiendo que se sintiera muy torpe y en clara desventaja. Y ella odiaba sentirse así. Sabía que era una reacción absurda e infantil, sobre todo estando donde estaba, en medio de la nada. Pero esa lucha constante por no sentirse fuera de lugar era algo tan inherente en ella que no podía ignorarlo.

Cuando llegaron a la parte inferior de la duna, Zayn se detuvo y se volvió hacia ella.

—Espera aquí. Voy a acercarme y ver si están de humor para recibir nuestra visita. Preferiría que no fueras conmigo, por si acaso. Como te dije antes, cuando estoy en el desierto nunca doy nada por sentado.

Se quedó mirando cómo Zayn iba hacia el campamento. Tenía un nudo en el estómago. No sabía por qué estaba tan preocupada. Quería pensar que era por su propia seguridad, pero la verdad era que ella tenía la posibilidad de volver a subir la duna e irse en el todoterreno.

Se dio cuenta de que en realidad estaba preocupada por Zayn y creía que no se merecía su preocupación.

Trató de convencerse de que lo que le preocupaba era que ese país pudiera perder a un gobernante como él, alguien que parecía de verdad preocupado por su pueblo. A nivel personal, le costaba tratar con él, pero tenía que reconocer que hablaba con pasión de su país y de su pueblo.

Después de todo, estaba dispuesto incluso a casarse con alguien solo porque esa unión iba a lograr que mejoraran las relaciones internacionales para su país.

Creía que era el mejor líder que podía tener esa nación. Estaba dispuesto a sacrificarse por su pueblo.

Pensó que por eso estaba tan nerviosa. No tenía nada que ver con lo que sentía por él. Porque además tenía muy claro que lo único que sentía por él era desprecio.

Vio que Zayn llegaba al campamento y se detenía con las manos extendidas. Supuso que les estaba mostrando que no llevaba armas.

Cada vez estaba más inquieta. No sabía qué iba a pasar. Lamentó en ese instante que Zayn no hubiera llevado consigo ningún tipo de protección porque ella no iba a poder ayudarlo si las cosas se complicaban. Lo único que iba a poder hacer entonces era escapar corriendo hacia el todoterreno.

Pero, de repente, el hombre con el que Zayn había estado hablando

se acercó a él y lo abrazó. Cuando se separaron, el jeque miró a Sophie y luego comenzó a caminar hacia ella. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella y sintió que se le encogía el estómago. Trató de ocultar lo que sentía, pero temía no estar consiguiéndolo.

Zayn no se lo había puesto nada fácil. La había llevado hasta allí, en medio de la nada, para decirle después que a lo mejor no eran muy bien recibidos y que tenía que dejarla sola junto a la duna.

Trató de convencerse de que no era él quien tanto le estaba afectando, sino esa situación. Pero sintió un escalofrío recorriendo su espalda cuando Zayn llegó frente a ella sin dejar de mirarla con sus ojos oscuros.

—Somos bienvenidos —le dijo.

—Bueno, menos mal. Ya estaba pensando en qué podría contarles a los miembros de tu corte real cuando me vieran regresar sola al palacio.

Dio un paso hacia él y se tropezó. Zayn le dedicó una sonrisa irónica que le dijo más de lo que podría decirle con palabras. Los dos sabían que ella no habría podido salir de allí corriendo, no cuando ni siquiera podía dar dos pasos sin tropezarse.

—Le he dicho a Jamal que eres periodista y, aun así, no nos ha echado. Creo que es muy buena señal.

—Entonces, ¿crees que no le importará que hable de ellos en mi artículo?

—Esta tribu vive de espaldas al resto del mundo, pero eso no quiere decir que no vaya a importarles. Mientras hagas una descripción justa y veraz de este pueblo… Lo que me sorprende es que te preocupe a ti.

Sintió que se sonrojaba y no era por culpa del sol.

—No me parece justo que te atrevas a prejuzgarme solo porque soy periodista. Sé que crees que soy como esos paparazis que se dedican a perseguir a la gente. Teniendo en cuenta lo que estaba haciendo cuando nos conocimos, no puedo echártelo en cara, pero escribo para las páginas de sociedad del *New York Herald*. No es precisamente un periódico sensacionalista. Además de periodista, soy un ser humano con sentimientos y soy capaz de reconocer que otros seres humanos también los tienen. No es mi intención destruir a nadie.

—Excepto a los Chatsfield, ¿no?

—Nunca dije que quisiera destruirlos. Solo pretendo distraerlos.

—¿Para qué?

—Si usted puedes tener secretos, también puedo tenerlos yo —repuso ella con firmeza—. Bueno, ¿tengo que quedarme aquí o me vas a presentar a tu amigo?

—Yo no diría que es mi «amigo»… —le dijo Zayn mientras se acercaba a ella y colocaba la mano en su espalda para guiarla hacia donde estaba el otro hombre.

Era alto, casi tanto como Zayn, y su expresión era aún más imponente.

—Usted debe de ser la periodista —le dijo Jamal.

—Sí, así es —repuso ella tendiéndole la mano.

Pero el hombre la ignoró y ella volvió a bajarla.

—Soy Sophie —murmuró—. Sophie Parsons.

El hombre asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces supongo que deberíamos ofrecerle algo interesante sobre lo que escribir.

Capítulo 6

HEMOS enviado a tu mujer de nuevo a la tienda.

Zayn miró a Jamal y algo se retorció en su estómago cuando pensó en lo que le había dicho el otro hombre.

—No es mi mujer, solo está bajo mi protección. Nada más.

—Entonces, ¿prefieres que duerma en otra tienda?

—Como ya he dicho, está bajo mi protección —respondió Zayn—. Así que debe estar cerca de mí.

Sabía que habría sido más inteligente aceptar su sugerencia, pero también había sabido que no iba a poder hacerlo.

—Como desees.

—No hay nada entre nosotros.

Jamal se quedó con la vista perdida en el horizonte.

—No es asunto mío lo que hagas ni con quién lo hagas, Al-Ahmar. A estas alturas, ya deberías saberlo. Si no te metes en mis asuntos, yo tampoco me meteré en los tuyos.

—Estoy moderadamente seguro de ello.

—Bueno, ahora estás aquí y espero que aprecies la suerte que tienes. Te conviene tratar conmigo y no con mi padre. No creo que él os hubiera dado la bienvenida ni hubiera sido tan hospitalario.

—Lo sé y no tiene sentido que aún haya hostilidad entre nosotros. Los dos queremos las mismas cosas. Los dos queremos lo mejor para nuestros pueblos.

—Sí, pero me temo que a menudo tenemos opiniones diferentes sobre lo que es mejor.

Zayn miró hacia la tienda de campaña que les habían reservado para Sophie y para él.

—A veces ni siquiera tengo claro qué es lo mejor para mí mismo —le confesó Zayn con la vista en la tienda.

—Te entiendo perfectamente —repuso Jamal riendo—. Nos pasa a todos.

Zayn pensaba que a él le estaba ocurriendo con demasiada frecuencia.

—Bueno, creo que voy a retirarme ya.

Jamal levantó una ceja.

—Yo también me retiraría ya si tuviera una mujer como la que te espera en la tienda.

—Tú tienes una esposa —repuso algo ofendido—. Además, ya te

dicho que esa mujer no es mi amante.

—Cálmate, Al-Ahmar. No quiero nada con tu mujer ni voy a contar a nadie lo que vea aquí. Puede que no estemos de acuerdo en todo, pero creo que eres un hombre de honor. No pienso causarte ningún problema.

Zayn le tendió la mano y Jamal se la estrechó con firmeza.

—En eso estamos de acuerdo —le dijo Zayn—. Buenas noches.

Se alejó del otro hombre tratando de no pensar en lo que había insinuado. Iban a compartir tienda esa noche, pero había suficiente espacio para los dos. No pensaba tocarla.

Cruzó el patio central del campamento sorteando las fogatas que ya empezaban a apagarse. Apartó la tela que hacía de puerta en la tienda y se encontró con una Sophie que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Buenas noches —le dijo él mientras iba directamente a una esquina de la enorme tienda.

Ese espacio hacía las veces de zona de estar y alguien había dejado allí sus bolsas de viaje.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

—Esta es la tienda de invitados y, como los dos somos invitados, tendremos que pasar aquí la noche.

—Pero no tengo nada que...

Sophie no terminó la frase. Se quedó mirando las bolsas de viaje.

—Tienes aquí todo lo que puedas necesitar.

—Por supuesto —repuso ella—. Ya me he dado cuenta de que, mientras esté en este país, estaré atendida en todo momento, lo quiera o no.

—¿Qué problema hay? ¿Que no tienes ninguna excusa para sentirte infeliz o incómoda? Debe de ser horrible para ti cuando lo que quieres es sentirte como una pobre prisionera.

—En realidad me siento como una prisionera «invadida». No pensé que iba a tener que compartir tienda.

Zayn movió de un lado a otro el brazo para hacerle ver todo el espacio que tenían.

—¿Pensabas que esta lujosa tienda iba a ser solo para ti?

—La verdad es que ni siquiera pensé en ello —repuso Sophie sacudiendo la cabeza.

El movimiento hizo que se agitara su melena y el rubio dorado de su pelo le pareció aún más reluciente a la luz de las lámparas de aceite.

—Detrás de esa tela de seda está la cama —le explicó él mientras la señalaba con la mano—. Puedes dormir ahí, yo lo haré en el sofá.

—Bueno, lo importante es que quede claro que vamos a dormir en sitios distintos —repuso ella sonrojándose.

—Por supuesto —le dijo él abriendo una de las bolsas de viaje.

Pero era la de Sophie y sus manos rozaron las delicadas prendas de seda que alguien había empaquetado para ella. Era lo último que necesitaba en ese momento.

—Además, no estoy buscando una amante. Y, si la estuviera buscando, no te elegiría a ti.

Vio que sus palabras la sorprendían.

—Estupendo, me alegra que los dos lo tengamos tan claro.

—Sí, a mí también me alegra —murmuró él.

Sentía que le ardía el pecho y le quemaban las manos después de haber tocado accidentalmente su ropa, tan íntima y femenina. Fue en ese momento más consciente que nunca de que tres años de celibato eran muchos años. Si le bastaba con tocar esas prendas para que despertara el deseo en su cuerpo, era obvio que llevaba demasiado tiempo sin pensar en sus necesidades físicas.

—Cambiando de tema por completo —comenzó Sophie—, creo que ya es hora de que tengamos la segunda parte de la entrevista.

—¿Eso crees?

Sophie se acercó a donde estaba él y se sentó en el diván. Él seguía al lado del sofá, justo frente a ella.

La estructura del diván la obligaba a sentarse casi recostada y esa posición no hacía sino acentuar su figura. No pudo evitar que se le fueran los ojos a sus curvas.

Apartó de mala gana las bolsas de viaje y se sentó en el sofá, frente a ella.

—Me temo que esta noche no tenemos nada de alcohol para hacer el trago menos doloroso.

—No pasa nada —le dijo Sophie—. La verdad es que casi nunca bebo.

—¿Por qué no?

—El alcohol tiene muchas calorías, es caro y te puede hacer perder el control.

—Es verdad, ahora recuerdo que me dijiste que nunca habías tenido resaca.

Sophie se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó su pequeña grabadora.

—¿Has vuelto a olvidar que soy yo la que hago la entrevista? No vamos a hablar de mí.

—No, no se me ha olvidado. Pero no acostumbro a dar sin obtener algo a cambio.

—Y a mí no me gusta hablar de mí misma. Sigues forzando la situación para que lo haga y es muy irritante.

—Lo siento —le dijo él.

—Dudo mucho que tu disculpa sea sincera. Pero será mejor que continuemos, ¿de acuerdo?

Decidió de repente que no quería seguir sentado y se puso de pie.

—¿Qué fue lo que me preguntaste la otra noche?

—Te pregunté por tu familia, quería saber cómo llegó a ser la elegida para gobernar la nación.

—¡Ah! Sí, es verdad —repuso él.

Recordaba perfectamente su pregunta, pero había querido que fuera ella la que introdujera el tema para que sintiera que tenía control sobre la entrevista

—Como pasa con todo, los cambios suelen venir con algunos obstáculos. Al principio, todos vivíamos así —le dijo señalando la tienda—. Y, por supuesto, sin teléfonos vía satélite. Cuando las tribus decidieron unirse, llegaron a la conclusión de que necesitaban un único líder. Era a lo que estábamos acostumbrados.

—Hablas como si hubieras estado allí.

Se encogió de hombros. Suponía que tenía razón. Era su historia y formaba parte de él.

—Bueno, evidentemente, esto pasó hace mucho tiempo, pero en cierto modo estuve allí, mis antepasados lo estuvieron. Somos los descendientes de la tribu que terminó tomando el control. Es una parte de mí.

—Pero ¿qué tenía tu familia de especial? ¿Por qué fue digna de ejercer el liderazgo?

—Bueno, fue una decisión complicada, no hubo un voto unánime a favor de mi familia. Pero estalló entonces una guerra con un país vecino y fueron los de mi tribu los que demostraron ser los mejores guerreros. En una de esas batallas murió nuestro líder tribal, murió tratando de salvar la vida de los niños y mujeres de otra tribu. Si no hubiera muerto, habría sido el rey o el jeque, pero fue entonces su hijo el que se convirtió en primer gobernante de lo que hoy se conoce como Surhaadi.

Se hizo el silencio. Solo se podía oír el viento soplando entre las tiendas.

—¡Qué historia tan triste! Se sacrificó y nunca pudo llegar a saber lo que había conseguido —le dijo Sophie.

—Yo prefiero pensar que sí lo supo. A lo mejor no que nuestra familia iba a llegar al poder, pero sí que su sacrificio final sirvió para salvar a las mujeres y a los niños.

—Eso espero. Sigue sin ser un final feliz, pero sí es un final mejor.

—Me gusta pensar que su sacrificio marcó desde el principio qué tipo de líderes iba a haber en la familia Al-Ahmar, hombres capaces de dar su vida para proteger a los más débiles.

Sophie se enderezó y lo miró con intensidad a los ojos.

—¿Sientes que tú también eres así? ¿Que estás respetando esa especie de ley no escrita?

—¿Me estás preguntando si siento que estaría dispuesto a sacrificarme por los demás como lo hicieron mis antepasados? No, la verdad es que no. No a ese nivel. Pero sí estoy dispuesto a hacer ciertos sacrificios.

—¿Como tu matrimonio?

Dudó un momento antes de contestar, recordando que Sophie estaba grabando sus palabras. Millones de personas en todo el mundo podrían después leer esa entrevista. Ya le había dicho ella que a la gente le fascinaban las historias de amor, pero respetaba demasiado a Christine como para hablar del tipo de matrimonio que iban a tener. Tenía que ser cuidadoso y sensible con su respuesta.

—Siempre he sabido que iba a casarme y hace ya muchos años que sé que Christine sería la elegida. La nuestra no es una relación tradicional. Apenas hemos pasado tiempo juntos y no tenemos una relación física, pero se basa en el amor. En el amor que tenemos hacia nuestros países.

—¿Crees que ese amor que tienes hacia tu país es suficiente?

—Es el amor más real que he conocido nunca. Es un amor que corre por mis venas.

—Pero ¿no crees en el amor entre dos personas? —le preguntó Sophie.

No le había parecido que pudiera ser una mujer romántica y, de hecho, creía que solo se lo preguntaba por curiosidad. Aun así, le dio la impresión de que había algo más tras esa pregunta, algo que le fascinaba. Algo que le hacía anhelar cosas que no iba a tener nunca.

Pensó en la fría y distante relación que tenían sus padres. Se le vino después a la cabeza su hermana Jasmine y su amante, el despreciable Damien. Un mujeriego que había sido desgraciadamente su amigo. Se preguntó si habría habido amor entre ellos, pero le parecía imposible. Creía que no había tenido en su vida ningún ejemplo de amor verdadero.

—Supongo que existe, pero este tipo de relación es más fiable y duradera. Es la que mi país necesita y eso es lo más importante.

—¿Siempre has pensado lo mismo?

—No —le confesó él con sinceridad antes de que pudiera pensar en lo que le decía.

—¿Cuándo cambiaste de manera de pensar?

Se quedó inmóvil, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Hace tiempo —replicó apretando los dientes—. Esto no es fácil para mí... —añadió—. Leila no es mi única hermana, tenía otra, Jasmine, que falleció hace unos años.

Cerró un segundo los ojos para tratar de bloquear las imágenes que llenaban su mente cuando pensaba en Jasmine. Quería olvidar los

gritos, las acusaciones…

—Ese tipo de dolor te cambia para siempre, te hace revaluar tu vida.

—Lo siento —le dijo ella—. Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. Pero cambió las cosas, nos cambió a todos.

—Ya me imagino. Además, tu vida es tan distinta a la del resto de la gente.

—¿Qué quieres decir?

Sophie se apartó un mechón de la cara y se quedó ensimismado mirando el elegante movimiento de sus dedos. Era una mujer que emanaba sofisticación por los cuatro costados, pero había algo más en ella. Algo más profundo. Era también valiente y fuerte, no era solo suavidad y elegancia. Creía que era esa mezcla de cualidades, ese contraste, la que lo tenía tan cautivado.

—Yo solo tengo que preocuparme por mí misma. Como a todo el mundo, me preocupa en parte lo que los demás piensen de mí, pero eso no me afecta mucho. Tú, en cambio, tienes razones mucho más grandes e importantes que tener en cuenta antes de tomar una decisión. Tu vida se ve afectada en todo por lo que llaman el «efecto mariposa». Cualquier decisión que tomes, por pequeña que sea, puede terminar afectando a millones de personas. Por eso digo que tu vida es tan distinta.

—Yo no estoy tan seguro. También tienes tú mucha influencia como periodista. Lo que escribes puede llegar a millones de personas e incluso hacer que cambien de opinión sobre algún hecho —repuso él.

Era la oportunidad perfecta para dejar de hablar de él y poner el foco sobre Sophie. No quería que le hiciera preguntas demasiado personales. No estaba preparado para mostrar el lado más oscuro de su vida.

—Bueno, ese es el objetivo final. Aunque yo no hago mi trabajo pensando en cuánto puedo influir y cambiar las cosas para otras personas. Lo que hago lo hago para mí, para poder algún día ver cambios en mi propia vida. Sueño con poder comprarme ropa de calidad para el trabajo, con no tener que preocuparme por no llegar a fin de mes, con sentir que lo he conseguido…

Le dio la impresión de que había estado a punto de decir algo más, pero no lo hizo.

—¿Qué?

—Nada.

—No es nada. Sé que ibas a decirme algo más, estás deseando hacerlo.

Sophie sacudió la cabeza antes de hablar de nuevo.

—Quiero conseguir avanzar en mi carrera hasta lograr que me

inviten a ciertos eventos sociales. Sueño con el momento en el que esté en una de esas exclusivas fiestas y pueda acercarme a mi padre. Entonces, le ofreceré mi mano y le diré quién soy. No llevo su apellido porque no me reconoció, pensó que no era lo suficientemente buena para tenerlo. Me encantará poder hacerle ver entonces que he logrado llegar donde estoy, en la misma fiesta que él, por mis propios medios, sin su ayuda, sin su apellido, sin los privilegios de sus otros hijos, los legítimos. Quiero que vea que la hija que despreció es la que más lejos ha llegado.

Sus palabras lo golpearon con la fuerza de un puñetazo. Entendió entonces de dónde sacaba su determinación y su motivación. Comprendió por qué trabajaba tan duro y por qué había hablado de su madre con tanto desdén. Le quedó claro que su progenitora había estado obsesionada con un hombre que las había abandonado por completo, un hombre que había tenido otros hijos, pero que se había negado a reconocer a Sophie.

Habían tenido infancias muy distintas. Él había tenido asegurado su lugar en la vida desde el nacimiento. Lo que tenía se lo debía a sus antepasados, tanto el poder, como el dinero o el prestigio.

Ella, en cambio, no había podido llevar el apellido que le habría correspondido por ser hija de quien era y había tenido que conseguirlo todo por sus propios medios. Había tenido que forjar su propio camino.

Él había conseguido incluso que se le perdonaran los errores de su pasado, pensando que se había comportado como lo había hecho porque había sido un joven rebelde con demasiado poder y demasiado dinero.

No había tenido ninguno de los inconvenientes que había tenido que superar Sophie y había abusado de todas las ventajas que le habían dado.

Quería decirle algo, pero no se atrevía a darle ningún consejo. Aun así, le agradecía mucho que se hubiera sincerado con él.

—Dicen que la mejor venganza es vivir bien —le dijo—. Y me da la impresión de que ya lo estás haciendo.

—Sí, ahora me codeo con la realeza.

—Es verdad —repuso él con media sonrisa—. Pero no puedo creer que tu padre se negara a reconocer una hija como tú.

—¿Es eso un halago? —le preguntó Sophie abriendo mucho los ojos.

—¿Por qué te sorprende? Siento admiración por tu inteligencia y tu determinación. Yo nací con todo tipo de privilegios y los eché a perder. La verdad es que no los merecía. No me extrañaría nada que tus hermanastros hubieran hecho lo mismo.

—¿Por qué dices que echaste a perder lo que tenías?

Se quedó unos segundos callado. No estaba preparado para hablar

de ello.

—Eso ya te lo responderé mañana

—Pero no es justo. ¡Y ni siquiera hemos hablado aún de la información que necesito! ¡Quiero mi escándalo!

—Ya estamos más cerca —le aseguró él.

Pero tenía un nudo en el estómago. Empezaba a darse cuenta de que iba a tener que darle cierta información para compensar que no pudiera decirle lo que de verdad sabía sobre James Chatsfield y su hermana. Y cada vez tenía más claro qué tenía que contarle para no desvelar el secreto de Leila.

Empezaba a ser muy consciente de hacia dónde estaban yendo las historias que le había estado contando.

Había comenzado hablándole del nacimiento de su nación, del gran sacrificio que había sido el origen de su línea dinástica y de la importancia que tenía actuar con honor y ser digno de lo que había recibido sin haber tenido que trabajar para conseguirlo.

—Por esta noche, será mejor que lo dejemos para poder dormir un poco —insistió él mientras se levantaba.

Ella también se puso en pie y se quedó mirándola. La luz de las lámparas de aceite le daba un mágico brillo dorado. Sintió que todo a su alrededor se desvanecía y que le faltaba el aire.

Sentía una atracción increíble hacía ella, hacia sus magnéticos ojos verdes. Esa mujer era la tentación personificada, era una prueba que le estaba poniendo el destino, recordándole además sus debilidades.

Le parecía increíble que esa mujer pudiera representar tantas cosas. Por un lado, le hacía desear seguir adelante y esforzarse por ser un gobernante mejor, alguien que se sacrificaba por el bien común. Por otro lado, le hacía desear dejarlo todo y caer en la tentación que era ella. Anhelaba más que nada tenerla entre sus brazos, besarla, hacerla suya.

Pero no tenía respuestas, solo llamas que ardían dentro de él. Nada más.

—¿Te importaría darme un poco de privacidad mientras me cambio? —le pidió ella.

Se la habría dado aunque Sophie no se lo hubiera pedido. No confiaba en su capacidad para controlarse si se quedaba allí mientras ella se desvestía.

Se sentía como si fuera una blasfemia estar pensando en cuánto deseaba a esa mujer cuando acababan de hablar de Jasmine, cuando solo debía importarle proteger el secreto de Leila y cuando estaba prometido para casarse con Christine. Sabía que esas tres eran las mujeres que debía tener presentes en su mente, pero cuando miraba a Sophie…

Había tenido amantes desde que decidiera cambiar y tomarse en

serio su papel de jeque, pero había sido diferente. Había tenido compañía cuando lo había querido él y en los momentos y lugares adecuados. No había tenido nada que ver con lo que estaba sintiendo en esos momentos, con la necesidad que lo dominaba.

Pero sabía que no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por el deseo. No podía tirar por la boda el futuro de su país ni el futuro de Leila para tener una aventura con una periodista estadounidense que podía terminar traicionándolo. Le costaba creer que ella pudiera llegar a hacerle algo así, pero no podía arriesgarse.

Le costaba confiar en la gente. Sobre todo después de la traición de su amigo Damien.

Su instinto le decía que podía confiar en ella, pero sabía que era una mujer con fuerza y no le convenía subestimarla. No podía poner en riesgo su reputación.

Además, era un hombre comprometido para casarse con Christine. No podía olvidarlo.

—Por supuesto, avísame cuando estés lista para que vuelva a entrar.

«Nunca. Nunca estaré lista para que vuelvas a entrar», se dijo mientras observaba cómo salía Zayn de la tienda.

Pero no podía decírselo. Sophie no quería ni imaginarse lo que pensaría si supiera cuánto le afectaba estar a solas con él en esa tienda o si pudiera leerle los pensamientos. Ese hombre la afectaba más de lo que habría creído posible.

Se acercó a las bolsas de viaje y sacó de una de ella un pijama de seda. Ella ni siquiera había sabido que iban a tener que pasar la noche allí. Y, mucho menos, que tendrían que compartir tienda, pero pensó que quizás Zayn sí lo hubiera sabido.

Trató de recordar que no iba a intentar nada con ella. Era imposible.

Y, aunque ese fuera el caso, ella no iba a dejar que ocurriera nada. Ya lo habían intentado otros y habían fracasado. No se negaba a tener algún día una relación o incluso a formar una familia, pero estaba decidida a que ocurriera como y cuando ella decidiera. Lo más importante para ella era no repetir los errores de su madre. Creía que había sido muy débil, una esclava del sexo y del deseo, y ella no pensaba serlo.

Zayn era muy atractivo, el hombre más atractivo que había conocido, estaba dispuesta a admitirlo. Pero estaba allí para hacer su trabajo, no para dejar que el jeque la distrajera. No podía pensar en la fuerza de sus rasgos, en la profundidad de su oscura mirada ni en su magnético atractivo. No podía pensar en ello…

Sacudió la cabeza mientras se ponía el pijama y trataba de ignorar

la increíble sensación de tener la seda contra su piel desnuda. No entendía lo que le estaba pasando. Tenía que centrarse.

No podía olvidar por qué estaba allí. Lo que más le importaba era conseguir información sobre los Chatsfield y, aunque ya llevaba días en Surhaadi, no sentía que estuviera más cerca de conseguir el escándalo que Isabelle necesitaba.

Terminó de vestirse y se acercó a la puerta de la tienda. La abrió lo suficiente para sacar la cabeza. Reconoció la imponente silueta de Zayn en medio de la oscuridad. Estaba de pie y de espaldas a la tienda.

—Ya estoy lista —le dijo.

—Me parece que yo no lo estoy —repuso Zayn volviéndose hacia ella.

—¡Ah! Bueno, entonces... Supongo que voy a acostarme ya...

—Como quieras, voy a pasar la noche fuera.

—¿Dónde? —le preguntó algo preocupada.

Sabía que no tenía sentido, que en realidad debía sentirse aliviada, pero estaba algo confusa.

—Voy a dar un paseo y puede que encuentre entonces un sitio para pasar la noche.

—Pero puedes dormir aquí... —le dijo ella.

Se quedó sin aliento al ver de repente el brillo salvaje en sus ojos. Era una mirada peligrosa. Aunque le costaba identificar por qué se lo parecía, era una mirada que la atraía, que despertaba algo muy dentro de ella y le hacía querer ir hacia él en vez de salir corriendo.

Y eso fue lo que hizo, dio un paso hacia él.

—No —le ordenó Zayn con sequedad.

Obedeció, no podía hacer otra cosa.

—Pero la tienda es lo suficientemente grande para los dos. Siento haberme quejado antes.

—No puedo quedarme. Si lo hago, puede que lo lamentemos más tarde —le dijo Zayn a modo de advertencia.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, empezó a alejarse de ella y no tardó en perderlo de vista.

Aun así, se quedó donde estaba durante bastante tiempo, hasta que comenzó a sentir frío.

No terminaba de entender a ese hombre. Solo sabía que conseguía despertar cosas en ella que no había sentido antes. Y lo más aterrador era saber que le gustaba que lo hiciera. No podía evitar sentirse intrigada.

Sacudiendo la cabeza, volvió a entrar en la tienda. Creía que debía de estar sufriendo un momento de locura temporal, un momento que terminaría por pasar.

No estaba allí para distraerse con un hombre que estaba

comprometido para casarse con otra mujer. No era el tipo de persona capaz de ignorar algo así, no podía meterse en esa relación. A su madre no le había importado ser la otra, pero ella no pensaba verse nunca en esa situación.

Además, aunque fuera un tipo de mujer distinta, estaba segura de que Zayn nunca la elegiría a ella. Los hombres como él nunca elegían a mujeres como ella.

Ni siquiera entendía por qué estaba perdiendo el tiempo pensando en esas cosas. Él ni siquiera la tentaba.

Pero, unos minutos más tarde, cuando por fin se metió en la cama, lo hizo con la sensación de que se estaba engañando a sí misma.

A la mañana siguiente, Zayn regresó a la tienda helado y con dolores por todo el cuerpo. El aire frío de la noche se había metido en sus articulaciones y no conseguía entrar en calor.

Aun así, sabía que dormir en las dunas había sido preferible a compartir esa tienda con Sophie. Y, si no había sido preferible, sí había sido al menos necesario.

Abrió la cortina de entrada y lo recibió un agudo chillido y un frenesí de movimiento.

Sophie estaba escondida tras la tela que dividía la zona de la cama del resto de la tienda mientras se terminaba de poner una túnica rápidamente. Segundos después, salió de allí con el pelo revuelto y las mejillas encendidas.

—¿Cómo es que entras sin llamar? —le preguntó nerviosa.

—¿Adónde voy a llamar? No hay puerta.

—Ya, es verdad. Bueno, pero al menos podías haberme dejado claro que ibas a entrar.

—Si fuéramos a quedarnos más días, podríamos acordar algún tipo de señal, pero nos vamos, así que no vamos a perder el tiempo hablando de ello.

—¡Como se nota que no es a ti a quien han sorprendido mientras se vestía! —exclamó Sophie furiosa.

—A mí no me habría molestado tanto.

—Claro, porque no eres tan vulnerable como lo soy yo.

—No importa si eres más o menos vulnerable que yo. No importa porque nunca me aprovecharía de ti.

—Eso es lo que dices —repuso Sophie.

—Puedes estar segura de ello.

—Aun así, las mujeres tenemos que andar con más cuidado. El mundo es un lugar peligroso. He oído que hay hombres que secuestran a jóvenes indefensas en oscuros callejones.

—¿En serio? ¡Qué horror! —le preguntó intentando no sonreír—.

Bueno, ¿estás lista para que nos vayamos?
Sophie miró a su alrededor.
—Sí, creo que ya lo he guardado todo.
—¿Has dormido bien?
—Sí, la cama era muy cómoda. ¿Y tú?
—He dormido, pero no tan bien como tú, aunque encontré una duna bastante cómoda.
No sabía por qué le estaba contando la verdad. Creía que habría sido mejor para los dos que le dijera que había encontrado a una mujer que había estado dispuesta a compartir su saco de dormir con él, pero no quería que Sophie lo viera como alguien capaz de serle infiel a Christine.
No entendía por qué le importaba tanto, pero no podía evitarlo.
—Por favor, no me digas que dormiste a la intemperie —le pidió Sophie con preocupación en sus ojos.
No pudo evitar que le enterneciera verla así.
—No pierdas el tiempo sintiéndote mal por mí. No es la primera vez que duermo sobre la arena.
—Pero es que me siento fatal por haberme quejado cuando supe que teníamos que compartir la tienda. No esperaba que te fueras y tuvieras que dormir en la arena.
—Bueno, tenías derecho a un poco de intimidad.
—Sí, por supuesto. Pero me dijiste que ibas a dormir en el sofá —insistió Sophie—. Además, como me acabas de recordar, contigo no estoy en peligro. Y la verdad es que te creo.
El calor que había sentido en su pecho al ver que lo miraba con preocupación se hizo mucho más intenso y se convirtió en algo más.
—Es verdad, yo nunca te haría daño, Sophie. Puedes confiar en mí. Pero podría llegar a hacer otras cosas que no debería hacer. Cosas de las que los dos acabaríamos arrepintiéndonos.
—Eso no tiene sentido. Sé que no me harías daño, ¿de qué te ibas a arrepentir?
Cada vez le costaba más controlar las llamas que ardían dentro de él y se acercó a ella. Ya no podía pensar con claridad, solo actuar. Su cuerpo parecía haber desterrado para siempre el frío que había atenazado sus músculos unos minutos antes. Y sabía que podría sentir más calor aún si la tocaba.
—¿No lo entiendes? —le preguntó él.
—No, supongo que no.
Extendió la mano y la agarró del brazo, tirando de ella. Sabía que era un error, pero eso no le hizo soltarla.
—Yo no te haría daño, pequeña Sophie —insistió—. Lo que me tienta es hacer algo que nos traería placer a los dos, pero que nos podría causar después un daño increíble.

Vio cómo se abrían sus ojos verdes al entender sus palabras. Pero fueron sus labios entreabiertos los que atrajeron su atención, preguntándose si serían tan suaves como parecían. Tampoco podía dejar de imaginarse cómo sería tener esas deliciosas curvas contra su cuerpo o deslizar las manos por la elegante línea de su espalda hasta llegar a su redondo trasero. Pero no iba a poder responder a ninguna de esas preguntas porque estaba decidido a no caer en la tentación.

Por mucho que le ardiera la sangre en las venas, por mucho que lo dominara el deseo, hasta el punto de no dejarle pensar con claridad, no iba a hacer nada al respecto. No podía permitir que sucediera. Su sentido del deber se lo impedía. Por Christine, por Leila y también por Jasmine.

Tenía que recordar que esas tres mujeres eran más importantes que la que tenía frente a él. Aun así, no podía apartarse de ella. Sentía que estaba perdiendo la cabeza. Era una locura.

Respiró profundamente y la soltó mientras daba un paso atrás.

Sophie se pasó una mano temblorosa por el pelo y se sintió de repente muy culpable.

—Ahora entiendo lo que querías decir.

—Muy bien —replicó con sequedad—. No hace falta que volvamos a hablar del tema.

—Pero… No puedes fingir que no ha pasado nada.

—Vamos a hacerlo —le dijo con firmeza—. Olvida lo que he dicho —agregó apartándose de ella y mirando a otro lado—. Ahora ya sabes por qué no quise pasar aquí la noche.

—¿Porque yo te tentaba? —le preguntó Sophie con inocencia e incredulidad.

La manera en que le hablaba hizo que aumentara aún más su excitación.

—Así es. Demasiado —confesó él con la voz algo ronca.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo podría yo tentarte a hacer…? ¿A hacer algo?

—Lo dices como si no supieras lo atractiva que eres.

—Supongo que no… Es verdad que no eres el primer hombre que me dice algo así, pero nunca me había pasado nada parecido. Nunca he sentido que un hombre me deseara a pesar de saber que no debía hacerlo.

Se volvió hacia ella.

—Bueno, supongo que hay una primera vez para todo, ¿no?

—Su —supongo que sí— tartamudeó Sophie.

Sabía que no debía hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza, pero no puedo evitarlo.

—¿Acaso no te tiento yo? —le preguntó.

Sophie levantó hacia él la vista sin poder ocultar su sorpresa.

—¿Quieres saber si tú me tientas?

—No voy a repetir la pregunta.

—Tendría que ser muy tonta para sentir algo así. A no ser que esté sufriendo el síndrome de Estocolmo, claro.

—No has respondido.

Sophie le dio la espalda y tardó una eternidad en hablar de nuevo.

—¿Sabes qué? Solo he besado a un hombre.

—No entiendo qué tiene eso que ver…

Lo único que entendía era que cada vez la deseaba más.

—Fue durante una fiesta en la universidad. Él era un chico muy popular. Por algún motivo, terminamos juntos en el sofá y de repente, se inclinó y me besó. Fue muy decepcionante —le confesó Sophie—. Pero la verdad es que, en cierto modo, también fue un alivio. Supe entonces que nunca iba a obsesionarme con un hombre como lo había hecho mi madre y eso hizo que me sintiera mejor. Me di cuenta de que ese tipo de relación nunca iba a tentarme —añadió mientras se volvía había él y lo miraba con sus brillantes ojos verdes—. Pero, por alguna razón, no he podido dejar de pensar en cómo sería besarte a ti. Ha sido así desde que nos conocimos. Lo más lógico sería que deseara darte un puñetazo. Después de todo, me secuestraste. Pero no es eso lo que quiero… La verdad es que todo es muy confuso. No sé por qué…

Sus palabras lo dejaron sin aliento y le alegró en ese instante haber tenido el bastante sentido común la noche anterior como para irse a dormir a otro lado. No quería ni pensar en lo que Sophie acababa de confesarle, tenía que tratar de calmarse o no iba a ser capaz de controlarse.

—Bueno, no tienes que preocuparte por nada ni pensar en ese tipo de cosas. Porque nada va a pasar.

—No, claro que no —repuso ella—. Es obvio.

—Estupendo —replicó él mientras trataba de calmarse.

Su cuerpo le pedía que cediera a la tentación, que se dejara llevar, pero no podía hacerlo. Ni en ese instante, ni en un futuro. Por mucho que lo deseara.

Pensó que todo sería mucho más fácil cuando volvieran a la capital. Allí, regresarían cada uno a sus habitaciones en distintas zonas del palacio.

—Muy bien. Entonces, ¿nos vamos? —le preguntó él.

Sophie asintió con la cabeza.

—Sí, estoy lista.

Sophie podía sentir que la tensión era aún más palpable entre Zayn y ella dentro del todoterreno. Lamentaba haberle dicho lo que le había dicho. Y lo más preocupante de todo era darse cuenta de que había

sido sincera. No entendía cómo podía sentirse atraída por él, ni por qué le había confesado todos sus secretos, como lo de decirle que deseaba besarlo. Nada tenía sentido.

Sabía mejor que nadie que no le convenía mostrar su inexperiencia, pero eso había sido lo que había hecho con él, le había confesado que solo había besado a un hombre y que eso solo había pasado en una ocasión. Pero su última confesión había sido sin duda la peor, cuando le dijo que le gustaría besarlo. Las consecuencias de esa conversación las estaba sintiendo mucho más dentro del vehículo mientras avanzaban por una carretera que parecía interminable.

No había nada a su alrededor, solo arena y más arena. Levantó la vista y vio que el cielo estaba empezando a cambiar de color. Cada vez había más nubes.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Zayn mientras miraba hacia el cielo.

—Nada bueno. Me temo que esas nubes anuncian lluvias torrenciales. Si ocurre, lo mejor que podemos hacer es detenernos y esperar a que pase.

—¿Eso es lo único que podemos hacer? —le preguntó sin poder ocultar el pánico que empezaba a sentir.

—Sí, pero antes tenemos que llegar a un terreno más alto. Espero que me dé tiempo a poner la tienda antes de que comience a llover.

—¿Llevas una tienda de campaña en el coche?

—Claro. Es importante estar bien preparado para poder sobrevivir en un sitio como este. No te preocupes.

Se sintió algo mejor al ver que estaba tranquilo y que sabía lo que tenía que hacer. Además, aún no había empezado a llover. Suponía que cabía la posibilidad de que las predicciones de Zayn se quedaran en nada. Tuvo que sujetarse bien mientras él salía de la carretera y atravesaba un terreno lleno de baches hasta llegar a lo alto de una colina.

Nunca se había sentido tan fuera de lugar como lo estaba allí y le molestaba que Zayn supiera que estaba nerviosa y preocupada, pero se dio cuenta de que no tenía sentido tratar de fingir lo contrario, como hacía siempre. Los dos sabían que la vida en el desierto era completamente nueva para ella.

—Voy a montar aquí la tienda. A lo mejor no tenemos que usarla. Pero, aunque empiece a llover y se inunde la carretera, aquí estaremos seguros.

—Pero si de verdad son lluvias torrenciales, ¿nos podrá mantener secos tu tienda de campaña?

—Por supuesto. No es una tienda normal, esta está preparada para soportar este tipo de clima. Es una tienda elaborada por artesanos de Surhaadi que han usado las mismas técnicas que se han utilizado

durante cientos de años. Siempre hemos tenido lluvias torrenciales y también tormentas de arena.

Volvió a mirar hacia el cielo, cada vez estaba más oscuro.

—Bueno, creo que deberíamos darnos prisa.

—¿Por qué hablas en plural? —le preguntó mientras salían del coche—. ¿Sabes montar una tienda?

—No, la verdad es que nunca lo he hecho, pero pensé que te podría ayudar sujetando... Algo.

Zayn abrió el maletero y sacó un paquete. No parecía una tienda. Pero, fuera lo que fuera, no tenía la apariencia de ser lo bastante grande para los dos. No iba a ser, desde luego, tan espaciosa ni tan lujosa como la que había usado la noche anterior. Eso le hizo pensar en esa tribu.

—¿Estarán Jamal y su pueblo a salvo si empieza a llover con fuerza?

—Sí, esa zona no se ve tan afectada por este tipo de tormentas. La arena es más húmeda y el agua de la lluvia se filtra más rápidamente. Por mucho que llueva, no hay peligro de inundaciones.

—Es increíble que cambien tanto las cosas cuando no estamos a más de setenta kilómetros de allí.

—Sí, es verdad. La capital se fundó en una zona más elevada para protegerla de las lluvias torrenciales. Jamal y su tribu, por su parte, suelen instalarse al este, donde no hay tantas inundaciones. Es esta parte del país, entre el este y la capital, la más castigada y dura.

Zayn agarró el paquete y se lo puso al hombro mientras iba hacia una parte del terreno que parecía más llano. Lo dejó en el suelo y comenzó a desempaquetar el bulto.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó ella.

—Bueno —repuso Zayn mirando hacia el cielo—. Si empieza a llover, siempre puedes abrir un paraguas.

—Es una broma, ¿verdad?

Zayn la miró a los ojos.

—Sí, en efecto.

—No sabía que supieras cómo hacerlo.

Él sonrió y sintió que se quedaba sin aliento.

—Hay aún algunas cosas que no sabes de mí, Sophie Parsons.

Como Sophie había temido, la tienda era pequeña, demasiado pequeña. Si en la tienda de invitados de Jamal se había sentido agobiada por su presencia, allí iba a ser mucho peor. Estaba segura de ello.

La tienda no tenía la suficiente altura como para que pudiera estar de pie dentro de ella.

Tenían espacio para poder estar sentados, pero demasiado cerca el uno del otro.

Hasta ese momento, nunca había tenido que sufrir por culpa del deseo. De hecho, había creído que ella era inmune a ese tipo de lujuria que parecía dominar a otras personas. Pero ya no pensaba lo mismo.

Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre ellos en cuanto Zayn terminó de instalarla y ella se metió dentro rápidamente. Él la siguió poco después con una mochila al hombro.

—Tengo algo de comida aquí —le dijo mientras se acuclillaba.

—Estupendo, me encanta la comida.

Cada vez llovía con más fuerza, era como si alguien hubiera abierto las puertas del cielo y todo un mar de lluvia estuviera cayendo sobre la tienda.

—No es nada especial —le dijo Zayn sacando una bolsa con pan, uvas y otras frutas que no conocía.

—No importa.

Sacó de la mochila dos botellas de agua y le entregó una. Bebieron en silencio y después aceptó una de las frutas que Zayn le ofrecía. Era redonda y de color morado. Le dio un mordisco y vio de repente que él la estaba observando con sus oscuros ojos. Se quedó sin aliento y apartó rápidamente la mirada.

Sabía que tenía que controlarse mejor, no podía perder el tiempo con ese tipo de cosas, pero también empezaba a cansarse de tener que estar siempre fingiendo. Le atraía la idea de dejarse llevar, sobre todo cuando comenzaba a descubrir una parte de sí misma que había estado escondiendo durante demasiado tiempo.

Pensó que Zayn le estaba afectando tanto porque había estado ignorando su propia sexualidad y quizás le conviniese tratar de mejorar su vida social cuando regresara a Nueva York. No podía seguir ignorando esa parte de sí misma, tenía que poner fin a sus veinticinco años de celibato. No había sido una decisión consciente, sino algo que había ido posponiendo. Había estado demasiado centrada en su carrera y obsesionada con no convertirse en una mujer como su madre.

Lo que no le parecía normal era la extraña e intensa sensación que nacía en su pecho y se extendía por todo su cuerpo.

No, no le parecía normal en absoluto. Había oído hablar a la gente de la sensación de tener mariposas en el estómago, pero lo que estaba sintiendo era mucho más intenso.

Pero, fuera lo que fuera, no era posible. Tenía que tratar de tranquilizarse, recuperar el aliento y su sentido común.

Dobló una de las mantas que Zayn había dejado en el suelo para ponerla tras ella, a modo de respaldo.

—Si vamos a pasar aquí mucho tiempo, podríamos aprovechar para

hacer la tercera entrevista.

Algo le decía que estaban llegando a una parte muy interesante de su vida, a punto de tocar algo oscuro y muy real. Sentía curiosidad, pero también miedo. Por una parte, quería conocerlo mejor, pero no quería convertirse en la guardiana de sus secretos.

—Ya hemos hablado de cómo se fundó el país y de cómo llegó la monarquía. Ahora, hablemos de ti.

—¿De mí? —le preguntó Zayn.

Casi pudo ver con sus propios ojos cómo se cerraba en sí mismo ante su sugerencia. Pero no podía dar marcha atrás, sabía que tenía que conocerlo mejor para entender por qué estaba ella allí.

No dijo nada y Zayn tardó un par de minutos en comenzar a hablar.

—Es increíble cómo el tiempo cambia las cosas. Surhaadi ha sido siempre un país muy rico. He vivido en un lugar privilegiado y desarrollado, con más oportunidades que nadie. Pero esta es la historia de una persona llena de defectos —comenzó Zayn con seriedad—. La historia de un hombre que supo desde su nacimiento que algún día tendría a toda una nación a sus pies. Me contaron la historia de mi país, pero ignoré el mensaje principal de esa historia, la importancia del sacrificio. Un buen líder necesita algo más que poder, tiene que estar dispuesto a sacrificarse por su pueblo. Yo, en cambio, ignoré por completo esa parte y me limité a disfrutar de la vida. Tenía todo lo que quería y viví sin ponerme ningún tipo de límite. Conseguí así que mi madre se desesperara conmigo y que mi padre me despreciara. Era un hombre sabio y serio, con un gran sentido del honor. Pero a su hijo solo le preocupaba conseguir los mejores coches deportivos y recorrer los locales nocturnos de toda Europa. Tenía un montón de amigos que me ayudaban a acceder a esos sitios y a conquistar a las mujeres más bellas.

Le costaba imaginar a Zayn viviendo de esa manera, como un joven juerguista e irresponsable. No tenía nada que ver con el hombre que era en la actualidad. Sus únicas preocupaciones eran su familia y su país.

—Mi padre me lo advirtió. Me dijo que mi comportamiento me iba a traer la ruina o incluso la muerte. Pero no le hice caso, nunca había tenido que sufrir las consecuencias de mis errores. Con mi dinero y mi poder me había librado de todos los problemas que pudieran surgir. Si destrozábamos la habitación de un hotel, me encargaba de contratar a alguien que la limpiara. Si tenía un pequeño accidente de coche, lo arreglaba ofreciéndole un buen fajo de billetes al otro conductor. Si me cansaba de una amante, me limitaba a regalarle alguna joya y a despedirme de ella. Durante muchos años, llevé una vida sin consecuencias de ningún tipo.

Trató de entender qué estaba sintiendo en esos momentos, pero sus

ojos no expresaban nada.

—¿Qué fue lo que te hizo cambiar? Porque me da la impresión de que algo ocurrió que te hizo cambiar.

—Tienes razón. Pasó algo... Al final, descubrí que mi padre había tenido razón.

—¿Qué quieres decir?

Zayn respiró profundamente y bajó la vista. Notó que se habían tensado sus hombros.

— Como te acabo de contar, me decía que mi conducta me iba a traer la ruina o incluso a la muerte... Y así fue, Sophie. Mis acciones causaron la muerte de mi hermana.

Capítulo 7

SOPHIE se quedó inmóvil mirando a Zayn, con la vista perdida en sus ojos. Se hizo el silencio en la tienda y sus últimas palabras parecían seguir colgadas en el aire entre ellos dos. No se atrevía a hablar, no quería detener su confesión, lo que estaba a punto de decir. Esperó a que se explicara, pero no lo hizo.

—¿Zayn? —susurró un par de minutos después.

Pero él seguía sin decir nada. Siguieron así unos minutos más, hasta que él consiguió salir de su trance y regresar al presente.

—Mi hermana pequeña, Jasmine, murió por mi culpa —le dijo de nuevo.

Era como si necesitara repetirlo para que le quedara muy claro.

Pero seguía estando confusa. Le parecía recordar vagamente haber oído la noticia hacía ya muchos años, la muerte de una princesa en algún lugar del mundo. Pero era difícil saber si de verdad lo recordaba o si su mente estaría tratando de forjar una conexión entre ese momento y un momento de su propio pasado, como si su subconsciente quisiera conectar aún más profundamente con Zayn.

—Era un par de años más pequeña que yo. Leila aún era un bebé. Jasmine y yo, como nos llevábamos poco tiempo, éramos más que hermanos, éramos amigos y solíamos meternos juntos en problemas. Pero, con los años, acabé superándola, haciendo cosas que no quería que hiciera ella —le confesó Zayn—. No quería que mi hermana pequeña se acostara con quien quisiera ni que bebiera más de la cuenta. Creía que esas cosas estaban bien para mí, pero no para ella. No entiendo por qué. Cuando pienso en el hombre que era hace dieciséis años no me reconozco.

—Pero nunca había oído nada de esto. Hablas de lo que sería entonces un gran escándalo…

—Sí. Supongo que, si la gente supiera toda la historia, seguirían aún hoy hablando de ello.

—¿Y estás seguro de que quieres contármelo a mí?

Tenía que darle la oportunidad de cambiar de opinión y no decírselo. Pero, por otro lado, quería saberlo, pensando que quizás fuera ese el escándalo que Zayn le había mencionado, el que necesitaba para detener a los Chatsfield. Por encima de todo, recordó que tenía que pensar en Isabelle.

—Voy a hacerlo. Lo que hagas después con esta historia depende de

ti. Si quieres un escándalo, puedes tener este. Aunque me temo que no es el escándalo que necesita tu amiga —le avisó Zayn—. Pero ¿qué más da? Eres periodista y esta historia es mucho mejor, es lo que necesitas para avanzar en tu carrera.

—¿Es sobre James Chatsfield? —le preguntó ella con un nudo en la garganta.

—No, yo soy el único villano en esta historia. Bueno, quizás también Damien, pero a lo mejor prefieres no hablar mal de los muertos.

Se le pasó por la cabeza sacar su grabadora, pero no quería interrumpirlo. Además, estaba segura de que no iba a olvidar sus palabras. Aunque después decidiera no hacer nada con la historia, sabía que no iba a olvidarla.

—Cuéntamelo, Zayn. Te escucho.

—Cuando vives una vida como la mía es normal atraer a un cierto tipo de personas. Y la verdad es que yo era como ellos, no estaba por encima de la gente que llevaba a casa. Mi hermana, que había sido mi mejor amiga, no podía entender por qué prefería pasar tiempo con esas personas en vez de estar con ella. Damien era mi compañero de fatigas. Tan bebedor y mujeriego como yo. Y, aunque sabía qué clase de hombre era, se lo presenté a Jasmine.

Una vez más, le entraron ganas de decir algo e interrumpirlo. Le dolía ver cuánto estaba sufriendo mientras le contaba esa historia. No sabía si quería verlo tan expuesto, si quería que le revelara sus secretos. No estaba segura de ser digna de tanta confianza.

—Le gustó Damien desde el principio, pero supuse que mi amigo sabía que a mi hermana no podía tocarla —continuó él—. Aun así, al ver lo hipnotizada que estaba con él, hablé con ella. No estoy orgulloso de esa conversación, no fui demasiado amable. Le dije que las vírgenes no deberían siquiera hablar con hombres como Damien y Jasmine me dijo que entonces tampoco podía hablar conmigo. Intenté defenderme, pero empecé a pensar en lo que me había dicho. Comencé a preguntarme por qué no me importaba ser el tipo de hombre con el que no quería ver a mi hermana. Pero ya era demasiado tarde —agregó con pesar—. Un día entré en mi dormitorio y me encontré a Damien con Jasmine. La había emborrachado, y posiblemente también drogado, y no podía parar de reír mientras lo abrazaba. Damien, el que se suponía que era mi amigo, me miró entonces y me dijo que no me preocupara, que ya no era virgen. Y me preguntó si eso significaba que Jasmine ya tenía permiso para hablar con él.

Zayn apretó la mandíbula con fuerza.

—Estaba fuera de sí, Sophie. No sé cómo no lo maté con mis propias manos. Les ordené que se fueran de allí. Le dije a Damien que no

quería volver a verlo. Jasmine estaba tan enamorada de él que lo abrazó y me dijo que se iba con él. Le dije entonces... Le dije que no quería volver a verla. Le dije cosas terribles...

No pudo seguir hablando. Se pasó las manos por el pelo y bajó la cabeza.

—Así que se fueron juntos —continuó un par de minutos después—. Una hora más tarde, recibimos una llamada. Habían tenido un terrible accidente y los dos habían muerto. Por eso no hubo ningún escándalo, la gente no sabe lo que pasó entre nosotros ese día. Eso habría puesto en peligro mi imagen pública —le dijo—. Por supuesto, nunca creí que Damien fuera a ponerse al volante en el estado en el que estaba, pero debería habérmelo imaginado. Lo más inquietante de mi pelea con Damien fue darme cuenta después de que había sido como mirarme en un espejo. A lo mejor yo habría hecho lo mismo con su hermana... No quería a Jasmine, pero la utilizó. No se comportó como un hombre de honor, pero yo tampoco lo era.

Zayn se detuvo un segundo para respirar profundamente y tratar de calmarse.

—Me destruyó perder a mi hermana. Fue entonces cuando supe que tenía que cambiar.

Sophie tenía la garganta seca.

—Por eso antepones tus deberes a todo lo demás... —susurró—. Por eso te vas a casar con Christine.

—Ya no confío en mí mismo, ni en lo que siento. Me limito a tratar de hacer lo correcto. Es lo único que importa.

—Pero, Zayn, sabes que en realidad no fue culpa tuya, ¿no?

—¿Recuerdas lo que te decía sobre las consecuencias? Era la primera vez en mi vida que me tenía que enfrentar a las consecuencias de algo que había hecho. Sentí en ese momento que mis palabras y mi egoísmo habían matado a mi hermana y ni mi dinero ni mi poder iban a poder traerla de vuelta a la vida. Hasta ese momento, había evitado aprender de mis errores, pero decidí que tenía que cambiar para que su muerte no fuera en vano.

Zayn se puso de pie. Había mucha desolación en sus ojos oscuros.

—¿Qué haces? —le preguntó preocupada.

—Voy a echarle un vistazo al coche y a las carreteras —le dijo—. Volveré pronto.

Abrió la cortina de la tienda y salió a la lluvia, dejándola allí sentada, sola y completamente conmocionada,

Se dio cuenta entonces de que aquel era el final de la historia. Al menos el final de lo que había sucedido hasta ese momento. En última instancia, creía que esa historia terminaría con la boda. Sentía que ese matrimonio sin amor era la culminación del cambio que se había producido en Zayn. Era como si pensara que tenía que pagar por todo

lo que creía que había hecho, también eligiendo casarse por el bien de su país y no por amor.

Sufría por él. No podía siquiera imaginar cuánto habría sufrido cuando perdió a su hermana.

La historia le había hecho pensar en su propia vida, en cómo se había negado a permitir que las decisiones de otras personas influyeran en quién era ella. Jasmine, aunque había sido entonces muy joven, tomó la decisión de acercarse a Damien. Ella también había sido dueña de sus decisiones, de unas completamente distintas.

Decidió cuando solo era una adolescente que nunca iba a consumir drogas ni a beber en exceso. Quería más que nada ser independiente y para eso tenía que centrarse, primero en sus estudios y después en su carrera.

Sus decisiones la habían aislado del resto de la gente de su edad, pero al menos había estado a salvo. Y, en muchos sentidos, sentía que había controlado su propio destino, en vez de seguir ciegamente a algún chico.

Y creía que Jasmine podría haber hecho lo mismo. Había cometido un error y la vida no le había dado una segunda oportunidad. Otros habían tenido más suerte.

Pero tenía muy claro que nadie había forzado a Jasmine a hacer lo que había hecho y Zayn no debía culparse.

Se levantó y salió de la tienda.

No pudo ahogar un grito cuando sintió el agua en la cabeza. Llovía con intensidad, creando ríos que corrían pendiente abajo hacia la carretera. Una carretera que parecía un río.

Miró hacia donde habían aparcado, pero no vio a Zayn junto al vehículo. Miró a su alrededor. No podía verlo.

—¡Zayn! —gritó con fuerza sin dejar de mirar—. ¡Zayn!

Lo llamó una y otra vez, pero el estruendo del viento y la lluvia se tragaron sus palabras. Se apartó de la tienda y del coche, tenía la sensación de que se habría ido hacia el desierto. Algo le decía que eso era lo que había hecho Zayn. Lo sabía de una manera profunda, como si estuvieran conectados de algún modo.

En muchos sentidos, Zayn parecía estar siempre vagando por el desierto, separado de todos y de todo. Vagando él solo sin otro objetivo que proteger a su país y a su familia.

Y se dio cuenta en ese instante de que ella había estado haciendo lo mismo.

Tenía a Isabelle y a algunos compañeros de trabajo con los que se llevaba bien, pero ella también estaba sola. No permitía que la gente se acercara a ella. También estaba vagando por el desierto, luchando para sobrevivir.

Porque tenía miedo de mostrarse débil y de tener que depender de

otra persona. La verdad era que tenía miedo de casi todo y eso hacía que viviera aislada.

Le parecía increíble que ellos dos, vagando solos y cada uno en una punta del planeta, se hubieran encontrado.

Solo esperaba poder dar con él en ese desierto real en el que estaba en ese momento.

Pocos segundos después, por fin lo vio. Tenía una rodilla plantada en la tierra y la lluvia torrencial caía sobre su espalda. No parecía importarle estar empapándose. Tenía la cabeza hacia abajo y parecía absorto.

—¡Zayn! —lo llamó mientras se acercaba despacio y con el corazón a mil por hora.

Él levantó la cabeza al oírla y se enderezó lentamente. Tenía la mirada perdida y se le llenaron de lágrimas los ojos al verlo así. Se quedaron unos segundos como estaban, mirándose inmóviles y dejando que la lluvia siguiera cayendo sobre ellos.

—Quería decirte... Necesitaba decirte que... Que no fue culpa tuya —comenzó ella.

—No vas a borrar dieciséis años de culpabilidad con tus palabras. Pero las aprecio, Sophie.

—Quería decírtelo porque es importante para mí que sepas lo que pienso. No deberías llevar esta terrible carga sobre tus hombros. No puedes culparte por lo que pasó ni puedes vivir la vida de otras personas.

—¿Acaso eres tú diferente? Respóndeme, Sophie, ¿eres diferente?

—Yo vivo mi vida, Zayn.

—¿Estás segura? Yo creo que no lo haces. Me dijiste que accediste a venir por ayudar a tu amiga. Me entrevistas para conseguir la información que necesita Isabelle. Te da miedo mostrar tu vulnerabilidad a los demás. Fuiste a la universidad para mostrarle a tu padre lo que vales —enumeró Zayn—. ¿Ves, Sophie? Vives para los demás.

—¿Cómo te atreves a usar contra mí lo que he compartido contigo?

—¿Acaso lo que he dicho es algo negativo, Sophie? ¿Es malo vivir para los demás? Me pasé años viviendo de manera egoísta y solo conseguí dolor con ese tipo de vida. Ahora he elegido vivir para mi país y no voy a pedir disculpas por ello. No pretendía insultarte cuando te dije que eres igual, pero no voy a dejar que me acuses de algo que también haces tú.

—Tu hermana tomó una decisión, eligió lo que quería, Zayn —le dijo ella ignorando sus palabras.

No quería pensar en lo que le había dicho. Había hecho que se sintiera como si no fuera una mujer independiente, sino alguien que trabajaba duro porque temía lo que pudieran pensar de ella los demás.

—Y yo elegí hacer cosas que tuvieron como consecuencia lo que ocurrió. Nos afectan las decisiones de los demás, Sophie. También a ti. Te han afectado mucho las decisiones de tu padre.

—No, no es verdad. Yo tomo mis propias decisiones y controlo por completo mi vida. Nadie me controla.

De repente, Zayn se acercó a donde estaba ella y envolvió su cintura con el brazo, apretándola con fuerza contra su torso. Podía sentir los latidos de su corazón contra el de ella.

—¿Nada ni nadie te controla? ¿Ni siquiera esto, *habibti*? ¿Sientes que esto te controla o eres inmune a mí?

No podía hablar, no podía respirar. A pesar del frío y la humedad, sentía que ardía por dentro. Era como si estuviera a punto de derretirse entre sus brazos y fluir montaña abajo junto con el resto de la lluvia.

—¿Quién te controla ahora?

Su voz, áspera y suave a la vez, hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo.

Lo miró a los ojos y sintió de repente una oleada de deseo que se apoderó de ella por completo. Un deseo que casi le impedía mantenerse en pie, que la empujaba a estar más cerca aún de él.

No era la primera vez que se encontraba entre los brazos de un hombre, con su boca a pocos centímetros de la de ella, pero entonces apenas había sentido nada, solo algo de curiosidad que había terminado en decepción. Pero sabía que, en esa ocasión, el resultado sería completamente diferente.

También sabía que debía alejarse de Zayn, que entre ellos no había esperanza ni futuro.

Pero estaban en el desierto juntos y llevaban tanto tiempo vagando solos, cada uno por su lado. Y sabía que nunca podría llegar a más, que lo que pasara allí no iba a tener continuidad en la vida real.

No quería seguir fingiendo, no quería seguir comportándose como si no estuviera perdida, quería poder sentirse libre y ser sincera consigo misma. Aunque para eso tuviera que quitarse la armadura y mostrarse vulnerable.

No podía olvidar que Zayn había compartido con ella sus momentos más dolorosos. Se había desnudado completamente.

—¿Ahora mismo? La verdad es que... La verdad es que siento que me controlas tú —susurró.

Nunca le había costado tanto decir algo, admitir lo que sentía.

—Siento que has tomado mi cuerpo y lo has hecho tuyo. Siento que ya no sé quién soy. No sé lo que quiero.

Zayn le agarró la barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos.

—No mientas —murmuró—. Sabes lo que quieres.

—Pero ¿importa eso? ¿Qué más da lo que quiero cuando no puede salir nada bueno de ello?

—He perdido demasiado tiempo en el pasado y solo lo superé concentrándome en mi pueblo y en su futuro. Tal vez podamos tú y yo disfrutar por una vez del presente. Aunque no dure...

Sus palabras resonaron en su alma. A ella también le había ocurrido. Su pasado había afectado demasiado su vida y lo que quería para su futuro. Había estado tan centrada en triunfar y ser independiente que apenas había disfrutado del presente.

En ese momento, eso era todo lo que quería, ser muy consciente de lo que estaba viviendo. Sin pensar en el pasado ni en el futuro.

—Esto no va a arreglar nada... —susurró ella.

—Pero hay muchas cosas en la vida que hacemos aunque no arreglen nada, ¿no? —repuso Zayn mientras tomaba su cara entre las manos y le secaba las mejillas con sus pulgares.

—Supongo que tienes razón. Pero esto, además de no arreglar nada, podría complicar mucho más las cosas.

No sabía por qué estaba haciendo de abogada del diablo. Sobre todo cuando todo lo que deseaba en esos momentos era que Zayn la besara. Era una locura y lo sabía. No tenían ningún futuro, era consciente de ello. Pero nada de eso importaba en ese instante. El resto del mundo no existía.

—Lo sé, hay muchas razones para no hacerlo... Sé que, por tu bien, no debería tocarte...

No terminó la frase y ella no le preguntó. Los dos conocían bien las razones que había para no seguir adelante.

—Soy mucho más fuerte de lo que parezco —susurró ella.

Y eso fue lo último que le dijo antes de que Zayn bajara la cabeza y la besara.

Sus labios estaban resbaladizos, húmedos por la lluvia, y él inclinó a un lado la cabeza, saboreándola con su lengua, bebiendo de sus labios. Sophie no podía dejar de temblar, sintió una oleada de deseo atravesando de arriba abajo su cuerpo y arrasando todo a su paso.

Zayn besó la comisura de su boca y recorrió sus labios con pequeños y dulces besos.

—Bésame —le susurró él sin dejar de mover sus labios contra los de ella.

Fue entonces consciente de que se había quedado congelada, completamente inmóvil mientras Zayn la besaba, dejándose llevar por esa maravillosa marea de placer, por esa ola de necesidad.

Rodeó su cuello con los brazos y se apretó con más fuerza contra él, separando sus labios para besarlo más profundamente. Se estremeció cuando sintió que sus lenguas se unían. Era una sensación deliciosa, peligrosa y dulce al mismo tiempo, como un decadente postre de

chocolate. Por una parte, le daba la impresión de que no podía probar otro bocado de ese postre. Por otro lado, sentía que podría estar alimentándose solo de su boca hasta el fin de sus días.

Besar a Zayn era demasiado y, al mismo tiempo, nunca suficiente. Sentía que podría pasarse la vida besándolo, que lo necesitaba como el respirar. Y, al mismo tiempo, sentía que debía apartarse de él o terminaría por ahogarse. Pero no se separó. No habría podido. Él la sostenía con fuerza contra su cuerpo.

Y no se sentía atrapada, todo lo contrario. Nunca se había sentido tan segura, como un pilar al que aferrarse para poder hacer frente a la tormenta.

Él era estabilidad, pero también deseo. Era fuerza y calor. Deseaba más que nada seguir agarrada a él hasta que pasara la tormenta. Aunque, en esos instantes, no habría sido capaz de distinguir entre las aguas torrenciales que caían sobre ellos y la tormenta que había estallado dentro de ellos.

Apretó con fuerza los ojos y lo besó apasionadamente. Lo deseaba, pero además quería hacerle entender con su respuesta que creía en él, que era un buen hombre, un hombre que se merecía vivir ese momento con ella. Zayn era el único hombre en el mundo al que había deseado besar como lo estaba haciendo en ese instante.

No sabía si su admiración iba a poder cambiar algo en él, pero iba a intentarlo. Aunque solo fuera para borrarle esa mirada tan triste de sus ojos.

Cuando por fin se separaron, los dos respiraban con dificultad y estaban completamente empapados.

—Deberíamos volver a la tienda —le dijo Zayn.

No quería hacerlo. Temía moverse y romper el hechizo que los envolvía en esos momentos. No quería tener tiempo para pensar en lo que estaba haciendo. No quería que la realidad se entrometiera. Prefería seguir bajo la lluvia e incluso ahogarse en ella. Cualquier cosa para no perder la conexión que acababan de encontrar.

—No voy a fingir que esto no ha pasado —le aseguró Zayn al ver que no quería moverse.

Asintió con la cabeza y volvieron a la tienda. Estaba tan empapada que tenía la ropa completamente pegada, como una segunda piel, y estaba muerta de frío. No podía dejar de temblar.

Zayn la miró con preocupación en sus ojos y ese simple gesto hizo que se sintiera mejor. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien la había mirado así. No recordaba tampoco haber tenido a nadie que la cuidara o haber permitido que otra persona lo hiciera.

—Te vas a congelar si sigues con esa ropa.

—Supongo que sí —repuso ella encogiéndose de hombros—. Hace mucho frío.

—Podrías quitártela —le sugirió Zayn con la voz ronca.

Se estremeció al oír sus palabras. No pudo evitarlo.

Asintió de nuevo con la cabeza y se quitó la blusa que llevaba sin pensárselo dos veces. Por alguna razón, no estaba avergonzada. Lo que estaba haciendo, aunque era la primera vez, le parecía tan natural como el respirar.

Se quitó después los pantalones de lino y los zapatos, quedándose solo en ropa interior.

Zayn no dejaba de mirarla. Se llevó las manos a la espalda y se desenganchó el sujetador, tirándolo después con el resto de la ropa.

Él tomó una manta del suelo y se la ofreció.

—Toma, envuélvete en esto.

Se lo dijo como si fuera una orden y obedeció sin pensar, aunque le extrañó que quisiera que se cubriera cuando ya estaba casi desnuda. Pero se envolvió la manta alrededor de sus hombros y sujetó los bordes con las manos frente a su pecho.

Miró entonces a Zayn y se quedó sin aliento. Se había quitado la camisa y se le fueron los ojos a su torso, a cada uno de sus bien definidos músculos y la fina capa de vello que lo cubría. No era la primera vez que veía un torso masculino, pero nunca había sido tan consciente de toda la piel que quedaba expuesta. Supuso que tenía mucho que ver con las circunstancias y con el hecho de que ella estaba también medio desnuda.

O tal vez fuera porque acababan de besarse.

O porque Zayn la miraba como si ella fuera el postre y estuviera muerto de hambre.

Se echó a temblar de nuevo, pero esa vez no lo hacía porque tuviera frío. Todo lo contrario.

Zayn se giró para quitarse los pantalones y ella se quedó absorta admirando su anatomía. Deseaba tocarlo, pero temía hacerlo. No sabía qué hacer. Lo que acababan de compartir bajo la lluvia había sido su primer beso de verdad y no creía estar lista para ir más allá.

Se giró de nuevo hacia ella y trató de calmarse.

—Creo que sería más fácil que entráramos en calor si nos tumbamos en el suelo.

—Sí… Claro… —repuso ella como si hubiera perdido la capacidad para pensar y hablar como una persona normal.

Zayn se acercó al montón de mantas que habían colocado en un rincón de la tienda y se puso a reordenar las almohadas. Se tumbó después y se tapó con otra manta.

Ella tragó saliva y fue a sentarse a su lado sin soltar la manta en la que seguía envuelta.

—Y conseguiríamos librarnos rápidamente del frío si nos tumbáramos piel con piel —le sugirió Zayn.

Sophie abrió la parte delantera de su manta y se acercó a él, deslizándose bajo la que lo cubría a él. El corazón le latía a mil por hora y se quedó sin aliento cuando Zayn la abrazó.

Apoyó la mejilla en su torso y pudo sentir su corazón, tronando tan rápidamente como el suyo. Era increíble sentir contra ella la relativa aspereza de su vello y su piel suave y caliente. Levantó levemente la mano y colocó la palma sobre su torso, disfrutando de esa sensación, de las diferencias entre sus cuerpos.

Sabía que ese momento debería haber sido completamente surrealista, pero no lo era. Era demasiado importante, casi solemne. En ese instante, era muy consciente de quiénes eran ellos dos y de lo que estaban haciendo.

Zayn la abrazó con más fuerza, colocando las manos en su espalda. Podía sentir su aliento entrecortado acariciándole la cara.

—Quiero… —comenzó ella.

Pero no sabía muy bien qué decir. Porque en realidad no sabía lo que quería. Solo sabía que su corazón latía de manera descontrolada y que lo necesitaba. Necesitaba lo que estaba pasando y lo necesitaba a él.

—Quiero… —susurró de nuevo.

Zayn interrumpió sus palabras con un dulce y suave beso. Era un beso tentativo, era una pregunta.

Ella deslizó las manos sobre su torso hasta rodear su cuello y profundizar en el beso. Podía sentir su excitación y se movió hasta sentir su erecto miembro entre sus muslos.

Él también se movió, apoyando su peso sobre los brazos y colocándose entre sus piernas. La miró fijamente con sus ojos oscuros.

—Sophie, ¿sa… sabes lo que me estás pidiendo? —le susurró casi sin aliento.

Eran tantas las cosas que estaba sintiendo en ese momento, tanta la presión, que solo pudo asentir con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta.

Solo esperaba estar siendo sincera consigo misma. Le parecía el momento adecuado, el lugar adecuado y el hombre… El hombre equivocado. Sabía que estaba comprometido para casarse con otra mujer y que gobernaba un país que estaba al otro lado del mundo. Ese hombre controlaba el destino de esa nación.

Parecía el hombre equivocado. Pero, al mismo tiempo, sentía que era el único hombre posible. Con nadie más había llegado tan lejos. Nadie la había hecho sentir de esa manera.

La atracción y la lujuria siempre le habían parecido sentimientos aterradores, algo que debía evitar, algo que le hacía recordar el tipo de vida que había llevado su madre.

Pero empezaba a darse cuenta de que había estado equivocada.

Había sido fácil darle un beso y también muy fácil quitarse la ropa delante de él. Estaba entre sus brazos en ese instante y le parecía natural y perfecto.

Zayn le dio un beso en el hombro. Después, levantó la cabeza y la miró a los ojos mientras le apartaba suavemente el pelo de la cara. Cuando la miraba de esa manera, todo le parecía muy fácil.

Le costaba creer que estuviera de verdad allí, que esa mujer fuera ella, entre los brazos de un hombre que era casi un desconocido y en medio de una tienda en el desierto. Un par de semanas antes, habría sido completamente impensable para ella imaginarse protagonizando una escena similar.

No sabía lo que estaba haciendo, pero no le preocupaba. Por primera vez en su vida, no le molestaba depender de otra persona, sentirse perdida. Se había quitado la ropa en la tienda, pero se había despojado de la armadura mucho antes. En ese momento estaba de verdad desnuda y podía sentirlo todo. Cada caricia, cada susurro contra su piel, cada beso. Estaba completamente expuesta, pero no tenía miedo.

—Sophie, necesito que me digas que quieres esto. Necesito saberlo —le dijo él.

—Por supuesto que sí, Zayn —repuso ella acariciando su mejilla y mirándolo a los ojos—. Creo que, aunque me costara darme cuenta, sabía que esto iba a suceder. Era inevitable. Lo supe desde el principio.

Aunque no tuviera mucho sentido, creía que había algo que le había atraído de él desde que lo viera por primera vez. Y ella había comenzado a cambiar desde ese primer momento.

—Pero nada es inevitable. Somos las personas las que tomamos las decisiones, las que elegimos. ¿No fue eso lo que me dijiste antes?

—Sí, es verdad. Y yo pude decidir desde el principio lo que iba a pasar. Ahora sé que, si hubiera intentando irme o te hubiera dicho que no quería venir a Surhaadi, me habrías dejado ir. Estoy segura de ello. Aunque manipulaste la situación, no me forzaste, vine voluntariamente y ahora estoy aquí, entre tus brazos, porque quiero. Elijo esto.

—No debería...

—Lo sé —le dijo.

A ella le pasaba lo mismo. Sabía que aquello no tenía sentido, pero también sabía que lo necesitaba.

—¿No te da la impresión de que estamos solos en el mundo? —le preguntó ella.

—Sí, aquí es fácil imaginarlo.

—Demasiado fácil. Pero quiero que sepas que me siento diferente ahora mismo. Lo que dijiste sobre las elecciones era cierto. Todo lo

que he hecho ha sido como reacción a otras personas. Pero si no existieran otras personas, si no hubiera nada más que esto, si no hubiera reinos ni ciudades, si no hubiera mansiones ni chozas, si solo existiera esto, elegiría estar aquí contigo. Sé que cuando nos vayamos volverán todas esas cosas, pero ahora mismo, en este momento, no están aquí.

Zayn cerró durante un instante los ojos y le pareció que había mucho dolor en su rostro.

—Si no hay reinos, tampoco hay reyes —le dijo después mirándola de nuevo—. Y si no hay reyes, no hay tampoco deberes. Y si no hay deberes, si solo soy yo... Entonces te elijo a ti.

Sophie tragó saliva, tenía un nudo en la garganta.

—Por favor... —le susurró sin aliento—. Por favor, elígeme.

Zayn gimió y tomó su cara entre las manos, besándola apasionadamente.

Ella rodeó su cuello con los brazos y se abrió a él. Era increíble estar así entre sus brazos.

Él enredó una mano en su pelo y deslizó la otra por su espalda, bajando hasta acariciarle el trasero y apretarla con fuerza contra su pelvis. Siguió besándola y el mundo fue desapareciendo a su alrededor. No había nada más allá de ese desierto e incluso el desierto empezó a esfumarse, como en un reloj de arena.

Zayn dejó su boca para besar su cuello y bajar después hasta el valle entre sus pechos, recorriéndolo con su lengua. Se movió unos centímetros para poder dedicarle la misma atención a uno de sus erectos pezones.

Se quedó sin aliento, arqueando la espalda, apretándose con más fuerza contra él.

El deseo se concentraba entre sus piernas y era una sensación muy intensa, casi dolorosa. Tenía un profundo sentimiento de vacío en su interior. Necesitaba a ese hombre como no había necesitado nunca a nadie.

Comenzó a acariciarle uno de sus pechos mientras le prestaba atención al otro con su boca. Las sensaciones eran increíbles. Se aferró a su pelo, no quería que dejara de hacerle lo que le estaba haciendo.

Pero Zayn levantó la cabeza poco después y ella soltó de mala gana su pelo.

—Sophie, tengo que preguntarte algo.

Ella negó con la cabeza. Sabía lo que era, pero no quería hablar de eso en ese instante, no quería hablar de nada, solo quería sentir. No podía pensar ni hablar de nada.

Se limitó a meter los pulgares bajo sus braguitas y a bajarlas todo lo que pudo, ayudándose después con los pies hasta librarse de ellas. No dejó de mirarlo a los ojos mientras lo hacía.

Él no le dijo nada más, asintió con la cabeza y se quitó los calzoncillos.

Se inclinó después para besarla una vez más, no se cansaba de sentir sus suaves labios contra los de ella.

Se apoyó en uno de sus codos mientras deslizaba la mano entre sus muslos y comenzaba a acariciarla íntimamente. Sabía que estaba muy húmeda, podía notarlo. Estaba más que lista para aquello.

Se dio cuenta de repente de que aún no lo había visto desnudo, pero sabía que ya habría tiempo para eso más tarde.

Dejó de pensar en nada más cuando sintió que deslizaba un dedo dentro de ella. Se sintió invadida, era muy raro, pero también agradable. Y, cuando Zayn empezó a acariciarle el clítoris con el pulgar, se olvidó de todo y sintió cómo por fin disminuía la tensión que había estado sintiendo entre las piernas.

Siguió tocándola, manteniendo un ritmo constante, pero cada vez más intenso y rápido, haciendo que se sintiera una y otra vez al borde del abismo, pero sin llegar a saber qué le esperaba al otro lado. Ni siquiera se atrevía a imaginar lo que iba a sentir. Todo lo que estaba ocurriendo era nuevo para ella.

Pero no se sentía vulnerable. Aunque pareciera una contradicción, se sentía poderosa estando a su merced, permitiendo que Zayn le mostrara el camino. Quería que él le enseñara lo que su cuerpo quería, lo que podía hacer con él.

Por primera vez en su vida, se estaba limitando a sentir, a estar presente en ese momento, sin esforzarse por fingir lo que no era, sin tratar de esconder quién era. Se sentía desnuda, pero no tenía miedo.

Zayn estaba haciendo que se sintiera muy bien. En todos los sentidos.

La besó entonces con más ímpetu mientras intensificaba la presión entre sus muslos. Fue un cambio muy sutil, pero le sirvió para atisbar hasta dónde podía llegar el placer que ese hombre le iba a hacer sentir. Elevándola a lo más alto hasta quedarse sin aliento, sin capacidad para pensar.

No podía hacer nada más, solo limitarse a sentir y dejar que ese hombre liberara su cuerpo y el placer la dominara.

—No sé... No quiero hacerte daño... —susurró Zayn con la respiración entrecortada.

—No vas a hacerlo —repuso ella jadeando.

No sabía si lo que acababa de decirle sería verdad, no sabía lo que decía, pero le pareció que era lo que Zayn necesitaba oír.

Él deslizó las manos por su espalda, bajándolas hasta la curva de su trasero y agarrándolo para atraerla contra sus caderas. Se quedó sin aliento al sentir su miembro deslizándose dentro de ella. Zayn la miró con intensidad mientras lo hacía y un fuerte dolor la atravesó de

repente. Apretó los dientes y cerró un instante los ojos.

—Sophie… Me dijiste que no te iba a hacer daño —le dijo Zayn con seriedad.

—Bueno, me equivoqué. Lo siento —repuso con un nudo en la garganta.

—No te disculpes… —susurró él como si se arrepintiera—. Soy yo el que debería disculparme contigo.

—No, por favor, no lo hagas. Por favor… Podemos simplemente… Por favor…

Seguía sin poder pensar ni hablar de manera coherente. Zayn le había hecho daño, pero no le importaba. Estaba siendo maravilloso. Nunca se había sentido tan conectada a alguien y, a la vez, tan completa.

Los dos encajaban como dos piezas de un mismo puzle. No habría podido decir dónde comenzaba su cuerpo y terminaba el de Zayn. Era increíble, lo más intenso que había vivido en toda su vida.

Después de unos segundos de incertidumbre, vio que Zayn estaba en tensión. Apretaba con fuerza la mandíbula y vio que le temblaban los músculos de los brazos. Era como si no quisiera moverse.

—Zayn… —susurró ella.

Y él por fin comenzó a hacerlo. Al principio se movió muy despacio y con suavidad, tratando de darle tiempo para adaptarse a las nuevas sensaciones, a lo que significaba físicamente tener a Zayn dentro de ella. Poco a poco, el malestar comenzó a desaparecer y empezó a sentir un intenso placer.

Se movió contra él, persiguiendo el clímax que empezaba a crecer dentro de ella otra vez. Notó que Zayn iba perdiendo la capacidad para controlarse, sus movimientos eran cada vez más rápidos y desesperados. Pero no importaba, estaba lista y era justo lo que quería en ese momento.

Se aferró a sus hombros y se movió con él, al mismo ritmo. Era maravilloso sentir la presión de su pelvis contra el clítoris, oleadas de intenso placer la atravesaban con cada movimiento, cada embestida. Podía sentir que estaba a punto de deshacerse por completo, a punto de saltar al vacío.

Se agarró a él con más fuerza, quería volar con él. Esa vez, no pensaba saltar ella sola.

—Zayn —le susurró al oído—. Zayn… Conmigo. Vuela conmigo…

Sintió que se estremecía entre sus brazos. Le temblaba el cuerpo tanto como a ella y ver que también él estaba a punto de perder el control fue todo lo que necesitó para alcanzar el clímax de nuevo. La intensa sensación la atravesó por completo. Esa vez fue aún más fuerte y feroz. No tenía nada que ver.

Había sido maravilloso la primera vez, pero no tenía nada que ver

con lo que estaba sintiendo en esos momentos, con lo que significaba perder por completo el control entre los brazos de Zayn, temblar al mismo tiempo que él, ahogarse juntos en un mar de placer.

Cuando todo terminó, se quedaron abrazados. Podía sentir los latidos de su corazón contra su pecho.

Y más allá solo había silencio, había dejado de llover. No se oía nada más.

Sabía que no tardaría en ir desapareciendo la magia del momento y el mundo real volvería a invadirlos.

Supo en ese instante que había sido una ingenua al creer que iba a poder compartir algo así con Zayn y volver después a su vida sin que nada hubiera cambiado.

Ella misma había cambiado. Había cambiado por completo y de manera irremediable.

Acababa de hacer el amor con el jeque Zayn Al-Ahmar y se sentía diferente. Pero el mundo, la monarquía, la próxima boda de Zayn, la jerarquía social... Nada de eso había cambiado.

—¿Zayn?

Él la abrazó contra su torso y giró hasta estar boca arriba y tenerla a ella sobre su cuerpo.

—La carretera va a seguir inundada durante algún tiempo —le dijo —. Deberías tratar de descansar.

Y con esas palabras, le dio una vuelta más al reloj de arena, dándoles a los dos una tregua, un poco más de tiempo.

Capítulo 8

ZAYN llevaba horas despierto cuando comenzó a colarse la luz del amanecer entre las rendijas de la tienda. Aún sostenía a Sophie entre sus brazos, con su cuerpo cálido, suave y desnudo contra el de él. Había sido increíble y le llenaba de satisfacción recordarlo, pero era una sensación agridulce.

Creía que Sophie no se merecía lo que había pasado, que un hombre que no podía tener futuro con ella le arrebatara la virginidad de esa manera, en una tienda de campaña en medio del desierto. No se merecía que él la hubiera usado para desahogar sus frustraciones.

Lamentó no haber pasado la noche bajo la lluvia, dejando que el agua lo entumeciera y le hiciera recordar quién era él y cuáles eran sus responsabilidades.

Pero no había podido resistirse.

Sophie había estado a su lado, le había dicho lo que había querido oír en esos momentos y le había ofrecido lo que más deseaba. Le había pedido que fingieran que estaban solos en el mundo y no había podido resistirse.

Pero después, en vez de distanciarse en cuanto se dio cuenta de su error, la había tomado entre sus brazos, tratando de alargar aún más el momento.

Creía que, después de lo que le había hecho a su hermana, iba a terminar en el infierno. Y lo que acababa de hacer era otra razón más por la que iba a tener que pasar la eternidad ardiendo.

«¿Dónde está mi sentido del deber? ¿Cómo he podido aprovecharme así de una mujer inocente? Y solo para saciar mi lujuria...», se dijo con desesperación.

Sophie le había asegurado que sabía lo que quería, pero se había equivocado. Creía que alguien sin experiencia no podía saber hasta qué punto el sexo podría afectarla emocionalmente.

Ya había sospechado que tendría poca experiencia. Sobre todo cuando le contó lo de su primer y único beso. Él había sabido entonces lo que eso implicaba, pero había optado por ignorarlo. Y cuando después quiso preguntárselo, en el peor momento posible, cuando la vuelta atrás era ya casi imposible, ella se había negado a contestar su pregunta y él le había dejado que lo hiciera porque era lo que quería.

Se dio cuenta de que su mayor temor acababa de hacerse real, no había cambiado en absoluto, seguía siendo el mismo joven malcriado

y egoísta que siempre había sido. La lujuria había terminado con años de buen comportamiento.

Se sentó y miró a la mujer que dormía a su lado. Ella gimió y se dio la vuelta, doblando las piernas frente a su cuerpo. Parecía tan joven, tan vulnerable. Se sentía cada vez peor.

Se levantó y se puso los pantalones. Aún estaban mojados, pero no importaba. Tenía que salir de allí.

Hacía sol y el cielo estaba despejado. Vio también que la carretera estaba seca. No tenían ninguna excusa para quedarse allí y se dio cuenta de que era mejor así. Les convenía volver al mundo real cuanto antes.

Se las había arreglado para engañarse a sí mismo, pero no pensaba volver a hacerlo.

Miró de nuevo hacia donde estaba la tienda y maldijo entre dientes. No quería tener que volver a entrar y verla cuando se despertara, medio dormida y desnuda.

Le iba a hacer recordar todo lo que habían compartido la noche anterior. Había sido maravilloso estar dentro de ella, sentir su suave piel contra la de él.

Se acercó al todoterreno y abrió el maletero. Sacó sus bolsas de viaje y volvió a la tienda con ellas.

Sophie se movió y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Se le escurrió la manta unos centímetros y no pudo evitar fijarse en sus hombros desnudos, en su suave piel, en todo lo que no tenía derecho a tocar.

—Buenos días —le dijo dejando las bolsas en el suelo—. Hace bueno, así que podremos conducir sin problemas.

Vio que parpadeaba rápidamente para tratar de adaptar sus ojos a la luz y poder concentrarse en él.

—¡Oh! —exclamó mientras agarraba con fuerza la manta—. Ya ha amanecido...

Le dio la impresión de que Sophie estaba pensando en algo importante y eso le inquietó. Hizo que le doliera algo en el pecho.

—Puedo esperar afuera mientras te vistes, si quieres.

Sophie asintió en silencio y él se dio la vuelta y salió con la bolsa de viaje en la que tenía su ropa.

Una vez fuera, respiró profundamente. Hasta ese momento, no había sido consciente de que había dejado de respirar al verla.

Se vistió rápidamente, cambiando sus pantalones húmedos por otros secos y una camiseta limpia.

Esperó unos instantes y entró de nuevo en la tienda. Sophie ya se había cambiado también. Llevaba una blusa holgada y unos pantalones de lino. Estaba sentada sobre el montón de mantas que habían usado como cama la noche anterior y lo miraba con una

expresión expectante en su rostro. No sabía lo que quería de él.

Lo que habían compartido esa noche había abierto un abismo entre ellos imposible de cruzar. Sabía que no había manera de arreglar lo que se había roto, lo que habían tenido no iba a tener continuidad en el mundo real, era imposible. Pero sabía que era mejor así.

Era una ruptura limpia y no había otra opción.

—¿Tienes hambre? —le preguntó él.

Sophie negó con la cabeza mientras apartaba la mirada.

—Muy bien. Entonces, nos iremos pronto.

Ella se quedó donde estaba, sentaba en las mantas.

—Vas a tener que salir para que pueda desmontar la tienda —le recordó entonces.

—¿Hace frío afuera? —le preguntó ella sin mirarlo.

—No, no hace frío.

—Porque no me gusta el frío.

—No te preocupes por eso.

Sophie lo miró entonces y se levantó lentamente. Pasó a su lado con la cabeza bien alta. Sus gestos eran tan elegantes y altivos como los de una jequesa. Le entraron ganas de abrazarla y besar esos labios hasta que dejara de fruncir el ceño y se relajara entre sus brazos. Pero no tenía derecho a hacerlo.

Lo de la noche anterior había sido un error y no podía volver a suceder.

Sophie consiguió mantener la compostura mientras esperaba afuera y Zayn desmontaba la tienda. Y también lo hizo durante el trayecto de vuelta a palacio. Consiguió aguantar hasta que llegó por fin a la intimidad de su propia habitación. Y entonces, se echó a llorar. No podía contener los sollozos que no paraban de llegar y la dejaban sin aliento.

Algún tiempo después, cuando consiguió calmarse un poco, se metió en la cama y se enroscó bajo las sábanas y la colcha. Se sentía muy mal. Y se sentía además distinta.

La noche anterior todo había tenido sentido y había sido increíble. Pero en ese lugar del desierto había dejado olvidada su armadura. Estaba perdida en algún sitio y no sabía si sería capaz de recuperarla.

Lo único que sabía era que todo había terminado. Zayn se lo había dejado muy claro esa mañana. Había sido muy duro que la hablara con tanta frialdad y desapego, pero sabía qué era lo mejor.

No podía haber nada más. Zayn iba a casarse con otra mujer y le bastaba con recordarlo para sentir una punzada de dolor en su pecho. Sabía que no debería haberlo tocado, que no había tenido derecho a hacerlo.

Y, para colmo de males, creía que se había enamorado de él.

No sabía cómo podía haber ocurrido. Pensó que quizás tuviera que ver con el hecho de que Zayn había hecho que se sintiera protegida. Él había sido la primera persona que había conseguido conectar con ella a pesar de esa armadura que había llevado siempre. Ese hombre había logrado llegarle al corazón.

Zayn vivía para servir a su familia y a su pueblo. Le parecía un hombre increíble, alguien capaz de transformar una terrible tragedia que lo había destrozado por completo en una razón para cambiar su modo de vida.

Ella se había pasado la vida tratando de conseguir reconocimiento y demostrar su valía. Zayn, en cambio, vivía para servir a los demás. Creía que era normal que conocerlo la hubiera cambiado como lo había hecho. Y también le parecía imposible no terminar enamorándose de un hombre tan íntegro como él.

Pero tenía que encontrar la manera de no amarlo porque, cuando se fuera de allí, iba a tener que dejar esos sentimientos atrás. Por difícil que fuera.

Sophie logró evitar a Zayn durante los días siguientes. Estuvo centrada en la redacción de un artículo que detallaba todo lo que había aprendido hasta el momento sobre Surhaadi y su cultura. No se atrevió a escribir nada sobre la tragedia que había ocurrido en su familia y tampoco se refirió a Zayn. Temía que sus palabras mostraran al lector cuánto lo quería y no estaba lista para exponerse ante los demás de esa manera.

Había tenido la esperanza de que Zayn se acercara a ella y terminara con el silencio que había impuesto entre los dos desde que regresaran al palacio. Sabía que no debía desearlo, pero no podía evitarlo.

Suspiró y se levantó, llevaba demasiado tiempo frente al ordenador.

Se frotó la cara con las manos, tratando de suavizar las líneas que habían marcado de forma casi permanente su frente desde que regresaran al palacio. No podía olvidar lo que había pasado y temía que, por mucho tiempo que pasara, iba a seguir recordando demasiado bien la sensación de tener las manos de Zayn en su cuerpo, lo maravilloso que había sido ese momento, lo increíble que había sido sentirse tan cerca de alguien.

Hasta esa noche, hasta ese momento de unión perfecta, no había sido consciente de lo sola que había estado siempre.

«Si solo soy yo... Entonces te elijo a ti», le había dicho Zayn.

No podía olvidar esas palabras. Las llevaba muy dentro de su corazón y le daban esperanza, aunque sabía que no tenía derecho a

esperar nada.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, salió de su dormitorio y comenzó a vagar por el pasillo. Como de costumbre, esa parte del palacio estaba vacía y solo podía oír el sonido de sus pasos.

Siguió caminando hasta llegar a la entrada, donde vio a algunos miembros del personal. Pero era tarde y supuso que ya casi todo el mundo se habría acostado. Nadie la miraba y no pudo evitar preguntarse qué pensarían de ella, si habrían pensado desde el principio que era la amante de Zayn o si eso les importaría.

No sabía qué estaba haciendo, solo sabía que tenía que encontrarlo, necesitaba poner fin a esa separación. Ni siquiera se habían visto durante las comidas. Zayn también había estado tratando de evitarla y ese hecho, aunque pareciera contradictorio, también le daba esperanzas.

Empezaba a darse cuenta de que el amor era un sentimiento muy extraño.

Se le hizo un nudo en el estómago al verse ya cerca de los aposentos del jeque. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Pero, cuando llegó a su puerta, se detuvo. No sabía si debía llamar con los nudillos. Creía que era lo correcto, pero temía que Zayn, adivinando quién era, se negara a abrirle la puerta.

Aunque también cabía la posibilidad de que no estuviera allí. En ese caso, supuso que la puerta estaría cerrada y decidió al menos hacer girar el picaporte para salir de dudas.

Así lo hizo y le sorprendió ver que no estaba cerrada. Con el corazón en la garganta, abrió la puerta.

La iluminación de su despacho era tenue y se le fueron los ojos a la luz más brillante de la sala, el fuego que ardía en la chimenea. Las llamas la distrajeron y no vio a Zayn, que estaba sentado en uno de los sillones, hasta que se movió.

—¡Oh! No pensé que fueras a estar aquí —le dijo sin moverse de la puerta.

No sabía si quedarse o salir corriendo. Sabía que huir después de que la hubiera visto era absurdo y exagerado. Después de todo, no temía que Zayn fuera a meterla en un calabozo.

—Si no esperabas encontrarme, ¿qué haces aquí? —le preguntó él después de dar un sorbo a la bebida que tenía en un vaso de cristal.

—Bueno, tenía la esperanza de que estuvieras aquí, pero al entrar pensé que no había nadie.

—Entiendo —repuso Zayn entre trago y trago—. ¿Y por qué me buscabas?

—Bueno, es que estos días no te he visto y pensé que… Pensé que podríamos hacer otra entrevista.

—Creo que ya te he dicho todo lo que tenía que decirte —le aseguró

mirándola a los ojos.

—Sí, pero yo no lo hecho —le dijo con el corazón a mil por hora.

—¿Estás sugiriendo acaso que sea yo ahora el que te entreviste?

—Sí, eso es exactamente lo que estoy sugiriendo.

Se quedó en silencio un buen rato mientras la miraba con una expresión indescifrable en su rostro.

—Muy bien —le dijo después—. Siéntate.

Ella obedeció. Entró en el despacho y se sentó en el sillón que había frente a él. Juntó las manos en su regazo y esperó.

—Entonces, ¿tengo que preguntarte algo?

—Es tu entrevista, tú decides —le contestó casi sin aliento.

—Pero no voy a poder vender esta entrevista en ningún sitio.

—Entonces, puedes preguntarme lo que quieras. Eres tú el que decide qué es lo más interesante.

—Muy bien, empezaré con lo que más me interesa —comenzó—. ¿Por qué eras virgen?

Se le hizo un nudo en el estómago. No le extrañaba que le hiciera esa pregunta.

—Esa pregunta me obliga a pensar en mí misma y la verdad es que sería mucho más fácil no tener que hacerlo. No porque no quiera decírtelo, sino porque ni siquiera lo tengo yo muy claro —le confesó ella—. La respuesta fácil es que nunca he querido ser como mi madre, no quería sentirme esclavizada ni cautiva de mis propias pasiones. Ahora sé que esa respuesta no es toda la verdad, había algo más de lo que no había sido consciente.

—¿A qué te refieres?

—A que, para tener relaciones sexuales, hay que desnudarse. Y no hablo solo del desnudo que se ve, sino del hecho de que hacer el amor con alguien te hace vulnerable. Creo que eso era lo que veía en mi madre y tanto miedo me daba, su vulnerabilidad. Cuando uno se despoja de esa manera, no se puede ocultar nada. No se puede ocultar cómo eres en realidad —le explicó—. Ya te conté esa fantasía que siempre he tenido, cómo deseaba más que nada acercarme a mi padre en algún importante evento social para decirle quién era y todo lo que había conseguido sin su ayuda. Me he pasado toda la vida tratando de convertirme en la persona que creí que me merecía ser, pero no tiene nada que ver con quien soy en realidad. Y siempre he tenido miedo de mostrarme como soy porque pensaba que era una persona llena de defectos, imperfecta e inferior. Si a alguien no le gusta tu fachada, puedes cambiarla. Pero si no le gusta cómo eres en realidad... Eso es mucho más difícil cambiarlo. Creo que aún era virgen porque he estado evitando por todos los medios estar desnuda en ese sentido.

Estaba muerte de miedo. Era el momento más aterrador de toda su vida, nunca había admitido ante nadie, ni siquiera ante ella misma, lo

que acababa de confesarle. Estaba siendo por primera vez honesta de verdad.

Zayn se quedó en silencio y la miró mientras bebía otro trago más.

Después, dejó el vaso sobre la mesa.

—Y ¿has estado desnuda conmigo?

Era la pregunta que más temía, pero sabía que no tenía más remedio que responder con la misma sinceridad.

—Sí.

—¿Te he podido ver tal y como eres en realidad?

—Sí —repitió con voz temblorosa—. ¿Te he visto yo a ti, Zayn?

—No sé qué quieres decir con eso. Por supuesto que me has visto.

—He visto al gobernante y al jeque. Pero ¿he podido ver al hombre? —le preguntó mientras recordaba cómo había sido verlo temblar entre sus brazos cuando alcanzó el clímax.

Había habido tanta intensidad entre ellos... Sentía que había visto entonces atisbos de ese hombre, como cuando asomaba el sol desde detrás de las nubes. Pero un breve y solitario rayo de luz no cambiaba el día cuando estaba nublado.

—El jeque es el hombre y el hombre es el jeque.

—Si no hubiera reinos ni reyes, ¿qué te gustaría ser? —le preguntó ella.

—Es una pregunta que no puedo responder porque el hecho es que hay reinos y yo soy el rey de uno de ellos —le dijo con solemnidad—. Y tengo que hacer lo correcto, por el bien de mi pueblo.

—¿Y por qué es esto lo correcto? ¿Por qué casarse con una mujer que no amas es lo mejor para tu pueblo?

—Los preparativos ya están en marcha y he dado mi palabra. Anular una boda real traería muchos problemas, podría ser muy perjudicial para Surhaadi. Y Leila... Mi hermana está pasando por algo muy duro... No puedo hablar de ello, no es mi secreto. Le fallé a una de mis hermanas, Sophie. No pude proteger a Jasmine y no puedo fallarle también a Leila. He hecho daño a mucha gente. No puedo volver a arriesgar tanto.

Podía sentir la desesperación en su voz y la urgencia que había en sus palabras. Y también había oído lo que no le había dicho.

—Eres el hombre más fuerte que he conocido nunca. Das más de ti mismo cada día de lo que podré llegar a dar yo en toda mi vida. He pasado años tratando de llegar lejos para demostrarle a mi padre lo que he conseguido, he vivido por y para un hombre al que no le importo en absoluto. Eso no es vida. No he hecho nada por nadie.

—Bueno, estás aquí para ayudar a una amiga, Sophie. No lo he olvidado. Y tengo un escándalo para ti, aunque no es el que estabas buscando.

—Eso no es de lo que estoy hablando. Ya ayudaré a Isabelle de otro

modo. Sé que en realidad no sabes nada de los Chatsfield.

Ya hacía tiempo que se había dado cuenta de ello y la verdad era que no estaba enfadada con él. Ella estaba allí para tratar de ayudar a su amiga y sabía que Zayn había estado haciendo lo mismo por su hermana.

—Entonces, ¿de qué estás hablando? —repuso él con la voz ronca.

—De ti y de mí. Lo que siento... Nunca había sentido nada igual. Siento que ahora soy una persona distinta. Nunca había sido lo suficientemente valiente como para mostrarme tal y como soy.

—No podemos hablar de esto. Tenemos que dejar todo eso en el desierto y en el pasado —le dijo con angustia y desesperación—. No podemos hacer esto aquí, no podemos hablar de ello...

—Por favor, solo una noche más. Por favor, sé el hombre. Porque sé que el hombre y el jeque no son la misma persona. Quiero ver al hombre.

—Sophie... —susurró Zayn a modo de aviso—. No sabes lo que me estás pidiendo. El hombre está mejor muerto y enterrado. Es egoísta y destructivo, trajo la muerte y el dolor a esta casa. No se merece salir de nuevo y seguir destruyendo...

—No, Zayn. Eso no es así. El hombre es maravilloso. Eres maravilloso.

Zayn se levantó y la miró con fuego en sus ojos mientras iba hacia ella. Agarró su mano y tiró con fuerza de ella hasta conseguir que se levantara también.

—No sabes lo que dices...

A lo mejor era verdad y estaba viendo lo que quería ver. O a lo mejor era la única que lo veía tal y como era. En ese caso, necesitaba mostrarle la verdad.

Se puso de puntillas y lo besó. La chispa prendió entre ellos en cuanto sus labios se rozaron. Zayn rodeó su cintura con un brazo y la atrajo con firmeza contra él, aplastando sus senos contra la dura pared de su torso.

Ella echó hacia atrás la cabeza para profundizar en el beso, su corazón galopaba en su pecho. Quería hacer por él lo que Zayn había hecho por ella, quería quitarle la armadura, hacer que olvidara por un tiempo sus obligaciones y su sentido del deber y dejarlo de verdad desnudo, revelando por fin el hombre que se escondía en su interior.

Porque, por mucho que lo negara, sabía que estaba escondiendo su verdadero ser y tenía que encontrarlo.

Zayn había hecho lo mismo por ella, había encontrado y sacado a la luz a la verdadera Sophie. Tenía que ofrecerle lo mismo, sentía que se lo debía.

Se aferró a su camisa, desesperada por tener su piel contra la de ella. Desesperada por sentir de nuevo ese momento de profunda

claridad que había sentido en el desierto. Ese momento de conexión. Tan perfecto y tan nuevo para ella.

Zayn gimió mientras la besaba con la misma pasión y la empujaba contra la pared más cercana. No le dolió sentir la espalda contra la superficie de piedra, era una sensación maravillosa. Le encantaba volver a sentirse a su merced y disfrutar de la intensidad de la pasión que ardía dentro de los dos.

Zayn le quitó la blusa, ya no controlaba lo que hacía, se dio cuenta de que estaba completamente dominado por el deseo y lo mismo le pasaba a ella. Quería ayudarle a liberar al hombre que Zayn quería mantener escondido en su interior y sabía que podría hacerlo.

Le desabrochó el cinturón y la cremallera de sus pantalones, bajándoselos todo lo que pudo y quitándole al mismo tiempo su ropa interior. Era la primera vez que hacía algo así, pero no le sorprendía su propia audacia. Habría sido impensable para ella unos días antes, pero todo había cambiado y ya no sentía miedo.

Tampoco llevaba ya la armadura que la había protegido y mantenido alejada de los demás. Por fin era ella misma.

Se puso lentamente de rodillas y envolvió con los dedos su erecto miembro, apretándolo con suavidad. Sintió que Zayn contenía el aliento para soltarlo después entre los dientes. No podía dejar de observarlo, era muy excitante. Vio que echaba la cabeza hacia atrás y tragaba saliva.

Parecía estar luchando para mantener el control y se dio cuenta de que estaba a punto de lograr su objetivo. Porque, aunque era ella la que estaba en una posición sumisa, era él quien estaba a su merced. De rodillas ante el rey, pero a punto de ponerlo de rodillas a él.

Se inclinó hacia delante y pasó la lengua por la punta de su erección. No sabía qué tenía que hacer, nunca había pensado en ello. Sus amigas habían hablado de esas cosas cuando estaba en la universidad, pero nunca había prestado atención, había estado demasiado centrada en sus estudios. Entonces se había sentido, una vez más, fuera de lugar.

Pero, en ese momento, estaba justo donde quería estar y sabía lo que deseaba hacer.

—Sophie… —gimió Zayn mientras le acariciaba la cabeza—. ¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

Una sensación de libertad la inundó en ese instante, algo muy intenso que nació en su pecho y fue extendiéndose hacia el resto de su cuerpo. Era una sensación de fuerza y de confianza en sí misma.

—No, no sé lo que estoy haciendo. Nunca lo he hecho ni he llegado a imaginarme haciéndolo. Y lo más probablemente es que lo haga mal, pero quiero hacerlo contigo.

Por primera vez en su vida pudo admitir que no era una experta, ya

no sentía que tenía que fingir.

No necesitaba aparentar cuando estaba con él. Se limitaba simplemente a estar, a disfrutar del presente.

—No podrías hacerlo mal, créeme... —le susurró Zayn con la voz cargada de deseo.

Se inclinó y deslizó de nuevo la lengua por la punta, esa vez con más seguridad. Zayn le había dicho que no podía hacerlo mal y confiaba en él. Se sentía muy libre.

Separó los labios y dejó que se deslizaran un poco más abajo, para tenerlo dentro de su boca. Siguió jugando con su lengua, saboreándolo lentamente mientras apretaba la base de su pene con la mano.

Zayn se aferró con más fuerza a su pelo, tirando de él mientras ella lo asaltaba con su boca y su lengua, podía sentir cómo iban cayendo las capas en las que él siempre se había envuelto, cómo iba perdiendo el control y entregándoselo a ella.

Pero entonces se apartó de ella y se quedó inmóvil.

—Basta... Ya basta, por favor —le rogó Zayn sin aliento.

—Pero ¿por qué? —le preguntó confusa.

—Porque no quiero que termine todo de esta manera.

Cada vez estaba más excitada. Era increíble verlo perder el control, parecía desesperado.

—No me importa, podría estar muy bien.

—No, Sophie. Puedo hacer que sea mucho mejor para ti. Quiero hacerlo.

Agarró sus manos y tiró de ellas para que se levantara. La tomó después en sus brazos y la sujetó contra su torso mientras atravesaba el despacho e iba hacia el dormitorio.

Sophie se aferró a su cuello y lo miró a los ojos. Pero él no la miraba, tenía la vista perdida frente a él.

Se inclinó y lo besó en el cuello.

Zayn abrió la puerta y ella miró a su alrededor. Se quedó sin aliento al ver el tamaño de la cama al otro extremo de la habitación. Estar con él había sido perfecto, incluso sobre un montón de mantas y en una pequeña tienda de campaña. Pero ese sitio, ese sitio parecía sacado de un mundo de fantasía.

Nunca se había permitido soñar siquiera con nada parecido. Estar allí con él era la culminación de un sueño que ni siquiera se había atrevido a tener. Sentía que ese momento era el más importante de su vida. Lo era todo.

Se quedó sin respiración cuando Zayn la dejó con cuidado en la cama y le metió los dedos bajo la cintura de los pantalones para quitárselos y despojarla al mismo tiempo de sus braguitas. Se colocó después entre sus muslos y la miró con sus ojos oscuros.

—Quiero explorar cada centímetro de tu piel, pero eso va a tener

que esperar, Sophie —le susurró él—. Lo haré en otro momento. Ahora no puedo aguantar ni un segundo más…

Sabía que los dos tenían muy claro que no iban a tener otro momento.

Pero no le importó. Lo que estaba pasando era una maravillosa fantasía y, en ese momento, casi podía creer que todo era posible. Como habían hecho en el desierto, se olvidó del mundo real y se limitó a abrazar ese instante.

—Sí, en otro momento… —repuso ella.

La besó apasionadamente mientras se deslizaba muy despacio dentro de ella. Se aferró a él, cerrando la distancia entre los dos. Zayn atrapó sus muñecas con una sola mano y las sujetó por encima de la cabeza de Sophie, manteniéndolas allí mientras seguía besándola y moviéndose dentro de ella. Sintió una fuerte oleada de placer recorriendo su cuerpo.

Se perdió en los movimientos y en la sensación de tenerlo dentro, completándola de una forma tan perfecta. Zayn dejó de besar sus labios para bajar la cabeza y tomar uno de sus pezones en la boca.

Los movimientos se hicieron cada vez más intensos y rápidos, vio que también él empezaba a perderse en su propio placer. Le encantaba ver que podía hacerle perder el control de esa manera. A ella le pasaba lo mismo y estaba disfrutando con ello, era justo lo que necesitaba, lo que deseaba.

Él le soltó de repente sus muñecas y deslizó las manos sobre las de ella, entrelazando sus dedos. Las mantuvo en el mismo sitio mientras seguía embistiéndola con fuerza, consiguiendo estar cada vez más dentro de ella.

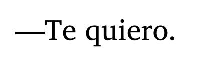
No podía dejar de mirarlo. Vio cómo fruncía el ceño y se contraía toda su cara, cada vez más, hasta que comenzó a temblar y su rostro se relajó de repente, entregándose a un fuerte orgasmo que dominó por completo su cuerpo. En ese instante no existía Surhaadi ni su necesidad de cuidar de todo el mundo, de todos menos de él mismo. En ese momento, era Zayn. Solo Zayn.

Pero entonces se vio ella también envuelta en la misma tormenta, se perdió por completo en una intensa sensación de placer que la controló por completo. Se dejó llevar y voló con Zayn a la cumbre más alta.

Lo abrazó después, escuchando su respiración, sintiendo cómo le temblaban los músculos bajo sus dedos.

Y en ese instante supo de verdad lo que quería. Reunió toda la fuerza que tenía en su interior. No la que había usado antes para ser independiente y conseguir lo que creía que quería conseguir, sino la fuerza que le daba saber quién era y estar por fin satisfecha con ello.

Por fin sabía lo que quería, lo que necesitaba y cómo se sentía.


—Te quiero.

Capítulo 9

ZAYN trató de recuperar el aliento. El peso de Sophie sobre él le pareció de repente demasiado grande, no podía respirar. Se apartó de ella y se levantó mientras maldecía en todos los idiomas que conocía. No entendía cómo podía ser tan débil. Había jurado no volver a tocarla y lo había hecho. Se sintió avergonzado.

Si solo se tratara de él, creía que entonces habría podido soportarlo. Si solo dependiera de él, podría romper su compromiso y mantener a esa mujer para siempre a su lado. Pero tenía que pensar en Surhaadi. En Christine y en Leila.

Pero, sobre todo, tenía que pensar en Sophie. Sabía que se merecía algo mejor, a alguien mejor.

—No hagas eso, Sophie. Por favor...

No sabía por qué se lo echaba a ella en cara cuando sabía que, en realidad, todo era culpa suya. No debería haberla tocado. Debería haber sido más fuerte.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Sophie sentándose en la cama con sus ojos verdes muy abiertos.

—Lo sabes muy bien —le dijo—. No me hables de sentimientos. No hay sitio para ellos.

—Al contrario, Zayn. Tengo que decirte lo que siento. Me he pasado demasiado tiempo escondiéndome, no voy a volver a hacerlo —replicó ella mientras apartaba la sábana y dejaba al descubierto su cuerpo desnudo.

Habría preferido no tener que verla así. Era tan difícil como mirar directamente al sol. Era una luz demasiado intensa, demasiado brillante, demasiado limpia y pura.

—¿De verdad vas a hacer esto? —le preguntó Sophie—. ¿Vas a casarte con ella? ¿Vas a hacerlo por tu país?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —respondió él tratando de reconstruir la muralla tras la que llevaba años viviendo.

—Porque no se puede vivir así. No puedes vivir para los demás.

—Puedo y debo hacerlo. Es lo que debería haber hecho siempre, pero fui demasiado cobarde para hacerlo durante mi juventud y he pagado por ello —le recordó—. No voy a permitir que un par de breves momentos de locura lo cambien todo. Cuando llegue Christine para la boda, le contaré lo que he hecho y, a partir de ese momento, le seré completamente fiel. A ella y también a mi país.

—Pero eso no es una razón para casarse. Ni siquiera para prometerle fidelidad a alguien. ¿Vas a hacerlo solo porque quieres demostrarles a todos que eres un hombre de palabra? ¿Y qué pasa con el amor?

—¿Qué es el amor? —replicó enfadado.

No entendía lo que le estaba pasando, por qué sus palabras le estaban afectando tan profundamente ni por qué le dolían como si estuviera apuñalándolo en el corazón.

—¿Y qué importa? —continuó fuera de sí—. ¡El amor no arregla nada! Jasmine amaba a Damien y mira lo que les pasó. ¿Y no crees que Leila también quiere a James Chatsfield? ¡Seguramente! Pero no le va a servir de nada.

Sabía que estaba traicionando a su hermana, que estaba hablando más de la cuenta, pero no podía hacer nada para detener la ira que lo recorría.

Sabía también que no era con Sophie con quien estaba enfadado, que lo estaba pagando con ella, pero no podía callarse.

—¿Qué tiene que ver el amor con esto? ¿Qué importancia tiene el amor en la política internacional, en las cosas de las que debo ocuparme? No, el amor no tiene sitio en mi vida, solo el deber.

—Pero ¿qué es el deber sin amor? Solo una obligación, algo vacío.

—Solo podría ser una obligación vacía de contenido sino se hace nada al respecto y yo voy a hacerlo, voy a actuar y hacer lo que debo hacer.

—Pero te mereces hacer algo por ti, solo porque es lo mejor para ti.

—No, no me merezco nada. Ya tuve unos años de libertinaje y egoísmo. Eso se acabó y es mejor así.

—¿Sabes qué, Zayn? Como te dije, he vivido siempre esperando ese momento en el que pudiera acercarme a mi padre y decirle que había cometido un grave error renunciando a mí. Lo hice todo pensando en ese instante. Me quedé en Nueva York para poder algún día echárselo en cara, fui a la universidad a la que fui con lo mismo en mente. Trabajé muy duro para terminar la carrera y decidí ser periodista también pensando en ese momento —le explicó Sophie—. Pero, de repente, me he dado cuenta de que ya no me importa. Todas las decisiones que he tomado en mi vida se vieron afectadas por una estúpida fantasía, la de demostrarle quién era a un hombre a quien no le importo en absoluto. Ahora sé que renunciaría a todo eso por ti, para quedarme aquí para siempre. Pensaba plantarme frente a mi padre y pedirle que me eligiera, que ya era digna de ser su hija. Ahora me pongo frente a ti aunque sé que no soy digna, no me lo merezco. No soy princesa y no puedo hacer nada por tu país, pero te quiero. No voy a esperar a sentirme digna de ti, me limito a pedírtelo porque no tiene sentido vivir con miedo. Por mucho que lo intente, no puedo

convertirme en princesa, pero te puedo querer y eso es lo que te ofrezco.

Abrió los brazos hacia él, completamente expuesta y vulnerable. Le aterrorizaba verla así cuando sabía que iba a hacerle mucho daño.

—Esto es todo lo que tengo, pero te lo ofrezco todo a ti —agregó Sophie con emoción en su voz.

—No puedo aceptarlo —susurró con un gran nudo en la garganta que casi le impedía hablar—. No puedo cambiar nada. Estoy prometido para casarme con Christine y tengo que mantener esa promesa.

Cada vez le resultaba más difícil recordar por qué tenía que hacerlo, pero sabía que se lo debía a su país, que era lo mejor para Surhaadi. Además, esa boda iba a mantener la atención del mundo en él mientras Leila decidía qué iba a hacer con su embarazo. Esas eran las razones. No podía olvidarlas.

Sophie asintió lentamente. Tenía lágrimas en sus ojos verdes.

—De acuerdo —le dijo con voz temblorosa.

Agarró el brazo de Sophie y la atrajo hacia él.

—No estás sola. Te juro que voy a cuidar de ti —le prometió.

Sophie miró a Zayn. Sabía que le estaba ofreciendo todo lo que podía o al menos todo lo que creía que podía ofrecerle. Seguía aferrándose a la idea del deber por encima de todo y parecía no querer ver que podría haber otras opciones.

Se dio cuenta de que tenía que alejarse de él e irse de allí. Pero era imposible. No podía hacerlo cuando Zayn acababa de decirle que iba a cuidar de ella. Lo miró con emoción, era el hombre más atractivo que había visto en su vida y seguía completamente desnudo delante de ella. Era todo lo que siempre había querido. Una fantasía de la que ni siquiera había sido consciente. Hasta entonces, solo había tenido una cosa en mente y su mundo había sido muy limitado.

Pero todo eso había cambiado y se le abrían de repente muchas más posibilidades. Y, aunque sabía que no podía haber nada más entre ellos, no era lo suficientemente fuerte como para salir de allí, no mientras tuvieran un poco más de tiempo.

Esperó a que Zayn le dijera que se fuera porque, hasta que no lo hiciera, no pensaba moverse de allí.

Y pudo por fin suspirar aliviada cuando se acercó a ella y la abrazó.

—Voy a cuidar de ti —le prometió de nuevo.

Se lo dijo con intensidad y solemnidad. Sabía que era una promesa que tenía intención de mantener. Otro deber más que añadía a su larga lista de obligaciones.

—Por muy lejos que estemos el uno del otro, por mucho tiempo que

pase, me aseguraré de que no te falte nada.

Durante un segundo, dejó que sus palabras la acariciaran. Eran un bálsamo que había necesitado aunque no hubiera sido siquiera consciente de ello.

No dijo nada, se limitó a ponerse de puntillas para besarlo. No quería seguir hablando con él, solo deseaba estar entre sus brazos, pasar esas horas con él.

Zayn la tomó en sus brazos y la llevó de vuelta a la cama. Y durante el resto de la noche, Sophie se limitó a pensar en ese momento y a disfrutar del presente.

Cuando Zayn se despertó a la mañana siguiente, vio que la cama estaba vacía.

Había aprendido dos cosas durante las últimas horas. Por un lado, Sophie lo amaba. Y, por otro lado, él ansiaba desesperadamente su amor. No sabía si podría corresponderla, pero eso era lo que deseaba.

Llevaba muchos años negándose a sí mismo, no atreviéndose a desear nada. Pero, de repente, todo había cambiado y no podía pensar en otra cosa.

A excepción de Christine. También estaba pensando mucho en ella.

Se dio cuenta de que Sophie tenía razón. Ese matrimonio solo iba a conseguir que los dos terminaran siendo muy infelices porque, aunque iban a cumplir su deber y hacer lo mejor para sus respectivos países, nunca iban a llegar a vivir una vida plena. Y también porque, cuando Sophie le había dicho que lo amaba, sintió que algo cambiaba dentro de él.

Sophie no dejaba que se escondiera. Ella había expuesto sus puntos débiles y le había obligado a hacer frente a la verdad y a sí mismo. Y sabía que él podía hacer lo mismo por Sophie.

Pero no por Christine.

«El deber sin amor está vacío», le había dicho Sophie.

Eso era lo que iba a ser para ellos dos. Un enorme vacío, seco como el desierto.

Pero, por un momento, cuando Sophie le había dicho esas dos palabras, había podido imaginarse un futuro distinto, lleno de vida. Un futuro en el que no estuviera casado con una mujer a la que apenas conocía y cuya voz ni siquiera recordaba, una mujer a la que no había besado nunca y con un cuerpo que no deseaba. Le costaba imaginar llegar a tener hijos con ella.

No sabía si podía condenar a Christine y a sí mismo a una vida de servicio, una vida vacía.

Se dio cuenta de que, durante todo ese tiempo, había estado utilizando a Christine. La había utilizado para garantizar la estabilidad

del país y de su familia. Y sabía que también ella lo estaba utilizando él, pero tenía que haber más. De repente, fue muy consciente de quería más para los dos.

Supo entonces que no podía casarse con ella. Creía que, pasara lo que pasara con Sophie, no podía casarse con Christine.

Fue a por su teléfono con el corazón galopando en su pecho. Ya había tomado una decisión. No era una decisión que tuviera que ver con su sentido del deber ni iba a salir bien parado su honor.

Pero era la única decisión que podía tomar, la única opción posible.

Capítulo 10

SOPHIE volvió a su habitación antes de que Zayn se despertara, no había querido revivir la escena que ya había tenido que sufrir en la tienda de campaña, cuando tuvo que soportar que él la tratara con frialdad después de haber pasado la noche juntos.

Estaba casi segura de que, si entonces había estado distante con ella, a partir de ese momento iba a ser aún peor. Sobre todo después de que ella le confesara su amor y él la rechazara.

En realidad, no la había rechazado por completo, no le había pedido que se fuera y le había prometido que iba a cuidar de ella, pero eso no le servía de consuelo. Era casi peor.

Las cosas que tanto sentido habían tenido para ella la noche anterior estaban consiguiendo avergonzarla a la fría luz del día. Pero recordó que su herido orgullo no era lo más importante. Después de todo, había sido sincera y se había atrevido a ser ella misma.

Sonó de repente su teléfono y cruzó la habitación, lo tenía en una de sus mesillas. Miró la pantalla antes de contestar, era su jefe.

—¿Diga?

—Sophie, hace mucho que no hablamos —le dijo su jefe.

A ella no le extrañaba. Ella no era nadie, solo una simple redactora y no tenía ninguna razón para llamarla.

—Es verdad —repuso.

—Espero que las cosas vayan bien por allí y estés preparando un buen artículo sobre la boda.

—Sí, por supuesto.

Lo último que quería era hablar de esa boda, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

—He revisado el menú, he hablado con el coordinador e incluso sé quién ha diseñado el vestido de la novia. La futura jequesa no ha llegado todavía, pero cuando lo haga...

—Se está hablando mucho de la familia real ahora que se acerca la gran boda —la interrumpió su jefe—. Y he conseguido una información bastante interesante sobre esa familia.

—¿De qué se trata? —le preguntó con suspicacia.

—Hace más de una década una de las princesas murió en un terrible accidente. Fue noticia entonces, pero supongo que no lo recordarás. Estaba con ella el heredero de una familia muy rica. El caso es que me han ofrecido una grabación de la última conversación del jeque con su

hermana.

Pensó en el dolor con el que Zayn le había hablado de la muerte de Jasmine y se estremeció. No quería ni pensar en lo que podría pasar si esa grabación salía a la luz. No haría más que revivir ese dolor y hacer que aumentara el sentimiento de culpa que llevaba arrastrando desde entonces.

—Sí, recuerdo lo que pasó —le dijo ella con frialdad.

—La grabación es bastante jugosa. Espera, voy a ponerte un poco —le dijo su jefe.

Abrió la boca para protestar, pero oyó entonces la voz de Zayn al otro lado de la línea. Estaba gritando, usando un tono que no había oído nunca. Maldecía y usaba palabras que no le había oído pronunciar. Les decía a su hermana y a su amigo que se fueran, que no quería volver a verlos nunca.

La grabación de audio se detuvo de repente y también lo hizo su corazón.

Colin, en cambio, siguió hablando.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó cuando por fin pudo hablar.

—Me la ha ofrecido el padre de Damien Coltrane. Damien era quien iba al volante cuando tuvieron el accidente de coche. Los dos murieron. Cuando sacaron del coche el cuerpo de su hijo, descubrieron que tenía guardada una grabadora en un bolsillo con lo que te acabo de enseñar. Como te puedes imaginar, Coltrane odia al jeque y no cree que merezca celebrar por todo lo alto su boda y ser feliz. Lo culpa por la muerte de su hijo. Y, como has podido oír, es verdad, parece que el jeque los echó del palacio. El accidente ocurrió poco después —le explicó su jefe—. El caso es que a la gente le va a encantar esta historia. Va a ir muy bien con tu artículo sobre la boda real. Quiero que lo añadas a tu texto y...

—No, no lo haré —respondió ella con firmeza—. Es de muy mal gusto. Su hermana murió en ese accidente y aún sufre por ello. Toda su familia sigue sufriendo. Esa es su última conversación con ella y quieres utilizarla para añadir morbo a la historia. No, lo siento. No quiero ser parte de eso.

—No tienes otra opción, Sophie. O lo haces o te quedas sin trabajo —la amenazó Colin—. Además, necesitamos algo grande. Uno de nuestros competidores está a punto de sacar una exclusiva.

—¿A qué te refieres? —le preguntó cada vez más nerviosa.

—La princesa Leila Al-Ahmar está embarazada y nadie sabe quién es el padre. Si lo supiera, podría prescindir de la grabación que te he enseñado. Pero, desgraciadamente, solo tengo esa vieja cinta de audio.

De repente, todo cobró sentido. Encajaron todas las piezas del puzle. Por eso Zayn estaba protegiendo tanto a Leila y por eso había

amenazado a James Chatsfield en aquel callejón. No solo se había acostado con Leila, sino que además la había dejado embarazada.

No podía creerlo. ¡La princesa estaba embarazada de un Chatsfield! Ese era el escándalo que su amiga necesitaba. El que Zayn no podía darle, pero el que tanto necesitaba Isabelle. Aunque, en ese momento, era en Zayn en quien pensaba.

—Sé quién es el padre.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Bueno, tengo una... Tengo una buena relación con el jeque. El caso es que sé quién es, pero te va a costar esa cinta de audio. No publiques el contenido de esa grabación. Ese es mi precio. Te compro la cinta a cambio del nombre del futuro padre.

—Es un precio muy alto... —repuso enfadado su jefe.

—Puede ser. Pero confía en mí, al público le importará mucho más esta historia que lo del accidente. Es mucho más interesante. Si revelas la última conversación entre el jeque y su hermana te vas a exponer a que la gente rechace el ángulo elegido por el periódico y dejen de comprar ejemplares. Lo que te ofrezco es además, mucho más relevante, es actual. Lo del accidente sucedió hace dieciséis años. No es noticia.

—De acuerdo, trato hecho. La cinta es tuya, te la enviaré por correo.

—Prométeme que no vas a publicar la conversación de la cinta de todos modos. No soy tan ingenua como piensas.

—Bueno, eres lo suficientemente ingenua como para pensar que mi palabra significa algo.

—No, no lo soy. Pero podría recurrir al chantaje si te atreves a romper tu promesa —le dijo ella con seguridad—. Sé que engañas continuamente a tu mujer y, si me la juegas, se lo contaré todo. No creo que quieras divorciarte, te dejaría sin nada. Recuerda que firmaste un estricto acuerdo prenupcial.

Odiaba tener que amenazarlo de esa manera. Pero sabía que era necesario jugar fuerte cuando se hacían tratos con el diablo. Si iba a ofrecerle la información que su jefe quería, tenía que estar segura de que iba a poder proteger a Zayn para que no tuviera que sufrir aún más.

Porque iba a salir a la luz la identidad del padre del hijo que esperaba Leila. Su embarazo no iba a poder seguir siendo un secreto. No le gustaba tener que hacerlo, pero se dio cuenta de que era solo cuestión de tiempo que se supiera. Aunque no lo publicara el *Herald*, el otro periódico iba a sacar una exclusiva anunciando el embarazo de Leila y, en cuanto saliera a la luz, James Chatsfield sabría que él era el padre. Afortunadamente, tenía la información que necesitaba su jefe para no hacerle más daño aún a Zayn.

—Eres una dura negociadora, Sophie. Creo que te subestimé. No

pensé que tuvieras el valor de conseguir ser alguien en este negocio y parece que me equivoqué.

—Viniendo de ti, no me lo tomo como un cumplido, pero la verdad es que no me importa. Lo único que me interesa es la cinta.

—Ya es tuya —le confirmó Colin—. Ahora, dime quién es el padre.

—Muy bien. El futuro padre del bebé de Leila Al-Ahmar es James Chatsfield.

Colin soltó un improperio.

—¡Vaya! ¡Ha valido la pena!

—Ya te lo dije —repuso ella—. Bueno, no tengo nada más que hablar contigo. Pero que no se te olvide mandarme la cinta.

Colgó el teléfono, lo dejó en la mesilla y se dio la vuelta.

Se le heló la sangre en las venas cuando sus ojos se encontraron con la fría mirada del jeque Zayn Al-Ahmar.

Se le cayó el teléfono de la mano y se estrelló contra el suelo de mármol rompiéndose en mil pedazos.

Zayn dio un paso hacia ella y el cristal de la pantalla crujió bajo sus zapatos.

—¿Qué has hecho? —le preguntó fuera de sí.

Abrió la boca para explicárselo, para defenderse, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo. Era mejor que pensara que lo había traicionado. No quería ser para él un deber más, alguien por quien tuviera que preocuparse después incluso de la boda. Creía que eso la convertiría en alguien tan dependiente como su madre.

Y se dio cuenta en ese instante de que, en realidad, siempre había sido como ella. Había tenido una vida tan patética como la de su madre.

Pero había cambiado y quería empezar a vivir de verdad su vida.

Quería lo mismo para Zayn. Por eso lo estaba protegiendo. Por eso decidió que debía salir de su vida para siempre y evitar que ninguno de los dos volviera a sentirse tentado. Creía que era mejor que todo terminara en ese momento. Y para siempre.

—Era mi jefe. Le he dicho quién es el padre del bebé que espera Leila —le confesó con sumo dolor.

Era lo más difícil que había tenido que hacer nunca, pero sabía que era necesario. Lo mejor para los dos.

—Pero... Pero ¿cómo lo sabes?

—Presto atención —repuso ella tratando de fingir que no sentía nada.

—¿Por qué has hecho algo así? ¿Porque no me he librado de mi prometida para hacerte jequesa a ti? ¿Ha sido por eso? ¿Me estás castigando por ello? ¿Cómo puedes ser tan vengativa, tan...? —le dijo gruñendo.

Trató de mirarlo con gesto desafiante y contener las lágrimas que

llenaban sus ojos.

—No, no es por eso —le dijo con la voz entrecortada—. Me prometiste un escándalo y no cumpliste.

—¿Cómo que no? —replicó fuera de sí mientras iba hacia ella—. Te lo conté todo. ¡Todo!

—Pero no el escándalo que quería. Sabías de sobra que quería tener información sobre los Chatsfield y ahora la tengo. No es nada personal. Tengo que hacer esto por Isabelle. Te lo dije. Lo sabías desde el principio.

Zayn se apartó de ella.

—Sí, lo hiciste.

Se moría de dolor por dentro, no podía soportarlo.

—Zayn...

—No —le dijo levantando una mano—. No me hables. Solo quería retenerte aquí para que no saliera a la luz esa información sobre mi hermana, pero ya es demasiado tarde. Fuera de aquí, no quiero volver a verte. Me encargaré de que alguien recoja todas tus cosas y un coche te lleve al aeropuerto cuanto antes.

Y, sin decir nada más, salió de la habitación, dejándola más sola de lo que se había sentido nunca.

Se arrodilló y comenzó a recoger con sus manos los pedacitos de cristal de lo que había sido la pantalla de su teléfono. No sabía por qué, estaba claro que no tenía arreglo. No lo tenía. Estaba roto... Roto en demasiados trozos, nunca lo iba a poder arreglar.

Recogió también el teléfono y se quedó mirándolo unos instantes, pensando en lo que acababa de pasar, en lo que acababa de hacer. Se levantó y lanzó el teléfono con fuerza contra una de las paredes.

Después, cayó de nuevo al suelo de rodillas y rompió a llorar desconsoladamente.

Por fin se había atrevido a desearlo todo y a pedirlo. Y, como siempre había temido, no había conseguido nada. Zayn no podía elegirla a ella, nunca iba a poder hacerlo.

La hija ilegítima de un hombre rico que nunca había querido saber de ella no podía llegar a ser princesa.

Lo había sabido desde el principio, los cuentos de hadas no eran para chicas como ella.

Y nunca lo serían.

Pero al menos había conseguido darle a Isabelle un poco más de tiempo para tratar de salvar su hotel. Había logrado lo que se había propuesto. Tenía un escándalo que afectaba a los Chatsfield. Lo había conseguido.

Pero, por desgracia, se había dejado el corazón por el camino.

Capítulo 11

ZAYN estaba furioso, no podía entender cómo podía haber sido tan tonto, tan ingenuo… Se sirvió una copa en cuanto Sophie se fue, tenía que intentar aliviar el dolor que sentía en los pulmones y en su pecho.

Se dio cuenta de que iba a tener que llamar a Leila y también a su madre. Tendría que decirles lo que iba a pasar. Y, peor aún, iba a tener que contarles que había sido culpa suya. Como le había pasado con Jasmine, había vuelto a fallarle a una de sus hermanas.

Sacudió la cabeza, no terminaba de creer lo que acababa de descubrir. Le costaba entender cómo Sophie podía haberlo traicionado de esa manera. No era la mujer que había creído que era.

Ella le había pedido que le diera una oportunidad, que se atreviera a querer algo más en su vida y a no anteponer siempre las necesidades de otros a las suyas. Lo había tratado de convencer para que no se embarcara en un matrimonio por el bien de su país. Le había hecho creer que podía tener algo más con ella.

Después de lo que había pasado, se dio cuenta de que él había estado en lo cierto, no debía olvidar sus deberes, no debía desear nada más para él. Porque, cuando lo hacía, cuando caía en la tentación, lo echaba todo a perder.

Él la había llevado a su casa y le había dado las herramientas que necesitaba para destruirlos.

Pero seguía sin entender por qué lo había hecho. No sabía qué era lo que su amiga necesitaba ni por qué Sophie se había visto obligada a hacerle algo así. No lo sabía y necesitaba respuestas. Las necesitaba.

Tomó otro largo trago. Sintió que tenía el pecho en llamas, pero no era por el alcohol.

Recordó lo que ella le había dicho, que el deber sin amor estaba vacío de contenido. Pero le parecía que no había nada tan vacío como las últimas decisiones que había tomado, todo lo relacionado con ella había sido en vano.

Y había empezado a sentir cosas por ella. Había renunciado a mucho por esa mujer.

Aunque le entraban ganas de encerrarla en el calabozo por lo que le había hecho, no podía lamentar el cambio que había experimentado él mismo. Y había sido gracias a ella.

Sophie había resultado ser falsa, pero le había dado de nuevo esperanza. Esperanza en algo que había resultado ser mentira, pero no

podía olvidar que quizás fuera posible otra vida para él.

Y temía que fuera demasiado tarde para dejar de soñar con eso. Demasiado tarde para querer menos.

—Maldita seas, Sophie —susurró.

No entendía cómo podía haberle hecho algo así. Ella le había hecho creer. Le había hecho amar.

No podía evitar preguntarse si de verdad lo habría traicionado. Le costaba creerlo de esa mujer a la que había abrazado en la tienda de campaña y besado bajo la lluvia, de la mujer que le había dicho que no era culpa suya, que la muerte de su hermana no había sido más que un terrible accidente.

Creía que no había habido ninguna razón para que hiciera todas esas cosas. No podía creer que hubiera fingido de esa manera solo para conseguir una buena historia. Se negaba a creerlo.

Sacó su teléfono del bolsillo y marcó el número de Sophie, pero estaba apagado. No le sorprendió, supuso que estaría volando de regreso a Nueva York. Colgó mientras trataba de decidir qué podía hacer. Tenía demasiadas dudas y tenía que saber lo que había pasado. Necesitaba saber la verdad.

Pensó entonces en su jefe.

Avisó a su secretaria, le pidió que llamara al *Herald* de Nueva York y que preguntara por Fairfax.

Unos minutos después, lo tenía al otro lado de la línea.

—Tengo que hablar con usted sobre Sophie —le dijo en cuanto descolgó el otro hombre.

—¿Con quién hablo?

—¿Necesito presentarme? —le preguntó Zayn—. ¿Acaso no esperaba una llamada mía?

—Es el jeque Al-Ahmar, ¿verdad? —adivinó el hombre con nerviosismo en su voz—. Ya le he enviado a Sophie la cinta. Tal y como le prometí. Lo que haga con ella no es asunto mío. Me dijo que pensaba destruirla. Es con ella con quien debe hablar, no conmigo.

Trató de entender lo que Fairfax le estaba diciendo. No quería hacerle ver que no sabía de qué le hablaba.

—Bueno, ¿qué podría hacer Sophie con la cinta si no? —le preguntó para ver si podía así conseguir averiguar algo más.

—Supongo que podría tratar de vendérsela a otro medio de comunicación. La demandaré si lo intenta. Pero no es eso lo que quería. Me dijo que quería destruirla. Y se la di a cambio de que me diera más información sobre lo de Leila. Pero la historia de su embarazo ya la tenía otro periódico. Solo vamos a limitarnos a añadir más detalles, no puede demandarnos si la noticia es veraz —le avisó Fairfax.

—No pensaba hacerlo —replicó Zayn fuera de sí—. Lo que querría

hacer es despellejarlo, pero tendré que esperar.
—Alteza…
—No intente disculparse ni darme una explicación. Limítese a rezar para que no me deje llevar por mis impulsos si alguna vez lo veo.
Colgó el teléfono y respiró profundamente. Trató de entender lo que acababa de decirle Fairfax.
Había averiguado que existía una cinta y que tenía algo que ver con él. Sophie había llegado a un acuerdo con su jefe para hacerse con la cinta y poder destruirla. Por eso le había hablado de Leila…
Con el corazón desbocado, se puso de pie y salió del despacho sin pararse a pensar en lo que hacía.
Sophie no lo había traicionado. No lo había hecho.
Había sabido, en el fondo de su alma, que no podía ser posible. Pero la había apartado de su lado y le había dicho que no quería volvería a verla…
Se dio cuenta de que le había dicho las mismas palabras que a Jasmine. Esas malditas palabras…
El miedo, la ira y el dolor se apoderaron de su estómago. Tenía que ir en su búsqueda.
Ya había perdido una vez a una persona que amaba después de decirle cosas muy duras, cosas que en realidad no sentía. No podía permitir que le pasara de nuevo.

A Fairfax le faltó tiempo para despedir a Sophie en cuanto regresó a Nueva York y ella lamentó no haber incluido esa cláusula en la especie de trato verbal que hizo con él a cambio de la cinta. Le había dicho que no era el tipo de persona que había creído que era y que por eso prescindía de ella. Pero pensaba que quizás fuera mejor así.
Cruzó corriendo la calle, ya solo quedaba una manzana para llegar al edificio donde estaba su apartamento. La caja en la que había metido todo lo que había tenido en su escritorio del periódico era bastante pesada y estaba deseando llegar a casa. Le dolían los brazos y, lo que era aún peor, le dolía también el corazón.
Suponía que no tardaría mucho en empezar a oír y leer noticias sobre la boda real en todos los medios de comunicación. Solo deseaba meterse en la cama y esconderse bajo una suave manta hasta que todo pasara. Pero sabía que ni la más mullida y esponjosa manta la ayudaría a aliviar el dolor que sentía. Tenía que hacer algo, no podía soportar la idea de tener que ver a Zayn prometiéndole amor eterno a otra mujer.
Sabía que la princesa Christine terminaría enamorándose de él. Estaba segura de ello.
—Pero yo lo quise antes… —susurró con firmeza mientras

continuaba andando hacia su edificio.

Ella era la que había sabido ver que el jeque no era de piedra, sino que debajo de su armadura había un hombre de verdad, uno que tenía un corazón que latía con fuerza.

Ya estaba cerca de casa y vio que había alguien de pie frente a su edificio. Era un hombre alto, vestido con un elegante traje. Se quedó con la vista clavada en él. Le resultaba muy familiar… Pero…

Pero era imposible. No podía ser… No podía estar allí.

El hombre levantó la cabeza en ese instante y se miraron a los ojos. A pesar de estar aún a cierta distancia, supo que sí, era él. Se detuvo de golpe y se le cayó la caja de las manos. Se estrelló contra el duro cemento una pequeña maceta que había tenido en su mesa del periódico. No podía creer lo que veían sus ojos.

Y estaba caminando hacia ella. Iba a su encuentro.

—¿Zayn? —dijo con la voz entrecortada.

—Necesito hablar contigo.

—Pero dijiste que no querías volver a hablar conmigo…

También le había dicho que no quería volver a verla y necesitaba que mantuviera esa promesa. Porque era demasiado doloroso tener que verlo. Ese hombre le había destrozado el corazón. El dolor era insoportable.

—Es verdad. Pero después me di cuenta de que tenía muchas preguntas sin respuesta. Y quiero esas respuestas.

—No creo que pueda responder todas tus preguntas.

—Vas a hacerlo. Y voy a empezar ahora. ¿Qué es Isabelle Harrington para ti? ¿Por qué necesita información para destruir a los Chatsfield? ¿Era tan importante para ti como para que te fueras a Surhaadi con un desconocido como yo?

Suponía que ya podía decirle la verdad. O a lo mejor debía callarse. Estaba demasiado confusa y cansada de tanta mentira. Cansada también de ese dolor que tenía siempre. Creía que la vida era muy injusta.

—Isabelle fue la única persona que me dio su amistad durante mis años en la universidad. No le importó que fuera más joven que ella, mi procedencia ni mi apellido. Me ayudó a conseguir mi trabajo en el *Herald*, trabajo del que por cierto me acaban de echar, y la ayudé porque me necesitaba.

—Pero ¿por qué quería tener información sobre los Chatsfield? Necesito saberlo.

—Spencer Chatsfield lleva mucho tiempo detrás de ella, acosándola y tratando de presionarla para que les venda el Harrington. Ese hotel es todo para ella. Y si supieras lo que Spencer le ha hecho… Ese hombre le hizo mucho daño en el pasado y ahora está tratando de arrebatarle el hotel. Le prometí que no iba a permitir que sucediera,

que iba a utilizar todo lo que tenía a mi alcance, mi trabajo, para ayudarla. Un trabajo que además tenía gracias a ella. ¿Entiendes ahora por qué tenía que hacer esto? Por eso me arriesgué a irme contigo, por eso estaba escondida en ese callejón. Estaba intentando ayudarla, le debo mucho a Isabelle.

Zayn asintió con la cabeza. Estaba muy serio.

Pero después se acercó a ella, la abrazó y la besó apasionadamente en los labios. Cuando pudo reaccionar, llevó las manos a su cabeza y enterró los dedos en su pelo, devolviéndole el beso con la misma pasión mientras se acercaba aún más a él.

Cuando se separaron, lo miró con la boca abierta. Le costaba respirar con normalidad.

—¿Por qué…? ¿Por qué has hecho eso?

—Porque hoy hablarán los medios de comunicación de un escándalo. A lo mejor afecta negativamente a tu amiga, pero espero conseguir así desviar la atención y proteger a mi hermana.

—¿Qué has hecho, Zayn?

—Voy a hacer un anuncio hoy. He anulado mi boda.

—¿Qué? ¿Cómo que…? ¿Has anulado la boda? Pero ¿de forma permanente o es solo para proteger a Leila?

—Bueno. Por suerte, servirá para evitar que pongan el foco sobre mi hermana, pero la verdad es que anulé la boda hace ya unos días, justo antes de que te fueras de Surhaadi. Antes incluso de esa última conversación…

—Pero… ¿Qué? ¿Qué has hecho? —le preguntó sin terminar de entender lo que le decía.

—He anulado la boda —repitió Zayn.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—Bueno, me alegro —repuso ella mientras se agachaba para recoger la caja de cartón y sus cosas—. Porque te mereces algo mejor. Sé que es así. Te mereces mucho más que un matrimonio sin amor. Los dos os lo merecéis —agregó mirándolo de nuevo a los ojos.

—Sí, tenías razón —le dijo Zayn con voz ronca—. Me estaba castigando a mí mismo y utilizando a Christine para conseguirlo. Era injusto. Tú, en cambio, has sido lo suficientemente valiente como para pedirle a la vida todo lo que quieres mientras yo seguía protegiéndome a mí mismo y tratando de pagar penitencia por los pecados de mi pasado. Estaba dispuesto a hacer que también Christine pagara por ellos con una unión infeliz. Pero me he dado cuenta de que no podía hacerlo. Por ella y también por mí.

—Pero eso no explica por qué me acabas de besar —replicó ella—. Pensé que me odiabas por lo que hice.

—Lo hiciste por una amiga, para proteger a alguien a quien quieres. Una parte de mí sabía que tenía que ser algo así, que tenía que haber

una explicación. Porque te conozco y sé que no me traicionarías para hacerme daño o para avanzar en tu carrera profesional. Me di cuenta de que la mujer a la que amo no haría algo así.

—¿La mujer a la que...? ¿Qué? ¿Me... me amas?

—Sí. Aunque no quisiera admitirlo, es así. Me has hecho desear cosas que no creía posibles, me has hecho querer más de esta vida. Tiene que haber algo más que el desierto de muerte y dolor que se extendía frente a mí antes de conocerte. Has hecho que desee tener color, vida, alegría en mi vida, que quiera tenerte a ti.

—Pero no puedo creer que hayas anulado la boda por mí...

—Tengo algo más que decirte, Sophie. Llamé a Colin Fairfax y me dijo que habíais hecho un trato. Mencionó una cinta. Sé que no hiciste eso solo para conseguir el escándalo. Sé que hay algo más. Y no solo por lo que me dijo ese tipo, sino porque mi instinto me decía que no podías traicionarme, que seguías siendo esa mujer de la que me enamoré en el desierto. Habría venido a buscarte de todas formas, porque te conozco.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Ya sabes que se me da bien conseguir lo que quiero, aunque tenga que recurrir de nuevo al secuestro.

Se echó a reír. No podía creer lo que estaba oyendo. Tampoco podía contener las lágrimas de felicidad.

—Sophie, ¿qué había en esa cinta? Necesito saberlo.

Quería protegerlo. Lo último que deseaba era hablar de algo tan doloroso en ese momento, pero sabía que le debía una respuesta sincera. No quería esconderle nada más. Nunca más.

—Antes quiero decirte que, por mucho que quiera a Isabelle, nunca le habría dicho a Fairfax lo de Leila y James. Pero tuve que hacerlo —le dijo—. Porque te quiero, Zayn. Te quiero más que a nada ni a nadie. Sabes que yo te habría elegido a ti. Y también a tu familia. Pero tuve que llegar a ese acuerdo y supongo que te mereces saber por qué —agregó con voz temblorosa—. Me llamó Fairfax y me dijo que tenía una grabación. Se la había dado el padre de Damien. Me puso parte de la cinta para que lo oyera por teléfono. Damien grabó la última discusión que tuviste con tu hermana y con él. Mi jefe pensaba publicarla y le ofrecí llegar a un acuerdo para que no lo hiciera. Y, para asegurarme de que cumpliera su palabra, llegué incluso a chantajearlo y amenazarle con contarle a su esposa todas sus infidelidades. Así que hizo lo que le pedí, pero me ha despedido. No quería que supieras lo de la cinta ni que tuvieras que oírla. Es muy triste y doloroso que le dijeras lo que le dijiste la última vez que hablasteis, lo sé, pero eso no cambia nada, tú no la obligaste a tomar las decisiones que tomó. Todos somos responsables de nuestras decisiones. Yo, por ejemplo, tomé la decisión de protegerte y sé que,

en cierto modo, sacrifiqué a Leila al hacerlo. Sé que tú nunca lo habrías hecho, pero eso fui lo que elegí yo. Te elegí a ti. Siempre a ti.

Zayn sentía que su corazón estaba lleno, sentía que estaba a punto de estallar. Sentía que el dolor que había tenido en su interior comenzaba a salir al exterior junto con un extraño sentimiento de liberación.

Había ido hasta allí por ella, pero lo que había encontrado era mucho más de lo que habría podido imaginar.

Oír lo que Sophie le decía era doloroso, le recordaba una vez más lo ocurrido aquel fatídico día. Le enfurecía saber que alguien había grabado aquellas palabras de odio entre ellos dos, pero la verdad era que no tenía que escuchar esa cinta para recordarlo. Eran palabras que iba a tener siempre grabadas en su mente.

—No... No me merezco esto —le dijo.

—Te has pasado la vida salvando a los demás, claro que te mereces que alguien te salve a ti —respondió Sophie.

Pero le costaba aceptar sus palabras, no podía hacerlo... Le parecía increíble que esa mujer fuera real, que lo conociera y, aun así, lo quisiera. A pesar de conocer sus secretos más oscuros.

—¿Es eso lo que has hecho? —le preguntó—. ¿Salvarme?

—Sí, es un poco extraño que intente salvar al hombre que me secuestró. Pero supongo que así es lo que tenemos, algo muy extraño y casi imposible. Tú eres un jeque y yo no soy nadie.

—Puede que por eso seamos perfectos el uno para el otro —susurró con un nudo en la garganta.

—¿Eso crees, Zayn? ¿Quieres esto? ¿Quieres...? ¿Quieres estar conmigo?

—Sí —respondió con seguridad.

No tenía ninguna duda, sabía la respuesta. La había sabido siempre.

—Este es el momento que he estado esperando —le dijo ella con sus ojos verdes llenos de lágrimas—. Este es el momento triunfal con el que debía haber soñado toda mi vida. Hola, soy Sophie Parsons. Me conoces mejor que nadie. No tengo dinero ni estatus social. La verdad es que ni siquiera tengo trabajo. Mi cuenta bancaria está vacía, pero mi corazón está lleno. Lleno de amor por ti.

Sintió cómo le crecía el corazón en el pecho. Era casi doloroso.

—Voy a contarte otra historia —comenzó entonces—. Érase una vez un hombre que hacía cosas por los demás para no tener que ver el dolor que tenía dentro de él. Encontró una princesa, pero no la amaba y ella no podía curar su dolor. Conoció después a otra mujer y la amó con todo lo que era y todo lo que tenía. Y ese amor lo curó.

—Espero que esta historia tenga un final feliz —susurró ella con una

lágrima deslizándose por su mejilla.

—Eso depende de ti.

—Esto es como un cuento de hadas y nunca me gustaron esas historias. Pensaba que no eran para chicas como yo. Pero ahora... Ahora que lo pienso, siempre he sido como esa princesa encerrada en una torre, o como la que tenía que limpiar el suelo de rodillas, o como esa otra que tenía un padre que no la quería... Supongo que esas historias son para todos. También para mí —le dijo Sophie con emoción—. Así que supongo que sí, esta historia tendrá un final feliz. Vamos a tener un final feliz.

—Y vas a ser una princesa de verdad. Bueno, en realidad serás una jequesa.

—¿Yo? —repuso con los ojos muy abiertos—. Pero ¿crees que será bueno para tu país que...?

—Por supuesto —respondió con firmeza—. Porque te quiero y una mujer muy sabia me dijo una vez que el deber sin amor está vacío, es solo una obligación. Sin ti, habría terminado amargado, odiando mi vida y sintiendo resentimiento contra todo, también contra mi país y mi pueblo. Pero ¿contigo a mi lado? ¿Con los niños que vamos a tener? ¿Con este amor? Eso es todo lo que necesitamos. Te necesito, Sophie Parsons, tal y como eres.

Ella se puso de puntillas y lo besó. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero pudo sentir su sonrisa contra la boca.

—Zayn, me quieres y no podría desear una vida mejor que esta. Por primera vez, estoy encantada de ser quien soy.